



ANTOLOGÍA
**CELEBRACIONES
DE NAVIDAD**

HISTORIAS CORTAS DE
**JANE AUSTEN
FAN FICTION**

Jennifer Redlarczyk

Nicole Clarkston

Maria Grace

Cristina Almario

Fernando García Pañeda

Amanda Kai

Summer Hanford

L.L. Diamond

**TRADUCIDO POR
CRISTY HUELSZ**

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Celebraciones de Navidad

Segunda Antología



Historias cortas de Jane Austen Fan Fiction



Jennifer Redlarczyk

Nicole Clarkston

Maria Grace

Cristina Almario

Fernando García Pañeda

Amanda Kai

Summer Hanford

L.L. Diamond



Prólogo por Mila Cahue



Traducido y editado por Cristy Huelsz

Edición y Traducción: Cristina Huelsz © Cristranslates

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Copyright Jennifer Redlarczyk

© Copyright Nicole Clarkston

© Copyright Maria Grace

© Copyright Cristina Almario

© Copyright Fernando García Pañeda

© Copyright Amanda Kai

© Copyright Summer Hanford

© Copyright L.L. Diamond

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Muchas gracias a mis autores, Jennifer, Nicole, Maria, Cristina, Fernando, Amanda, Summer y Leslie, son increíbles y no puedo esperar a seguir trabajando con ustedes en el futuro traduciendo más de sus historias.

Muchas gracias a Mila por sus palabras y apoyo. Eres un sol. Gracias por todo lo que haces para la comunidad de habla hispana.

Muchas gracias a mi familia y a mi esposo por su apoyo. A mi querida hermana Mariana por tus hermosas portadas para ambas ediciones en español e inglés.

A nuestros fieles lectores, gracias por sus buenos comentarios y su apoyo. Esta antología es para ustedes.

¡Deseándoles a todos una Feliz Navidad y un Buen Año Nuevo 2022!

Cristy Huelsz



Sobre la traductora

Cristy Huelsz, originaria de México, se dedica a traducir libros por placer. Durante toda su vida ha amado la lectura, por lo que no dudó en hacer un cambio de carrera después de ser maestra de inglés por algunos años.

Empezó sus estudios de enseñanza del inglés con la Universidad Autónoma de Querétaro, después cursó el diplomado en traducción con la Universidad de Guanajuato y actualmente cursa el diplomado de traducción literaria con la Asociación Mexicana de Traducción Literaria (AMETLI). Ahora traduce libros de JAFF y romance histórico.

Se encuentra felizmente casada y vive en Seattle.

Puedes seguirla en Facebook @Cistranslates e Instagram @cistranslates89.

Para noticias sobre sus proyectos, inscríbete a su [Newsletter](#).



Tabla de contenido

Prólogo

Introducción

- | | |
|---|------------------------|
| 1. <i>Doce días</i> | Jennifer Redlarczyk |
| 2. <i>Una historia de Navidad</i> | Nicole Clarkston |
| 3. <i>Darcy y el arlequín</i> | Maria Grace |
| 4. <i>Una boda por Navidad</i> | Cristina Almario |
| 5. <i>Swinging Emma</i> | Fernando García Pañeda |
| 6. <i>Navidad en rectoría de Hunsford</i> | Amanda Kai |
| 7. <i>Un deseo para Jane</i> | Summer Hanford |
| 8. <i>El deseo de Navidad</i> | L.L. Diamond |



Prólogo

¿Qué tiene una mujer de principios del siglo 19 para hacernos desear sentirla cerca, de distintas maneras, en las entrañables fechas navideñas del año 21 del siglo 21?

Son varios los rasgos de Jane Austen que hacen que la pretensión de su cercanía no sea casual. Jane era, por encima de todo, una mujer familiar. Aunque las fiestas navideñas en aquellos años no se celebraban de la misma manera que en la actualidad, la impronta de su sentido de la familia se hace aun mayor cuando nosotros pensamos en acercarnos de una manera muy especial a las nuestras. Nos sentimos “un poco más Jane” que en ninguna otra época del año.

Jane era, además, una persona profundamente religiosa. El día de Navidad solía empezar con la asistencia a misa, y en su familia no estaban escasos de clérigos. Era algo que hacían ya no tanto por tradición, sino por profunda convicción y, a la vez, deleite. Y, en este espíritu, las fiestas navideñas no eran las de los regalos tal y como los entendemos ahora, sino la de tener detalles con aquellos menos favorecidos por la vida. Jane no faltaba a su cita con las familias de su vecindario con recursos escasos, a las que proporcionaban ropa, comida o pequeñas cantidades de dinero extra.

Las navidades de Jane transcurrieron de distintas maneras: fueron muchas las ocasiones en las que Cassandra y ella estuvieron separadas por tener que atender a algún familiar. Cassandra pasó varios años en Godmersham, la casa de su hermano Edward, y tenemos constancia de que parte de su día lo empleaban en escribirse cartas entre ellas... y leyéndolas. Es ésta una razón más para sentirnos cerca de la escritora con relatos que nos llevan a los escenarios de nuestros personajes favoritos de sus novelas, como veremos en los recreados por distintos autores en este libro.

Y, sobre todo en estas fechas, Jane disfrutaba de lo que más le apasionaba probablemente después de escribir: bailar, bailar sin parar. ¡Hasta 20 piezas de baile seguidas!, según ella misma nos cuenta en la carta a su hermana en las navidades de 1798. Las familias se reunían para comer y bailar en esas frías tardes de lluvia y nieve de finales de diciembre. ¿Quién no habría deseado compartir esos momentos, tan divertidos, con Jane y con su hermano Henry, sin duda las almas de cualquier fiesta?

En las siguientes historias disfrutaréis de cómo los distintos autores, desde la destreza de sus habilidades literarias, nos acercarán con profundo respeto hacia los

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

escenarios creados por Jane, regalándonos para estas fechas sus particulares aproximaciones a un mundo en el que Jane nos invitaba, siempre, a convertirnos en mejores personas.

¡Felices Fiestas!

Mila Cahue

Miembro vitalicio de la Jane Austen Society UK. Dra. en Psicología Clínica y Licenciada en Literatura Comparada y Traducción.

www.hablandodejaneausten.com

[Hablando de Jane Austen en YouTube](#)

[Hablando de Jane Austen en Instagram](#)

[Hablando de Jane Austen en Facebook](#)

www.milacahue.com



Introducción

Tradiciones navideñas en la Regencia: los días festivos

Cada año parece que nos quejamos de que esta la temporada comienza cada vez más temprano, con algunas tiendas sacando productos navideños incluso en los últimos meses del verano.

El calendario festivo durante la época de la Regencia estaba un poco más definido, con un conjunto muy predecible de fechas y eventos para la celebración.

Las costumbres navideñas se extendían desde una semana antes del Adviento hasta la Noche de Reyes en enero. Durante toda la temporada, la gente realizaba una gran variedad de festividades, como bailes, fiestas, cenas, fiestas de patinaje y cartas, así como reuniones más pequeñas e incluso bodas. Al igual que hoy en día, no todos celebraban cada fecha en particular y las tradiciones familiares eran muy variadas.

Stir Up Sunday

La temporada comenzaba extraoficialmente con el “Stir it up Sunday”, que tenía lugar el domingo anterior al inicio del Adviento (el cuarto domingo antes de Navidad). Ese día, la familia se reunía para preparar el pudín de Navidad, que debían añejarse antes de ser servidos, flameados, en la cena de Navidad. El día se conoció como “Stir up Sunday”, no por la gran cantidad de batido realizado, sino porque las palabras de apertura de la oración principal en el Libro de Oración Común de la iglesia Anglicana de 1549 para ese día son: *Stir up, we beseech thee, O Lord, the wills of thy faithful people... / Despierta, te rogamos, Señor, la voluntad de tu pueblo fiel...*

6 de diciembre: Día de San Nicolás

Según una tradición del norte de Europa, el día puede celebrarse con el intercambio de pequeños regalos, especialmente para los niños. No todos participaban en esta costumbre. Esta era también la tradición que daba inicio a las visitas navideñas.

21 de diciembre: Día de San Tomás

En el día de Santo Tomás, las mujeres mayores (a menudo viudas) iban *a tomasear* a las casas de sus vecinos más afortunados con la esperanza de recibir regalos como comida o dinero. A menudo, se cocinaba trigo y se distribuía a las “pordioseras” que acudían a mendigar.

Con el alto precio del trigo, el regalo era muy apreciado. Esta práctica se hizo especialmente común a principios del siglo XIX. Es posible que las guerras napoleónicas hayan contribuido a esta práctica al aumentar drásticamente el número de viudas.

24 de diciembre: Nochebuena

En Nochebuena, los adornos se colocaban en toda la casa. Las hojas tradicionales eran acebo, hiedra, romero, espino blanco, laurel y eléboro (rosa de Navidad). En algunos hogares se hacían ramos de besos con hojas perennes y muérdago, y se añadían manzanas y bonitos lazos para decorar. Estos adornos permanecían en su lugar hasta la Epifanía, cuando se retiraban y se quemaban para que no traer mala suerte a la casa.

25 de diciembre: Navidad

El día de Navidad solía comenzar con una visita a la iglesia. Aunque no se solían intercambiar regalos en este día, se podían dar pequeños obsequios a los niños. A veces, eran los campesinos quienes daban a sus generosos patrones un regalo simbólico en ese día.

La cena de Navidad era un festín muy esperado. A menudo se abría con un brindis que incluía a los sirvientes que recibían sus regalos de Navidad en ese momento.

La cabeza de jabalí asada o *brawn*¹ -carnes en gelatina, una especie de plato de carne en conserva- solía ser el centro de atención. El ganso asado era otro de los platos favoritos de estas cenas. El tamaño del ave exigía a menudo que la cocinara un panadero dentro de un gran horno y que se recogiera de camino a casa después de asistir a la iglesia.

Muchos también consideraban que los pasteles de carne picada, también conocidos como pasteles navideños o de noche de reyes, eran básicos para un banquete navideño. Los pasteles contenían carne molida, frutos secos, especias y azúcar. Las sobras de este banquete se utilizaban para hacer pasteles durante los doce días que faltaban para epifanía. Se decía que comer pastel de carne picada cada uno de los doce días de Navidad traería doce meses de felicidad en el nuevo año.

¹ Conocido en español como queso de puerco.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Al final de la comida, aparecían los pudines navideños elaborados un mes antes. Cuando éstos se servían, se colocaba una ramita de acebo en la parte superior del mismo, como recuerdo de la corona de espinas que llevaba Jesús cuando fue asesinado. El pudín se rociaba con brandy y se le prendía fuego, un aspecto teatral clave de esta celebración.

26 de diciembre: *Boxing Day* o día de San Estefan

Regalar “cajas de Navidad” a la caridad y a los sirvientes era la costumbre del día de San Esteban, ahora llamado *Boxing Day*. Ropa vieja y artículos adicionales se guardaban en cajas y se entregaban a los sirvientes y comerciantes que los visitaban ese día, y los sirvientes solían tener el día libre. En este día era también tradicional la caza del zorro. Los teatros igualmente estrenaban sus pantomimas navideñas ese día.

31 de diciembre: Víspera de Año Nuevo

En torno a la víspera de Año Nuevo y al día de Año Nuevo se formaron una serie de tradiciones. No todas eran practicadas por todos, y algunas variaban según el condado. Había quienes lo celebraban con la familia o su grupo reunidos en círculo antes de la medianoche. Al sonar la medianoche, el cabeza de familia abría la puerta y expulsaba lo viejo y daba la bienvenida a lo nuevo. Algunos de los que se aferraban a las antiguas supersticiones retiraban de la casa las cenizas, los trapos, las sobras y todo lo perecedero para que no se arrastrara nada de un año a otro. De este modo, conservaban la buena suerte y desterraban la mala.

Algunos escoceses y gente del norte de Inglaterra creían en el “first footing”, es decir, que la naturaleza del primer visitante que cruzaba el umbral después de la medianoche de Año Nuevo definiría la suerte de la familia.

Un forastero alto, moreno y guapo era el mejor presagio, especialmente si sus pies tenían la forma adecuada. Los de empeines altos implicaban que “el agua correría por debajo”, es decir, que la mala suerte pasaría. Un pie plano significaba mala suerte, al igual que las mujeres, en la mayoría de los casos.

Estos presagios no estaban totalmente consensuados, ya que para algunos las chicas rubias o pelirrojas descalzas eran portadoras de buena suerte. Quienquiera que fuera el primero en pisar, debía ser recibido con una adecuada ceremonia y una rima para dar la bienvenida al Año Nuevo y atraer la buena fortuna.

El primer visitante era recibido por la puerta principal. Según la tradición, nadie hablaba hasta que este visitante les deseaba a los ocupantes un feliz año nuevo. El visitante salía por la puerta trasera y se llevaba todos los problemas y penas del año anterior.

1 de enero: Año nuevo

El día de Año Nuevo se consideraba un indicador de buena fortuna para el año siguiente. Una costumbre era enganchar un biscocho en los cuernos de una vaca. Si el biscocho se caía delante de la vaca, presagiaba buena suerte; si lo hacía atrás, mala.

En algunas regiones, las jóvenes corrían para sacar la primera agua del pozo en una práctica conocida como “cremar el pozo”. La posesión de esta agua significaba que contraería matrimonio al año siguiente, sobre todo si el objeto del afecto de la joven la bebía en el Año Nuevo. Algunos creían que el agua tenía propiedades curativas e incluso lavaban las ubres de las vacas con ella para asegurar la productividad. En Hertfordshire, al amanecer del Año Nuevo, se quemaba un arbusto de espino en los campos para asegurar la buena suerte y las cosechas abundantes.

6 de enero: Noche de Reyes

La Epifanía o Noche de reyes era el emocionante punto culminante de la temporada navideña, un momento para dejar de lado las normas sociales. Era una fiesta que marcaba la llegada de los Reyes Magos y como tal, era el día tradicional de intercambio de regalos. Las decoraciones debían ser retiradas y quemadas antes de la medianoche de este día, de lo contrario esto atraería la mala suerte durante el resto del año. Algunos creían que por cada hoja ornamental que quedaba, aparecía un duende.

Las fiestas, las máscaras y los bailes estaban a la orden del día y de la noche. Entre los juegos de salón y los bailes, se servían elaborados y costosos pasteles de Noche de Reyes cubiertos de azúcar de colores y figuras de pastillaje, a veces con celebraciones muy alborotadas.

Desgraciadamente, las celebraciones se volvieron tan fuera de control que en la década de 1870, la reina Victoria prohibió la celebración de la Noche de Reyes por temor a que los festejos se volvieran incontrolables.

Maria Grace es la autora de *A Jane Austen Christmas*, un libro donde ha compilado las tradiciones que se llevaban a cabo en la Regencia.



Doce días

Jennifer Redlarczyk

Día uno



Residencia Darcy

La sala del desayuno

25 de diciembre de 1811

Sentado en su silla favorita, Fitzwilliam Darcy ojeaba tranquilamente el periódico mientras tomaba su café matutino. El toque de la mano de su esposa en el hombro interrumpió su lectura, y él levantó la vista, apreciando el brillo travieso de sus ojos oscuros, junto con el sonido musical de su risa.

Rápidamente se levantó y tomó a Elizabeth en sus brazos, la besó profundamente antes de preguntar: —¿A qué debo el honor de tus provocaciones, mi amor?

—¿Provocaciones? —Ella arqueó una ceja en su dirección. —Podría preguntarte lo mismo, mi querido esposo. En lugar de eso, simplemente expresaré mi gratitud por mi regalo tan inusual.

—¿Regalo inusual? Elizabeth, estoy seguro de que no entiendo lo que quieres decir.

—Me refiero a una perdiz en un peral que ahora reside en el solárium —rio ella. —¿Pretendes colmarme de todos los regalos que se mencionan en esa vieja rima? Si es

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

así, me temo que tendremos un exceso de pájaros, y la cocinera no será feliz—. De nuevo soltó una risita.

—Elizabeth, debe haber algún error —se desconcertó él. —Aunque no tendría ningún problema en colmarte de regalos durante doce días, te aseguro que no he enviado una perdiz en un peral. ¿No había ningún mensaje?

—No, esposo, no lo había. Naturalmente, supuse que el regalo era tuyo. ¿Vamos a echar un vistazo más de cerca?

—Con mucho gusto —dijo ofreciendo su brazo. —Me pregunto si esto es un truco de Richard. De joven, era conocido por esas travesuras—. Darcy continuó elaborando los méritos de la travesura de su primo mientras acompañaba a su esposa al solárium. Al entrar en la estancia, fueron recibidos por los chillidos de la perdiz perseguida por un angustiado lacayo.

—Walters, ¿qué diablos está pasando aquí?

—Perdóneme, señor Darcy —respondió el lacayo mientras trataba de recuperar la compostura. —Estaba vigilando como la señora Darcy me indicó cuando de repente el pájaro bajó de su percha y comenzó a revolotear de un lado a otro. Intenté atraparlo con la intención de retenerlo en esta caja, pero fue en vano. Como puede ver, el pájaro ha empezado a crear un desorden con sus excrementos y ha dañado algunas de las hojas de las plantas en maceta.

Mientras Walters hablaba, Elizabeth tuvo su propia idea de qué hacer. Se dirigió a una mesa de la esquina y retiró rápidamente los objetos que descansaban encima, liberando el mantel.

—Señor Walters, por favor, intente usar este paño para sujetar al pájaro—. Después de varios intentos, cinco minutos más tarde, la tarea fue lograda.

—Llevaré este pájaro a la cocinera de inmediato—. Aún avergonzado, Walters se inclinó rápidamente y se despidió.

—Elizabeth—. Darcy no estaba contento. —Creo que es hora de enviar una nota a Richard.

Día 2



El estudio

26 de diciembre

Darcy estaba ocupado revisando su correo cuando su esposa entró en la habitación. —Fitzwilliam —dijo con una voz cantarina. Ella sonrió radiantemente y se apresuró a acercarse a su escritorio, donde él la tomó de la mano y la atrajo hacia su regazo para darle un prolongado beso.

—Hoy estás muy contenta. ¿Hay algo que deba saber, mi amor? —preguntó.

—Ha llegado otro regalo y he pensado en intentar ablandarte antes de darte la noticia.

—¿Oh?! —Frunció el ceño. —Supongo que son las dos tórtolas.

—Sí, lo son—. Se mordió el labio antes de continuar. —Y... hay otra perdiz en un peral.

—¡Qué! —bramó. Retirando a su esposa de su regazo, Darcy se levantó y comenzó a pasearse por la habitación, agitado. —Elizabeth, no voy a tolerar esto. Richard ha ido demasiado lejos esta vez. Te digo que me niego a que nuestra casa se llene de árboles y pájaros innecesarios. Esta tontería debe terminar.

—Estoy de acuerdo, pero si te sirve de consuelo, Georgiana piensa que las dos tórtolas son muy bonitas y estaría encantada de tenerlas como mascotas.

—¡Uh! Richard ya debe haber recibido mi mensaje—. Darcy se pellizó el puente de la nariz con la esperanza de evitar un dolor de cabeza. —Le enviaré otra nota, y si no responde hoy, no tendré más remedio que ir a la residencia Matlock por la mañana y confrontarlo en persona.

Elizabeth se puso rápidamente delante de su marido para que dejara de pasearse. Tomando sus manos y poniéndolas alrededor de su cintura, sonrió y atrajo su rostro hacia el suyo para darle otro beso. —Fitzwilliam, estoy decidida a no dejar que tu estado de ánimo nos estropee el día. Walters se ha ocupado de la nueva perdiz, y más tarde nos ocuparemos del árbol. ¿No podemos dar un largo paseo esta mañana? Es un hermoso día de invierno, y estoy segura de que el aire fresco te hará sentir mucho mejor.

—Perdóname—. La besó de nuevo. —Un largo paseo seguido de un tiempo a solas contigo en nuestros aposentos me gustaría mucho.

—Entonces partamos de inmediato.

Día 3



Residencia Matlock

27 de diciembre

—Darcy, ¿qué te trae hoy por aquí? — La voz del Coronel Fitzwilliam era ronca y apenas audible. —Perdona si parezco estar indispuesto.

—¡Richard, tienes un aspecto terrible! Estaba a punto de preguntar por qué has ignorado mis mensajes, pero ahora puedo comprobarlo por mí mismo. ¿No deberías estar en la cama?

Sacando un pañuelo, estornudó antes de quejarse: —Un resfriado del demonio. Lo siento, aún no he leído mi correo. Dime, en mi limitada capacidad, ¿en qué puedo servirte hoy?

—En realidad, he venido a acusarte de una broma, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Una broma?

—Sí, durante tres días, la residencia Darcy ha sido asediada por regalos inusuales. Todo comenzó el día veinticinco con una perdiz en un peral. Debo admitir que el ave estaba muy sabrosa y que la cocinera hizo una espléndida mantequilla de pera, pero eso no es lo importante. Ayer nos regalaron dos tórtolas y otra perdiz en un peral. Finalmente, hoy nos han entregado las tres gallinas francesas, además de otras dos tórtolas y...

—Déjame adivinar, una perdiz en un peral.

—¡Así es!

El coronel Fitzwilliam se rio tanto que le dio un ataque de tos. —¡Increíble! —dijo a duras penas. —Lamento decir que no fui yo quien envió los regalos. Ojalá tuviera los recursos para ser tan creativo.

—¡Richard! —Lo fulminó con la mirada. —Lo más importante es cómo puedo evitar que lleguen esos regalos. Lo más probable es que las ofrendas de mañana sean los cuatro mirlos, y ya sabes lo ruidosos que son. ¿Te imaginas qué clase de caos reinará en la residencia Darcy si esto se prolonga durante doce días?

Tratando de no toser, el coronel se burló: —No puedo evitar preguntarme dónde acomodarás a las seis gansas que ponen huevos, así como a los siete cisnes que están nadando. Tu aviario nunca podrá albergar a todos esos pájaros y la zona del estanque apenas es adecuada. Es una pena que no estés en Pemberley. Al menos allí podríais dar algunos de los regalos a tus arrendatarios.

—¡Por favor! —Frustrado, Darcy se pasó la mano por el cabello y continuó. —Estoy perdido. No tengo idea de si debo solicitar la ayuda de los investigadores de Bow Street para encontrar el origen de estas entregas, o si debo recurrir a que mis lacayos hagan de porteros afuera de mi casa. ¿Qué sugieres que haga?

—Quizás ambas cosas. Aunque no me siento muy bien, todavía tengo una reunión programada con uno de mis ayudantes esta tarde. Déjame ver qué puedo hacer.

Día 6



El club de caballeros

31 de diciembre

Darcy apenas podía creer la atención que atrajo al entrar en Whites. Se escuchaban extraños sonidos imitando el cacareo de las gallinas y el graznido de los pájaros bajo el estruendo de las risas silenciosas, mientras los clientes se inclinaban con exageración o guiñaban el ojo en señal de diversión. ¿No había nadie que no hubiera oído hablar de su dilema en la residencia Darcy o que no lo hubiera leído en los periódicos de cotilleo? Al entrar en el salón, Darcy vio a su primo sentado en una pequeña mesa con otro caballero.

Levantándose, el coronel dijo: —Señor Fitzwilliam Darcy, permítame presentarle al señor Morris, el investigador que he contratado en su nombre—. Se intercambiaron saludos y Darcy tomó asiento.

Morris parecía nervioso mientras hablaba, con su voz aguda. —Hasta ahora, he tenido dificultades para rastrear las transacciones monetarias de sus regalos más allá de los diversos establecimientos donde fueron comprados. En el caso de las perdices y los perales, el propietario indicó que un señor mayor hizo el pedido en nombre de un cliente que prefirió permanecer en el anonimato. También descubrí que en la adquisición de las gallinas francesas y los mirlos se empleó más de una tienda. En cuanto a los cinco anillos de oro, una mujer encargó una colección de ocho juegos. Lamento decir que su benefactor ha sido bastante astuto.

—¿Dijo ocho juegos de anillos de oro, señor Morris? —La voz de Darcy comenzó a elevarse con agitación.

—Eso es correcto —dijo haciendo una mueca.

—No me importa lo que cueste. Esto tiene que parar. Contrate más investigadores, si es necesario. Hasta hoy, he recibido un total de seis perdices y seis perales, diez tórtolas, una de las cuales mordió el dedo de mi hermana, doce gallinas francesas, doce mirlos, dos juegos de cinco anillos de oro y, esta misma mañana, seis

gansas empollando. Por la forma en que estos regalos se están acumulando, mi propiedad está repleta de aves, ¡y sólo vamos a la mitad de los doce días!

—Darcy, cálmate—. El coronel tomó a su primo por el brazo mientras hablaba, obligándolo a sentarse. —Aunque no podamos detener los regalos por el momento, mi madre ha ofrecido a llevarse las aves para que sean donadas a una de sus organizaciones benéficas. Hay muchos necesitados de comida en la peor parte de la ciudad, y ella enviará a uno de sus lacayos a recogerlos para distribuirlos. Ten por seguro que pondremos fin a esta locura.

—¡Uf!

Día 10



Residencia Darcy, el estudio

4 de enero de 1812

—Elizabeth, por favor, entra. He recibido otra nota de Richard. Al parecer, las nueve damas bailarinas que fueron enviadas ayer y los diez señores saltando de hoy, son actores contratados que han estado sin empleo regular desde el incendio en Drury Lane. Richard me asegura que, por una pequeña tarifa, los actores renunciarán gustosamente a sus puestos y no volverán durante los dos días restantes de su representación. También tengo entendido que el señor Morris finalmente ha puesto fin a los pájaros.

—Gracias a Dios, pero ¿sabe algo de los once gaiteros que tocan la gaita o de los doce tamborileros que tocan el tambor?

—Eso, mi encantadora esposa, está por verse. Espero que Morris sea capaz de localizar a los músicos y evitar que vengan aquí también. Cada día nuestra calle está más llena de espectadores que desean divertirse y reírse a nuestra costa. Te digo, Elizabeth, que si no fuera por el baile de mi tía en la Noche de Reyes, con gusto te llevaría a Pemberley hoy mismo—. Darcy se acercó a su esposa, la abrazó y le besó la cabeza.

—Fitzwilliam, aún me desconcierta por qué alguien se tomaría todas estas molestias y gastos para intentar avergonzarnos de esta manera.

—Eso mismo pienso yo. No tiene sentido.

—Entonces —bromeó ella mientras intentaba soltarse —, tal vez tengas una antigua amante que está descontenta con nuestro matrimonio. Dígame, señor Darcy, ¿podría ser ese el problema?

—Creo que no, querida—. La sujetó con firmeza y la besó profundamente en los labios. —Ten por seguro, Elizabeth, que eres mi primer y único amor. En verdad, el señor Morris cree que todo este fiasco es obra de dos personas. Para ser precisos, son un hombre y una mujer que se han disfrazado varias veces.

—¿Dos personas?

—Sí. Esperemos que al final los atrapen—. Suspiró. —El año que viene, quedémonos en el campo durante las fiestas. Estoy cansado de la ciudad.

Elizabeth levantó la mano y tocó la cara de su marido. —Con mucho gusto, mi amor.

Varios días después



—Señorita Bingley, el caballero y la dama que usted esperaba han llegado. ¿Le gustaría verlos ahora?

—Si, Forsett, por favor hazlos pasar—. Caroline dobló rápidamente la misiva que había estado leyendo del abogado de su hermano y la dejó a un lado. Antes de irse con su esposa por las fiestas, Charles había autorizado al señor Knox que le asignara dinero adicional para que ella lo utilizara durante las fiestas. Al fin y al cabo, tenía que hacer compras para el Boxing Day, regalos para algunos parientes y, sin duda, algunos artículos invernales nuevos para ella. Por un poco de dinero extra, el abogado había volteado la cabeza hacia otro lado cuando Caroline le presentó su inusual lista de compras. Esta carta en particular era la confirmación de que todas sus facturas habían sido pagadas en su totalidad de forma anónima.

Cogiendo un ejemplar doblado del último periódico de cotilleo, saludó a sus invitados. —Estaba disfrutando de un poco de chismorreó sobre el señor y la señora Fitzwilliam Darcy—. Se rio alegremente. —Parece que fueron asediados con regalos inusuales durante las fiestas.

—Eso hemos oído —dijo el caballero arrastrando las palabras y asintiendo intencionalmente a su compañera.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Tal vez quiera leerlo usted mismo —dijo Caroline, entregándole al hombre su ejemplar de la publicación. El hombre sonrió mientras tomaba el periódico con avidez y lo abrió para asegurarse de que lo que había venido a buscar estaba entre las páginas.

—Ah, sí, creo que disfrutaré mucho de este artículo —respondió, guardando el periódico y su contenido monetario en el bolsillo del pecho. —¡Claro que sí!

—No dude en hacerlo. Si necesito sus servicios en el futuro, ¿dónde puedo contactarlo?

—Pues en la pensión de Younge, en la calle Prusom, en el lado este de la ciudad—. Entonces, el hombre inclinó su sombrero amablemente, la dama hizo una cortés reverencia y los dos se fueron tan rápido como habían llegado.

Fin

NOTA: La versión más conocida de la canción “*Los doce días de Navidad*” se imprimió por primera vez en inglés en 1780 sin música y se recitaba como un canto o rima. Apareció en un pequeño libro para niños llamado “*Mirth without Mischief*” (*Alegrías inocentes*), como un juego de memoria de la Noche de Reyes. La melodía estándar que ahora se asocia a este poema proviene de un arreglo de 1909 del compositor inglés Frederic Austin. Hay doce versos acumulativos, cada uno de los cuales describe un regalo hecho por “*mi verdadero amor*”, a partir del 25 de diciembre. Los regalos no sólo tienen un significado lúdico, sino que simbolizan acontecimientos religiosos relacionados con la vida de Cristo.



Sobre la autora

Soy una instructora particular de música que vive en Crown Point, Indiana, donde enseño voz, violín y piano. Cuando era adolescente, mi madre me introdujo en el mundo de Jane Austen, ya que le encantaban los libros antiguos, las películas antiguas y las canciones antiguas. En el verano de 2011, me topé con el género de Jane Austen Fan Fiction en una librería local y me convertí en una fiel seguidora. Desde entonces, conocí a varios talentosos autores de JAFF y lectores devotos que eran activos en las redes sociales y finalmente me convertí en moderadora del foro privado de JAFF, DarcyandLizzy.com. Fue allí donde probé por primera vez el escribir relatos cortos. Siento un gran aprecio por el mundo creativo de Jane Austen Fan Fiction y estoy encantada de formar parte de la comunidad JAFF. Puedes encontrarme en: DarcyandLizzy.com, Facebook y YouTube.

Mis libros (en inglés) están disponibles en Amazon y Books2Read, así como una de mis novelas cortas traducidas al español.

Una Muy Alegre Confusión: Una Novela Corta Sobre Orgullo y Prejuicio (2020).

A Very Merry Mix-up: A Pride and Prejudice Novelette (2018)

Darcy's Melody (2018)

A Holiday to Remember: A Pride and Prejudice Novella (2018)

A Taste of Peanut Butter: Inspired by Pride and Prejudice (2019)

A Mother's Touch: Inspired by Pride and Prejudice (2020)



Una historia de Navidad

Nicole Clarkston

Elizabeth Bennet apoyó su mentón sobre su mano y contempló las frías calles de Londres desde la ventana del salón de su tía. Tendría que estar leyendo o jugando con sus primos pequeños. Para eso había venido, ¿no es así?

El señor y la señora Gardiner habían pasado quince días en Hertfordshire por la boda de Jane con el señor Bingley y no podían estar más tiempo fuera de casa. Sin embargo, los niños habían lamentado tanto dejar a sus primos Bennet en Navidad, que Elizabeth fue invitada a regresar a Cheapside con ellos.

No obstante, sospechaba que no era sólo por el placer de los niños por lo que la invitaron a alejarse de Longbourn durante un tiempo. De alguna manera, en Meryton había corrido el rumor de que Elizabeth había sufrido una gran decepción; una especulación descabellada que la irritó de sobremanera cuando la escuchó por primera vez. Afortunadamente, el señor y la señora Gardiner se habían mostrado muy solícitos con ella.

Elizabeth suspiró y apoyó la frente en el fresco de la ventana. Si tan sólo el señor Darcy hubiera acompañado a su amigo a Hertfordshire este otoño. No es que ella lo esperara realmente. De hecho, era un milagro que al señor Bingley se le hubiera permitido retomar su relación con Jane. El señor Darcy debió haberle dado su aprobación o al menos retiró sus objeciones, pues ¿no mencionó el señor Bingley que había visto al señor Darcy en Londres apenas el día anterior a su regreso?

Pero, el señor Bingley había venido solo.

Algún día tendría que acostumbrarse a este sentimiento. Aprender a vivir con un vacío tan amargo debía convertirse en su existencia natural. Pero por el momento, seguiría adelante con la fría y vacía sensación de que una gran parte de sí misma había

desaparecido. Que las cosas no habían resultado como debían y que en cualquier momento debería esperar la culminación de todos sus anhelos.

Aunque cuanto más se apoderaba de ella esa convicción, menos sentido tenía. El señor Darcy no quería, no podía, tener nada más que ver con ella. Se había encargado de la boda de dos de sus hermanas; una de manera honorable y a la otra no tanto, no obstante, la boda fue muy costosa para él. Aunque su corazón le susurraba que él lo había hecho por ella, no debía mantener la esperanza de que él ignorara la mancha del escándalo de su familia. Él era un Darcy de Pemberley y fue tan tonto como para ofrecerle su mano una vez. Ningún hombre renovarían esa relación después de todo lo que había sucedido.

Al menos Jane era feliz y Lydia estaba a salvo. Siempre le agradecería al señor Darcy por el papel que había desempeñado en el destino de sus hermanas. En cuanto a ella, parecía ser momento de olvidarse del mejor hombre que había conocido. Era hora de hallar otra dirección para su vida.

—¿Lizzy? Pensé que estabas arriba con los niños.

Elizabeth elevó la mirada cuando su tía llegó. —Oh, perdona. Creo que estaba algo distraída. Iré de inmediato.

—No era eso a lo que me refería. No te hemos invitado para que hagas de niñera. Sin embargo, no estoy acostumbrada a verte tan distraída.

—Me parece que tengo pocas ambiciones en estos momentos —suspiró Elizabeth.

La señora Gardiner se sentó a su lado. —Sabes, antes hablé con tu tío y me dijo que le sorprendía que no hubieras salido en el carruaje a hacer algunas compras como sueles hacer. ¿Tu madre no envió una lista de lo que necesita? Y tampoco has ido a la librería.

—Es cierto —admitió Elizabeth. —Por lo general me es difícil alejarme de ella.

—¿Y bien? ¿Le digo a James que traiga el carruaje?

Elizabeth observó a su tía: la sonrisa esmerada, la esperanza velada en sus ojos. La señora Gardiner intentaba animarla de la mejor manera que conocía: ofreciéndole un poco de libertad sin compañía. —Supongo que es un día tan bueno como cualquier otro. Tal vez vaya a Mayfair, donde pueda pasear cómodamente entre mis tiendas favoritas. ¿Le importará al tío?

—Me atrevo a decir que no. Oh, me gustaría ir contigo, pero tengo mucho que planear para nuestra velada de esta tarde.

Si eso era cierto o no, Elizabeth no podía decirlo. Lo único que sabía era que ya era hora de dejar de mirar por la ventana y esperar que algún día el señor Darcy apareciera delante de ella.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD



—Darcy, ¡ahí estás! Por Dios, hombre, ¿acaso planeas salir de tu estudio esta semana?

Darcy levantó la vista cuando su primo, el coronel Fitzwilliam, se anunció en la puerta. —Tengo trabajo que hacer.

—Siempre tienes trabajo. Estoy aquí para informarte de que también tienes mucho por vivir. ¿Sabías que Georgiana cree que tienes tuberculosis?

Darcy se rio. —¿Por qué creería eso? No estoy en cama, ni tengo tos.

—Tal vez fue por tu complexión fantasmal. ¿Cuándo fue la última vez que saliste al exterior?

Darcy miró fijamente a su escritorio. “La boda” de George Wickham, si es que puede llamarse así, fue la última salida pública de Darcy. Oh, también había visitado al conde y a la condesa una vez, y estuvo dos veces en la casa de Bingley, antes de que se fuera a Hertfordshire. Pero desde entonces, Darcy se mantuvo reservado en gran medida.

—Te diré algo —dijo Fitzwilliam —¿por qué no llevamos a Georgiana a patinar sobre hielo? A ella le gustaría, ¿no lo crees?

—Le aterroriza el patinaje. Estuvo a punto de romperse el tobillo el invierno pasado y todavía le molesta cuando se tensa demasiado.

La cara de Fitzwilliam se derrumbó. —Lo había olvidado. Bueno, de alguna manera debes salir. ¿Te llevo a dar una vuelta por Hyde Park? Es posible que la gente haya olvidado que en la Casa Darcy reside un hombre de verdad y que empiecen a confundir el lugar con una mansión embrujada, a menos que tú hagas una aparición de vez en cuando.

Darcy frunció el ceño y guardó la pluma. —De hecho, tengo que hacer algunas compras antes de Navidad. Tal vez te satisfaga venir conmigo.

—Me vendría bien un sombrero nuevo —reflexionó Fitzwilliam.

—Iré a la librería.

—Entonces, olvídalo. No tengo paciencia para verte leer medio libro antes de decidir si te gusta o no el estilo de la letra. ¿Estás seguro de que no puedo persuadirte para jugar una ronda de billar en el club?

—Puedo jugar al billar aquí.

—También puedes leer un libro aquí—. Fitzwilliam frunció el ceño y luego señaló con un dedo a Darcy. —Es una mujer, ¿no es así?

El cuello de Darcy se tornó rojo. —¿Qué?

—La razón por la que te escondes aquí día tras día. Siempre he dicho que cuando encontraras una dama a la que admirabas, irías por ella como si fuera un trato que negociar y que el cielo se apiadaría de ti si ella se negaba a negociar contigo. ¿Es eso lo que ha pasado? ¿Su, eh “negociación” fracasó y ahora sólo piensas en cerrar la tienda?

—No es así —contestó Darcy con rigidez. Eso estaba tan lejos de ser verdad como el este del oeste, pero no estaba dispuesto a hablar de Elizabeth Bennet con su primo.

—Bueno, eso es raro, porque no se me ocurre otra razón para que de repente, tengas tanto trabajo que sólo salgas de tu estudio para dormir y comer. Disfruta de tu tarde de compras. Vas a ir, ¿verdad?

Darcy tamborileó sus dedos sobre su escritorio. No, no tenía intención de salir hoy, pero su primo no lo dejaría tranquilo si no lo hacía. —Sí —mintió. —Estaba a punto de pedir mi carruaje. ¿Estás seguro que no quieres venir?

—Supongo que alguien tiene que hacerle compañía a Georgiana. Creo que me entretendré con un poco de su música y con algo de tus bodegas.

Darcy se levantó y enderezó su chaqueta de un tirón. —Como quieras—. Era un alivio. Si tenía que salir, podría hacerlo con la única compañía de sus propios pensamientos. Pensamientos sobre Elizabeth Bennet y la vida junto a ella que se estaba perdiendo.



Elizabeth pidió que primero la llevaran a la mercería. Su madre le había pedido unas cuantas baratijas que no eran fáciles de conseguir en Meryton y como todas eran artículos pequeños, Elizabeth consideró que podía permitirse comprarlas en una de las tiendas cercanas a Mayfair. A su madre le encantaría saber que sus botones y dedales procedían de la misma tienda donde los lores y las damas adquirirían sus artículos.

Cuando el cochero la ayudó a bajar, ella se detuvo y se volteó hacia él. —James, creo que estaré un rato en esta tienda o en la siguiente. No es necesario que se quede aquí en la calle. ¿Hay algún lugar donde usted y los caballos puedan descansar?

Él se tocó el sombrero. —Iré a los corrales, señorita. ¿Vuelvo dentro de una hora?

Elizabeth miró hacia la calle pensativa. Había una modista al lado y mamá habría querido que examinara las últimas modas en encajes y cintas. La librería estaba al final

de la calle y en el lado opuesto, a poca distancia a pie. Dejaría ese capricho para el último.

—Que sean dos horas, James. Lo estaré esperando en esa esquina junto a la librería.

—Sí, señorita—. Se subió al carruaje y al tirar las correas puso el carruaje en marcha. Ahora estaba sola.

Elizabeth se tomó su tiempo. Era un placer agrisado, el poder vagar sola en sus pensamientos, incluso aparentando ser sociable en público. Era libre de meditar todo lo que quisiese, sin embargo, no se diferenciaba de cualquier otra joven feliz que salía de compras. Nadie la miraría con lástima.

Y así, pasó una hora tranquila buscando las cosas que su madre le había pedido. Pidió que envolvieran los paquetes para que su cochero los guardara y se apresuró a caminar por la calle. Su recompensa estaba a menos de unos cincuenta metros: la librería.

Era un buen día para ir de compras. El clima era fresco pero no gélido y el cielo se encontraba despejado por el momento. De hecho, no había nada que la molestara en lo más mínimo, aparte del hielo y la nieve, ambos habituales en la acera. Y descubrió que eso era una gran molestia, ya que ni siquiera sus botas más abrigadoras estaban a la altura del bache helado en el que se metió accidentalmente mientras miraba los escaparates.

—¡Oh, qué tontería! —gimió Elizabeth para sus adentros. Ahora saltaba sobre su pie seco, alejándose a tientas del agujero en el que había resbalado su pie. El agua helada se había metido en la parte superior de la bota y se estaba filtrando hasta la mitad de las medias. Ni siquiera podía quitársela para tirar el agua, no mientras estuviera en la calle. Lo mejor que podía hacer era apoyarse en el edificio y esperar que nadie viese su cara. ¡No podía entrar en la librería con el dobladillo cubierto de hielo! Su humillación no tendría límites.

Pero cuando intentó poner el pie en el suelo, descubrió que tenía problemas mayores que una bota helada. Había gente que la estaba mirando por todas partes. Y no cualquier persona. Eran las damas más sofisticadas de Londres, que ocultaban sus sonrisas burlonas tras guantes de seda y manguitos de piel.

Sabía que no debía intentar hablar con ninguna de ellas. Nadie se relacionaría con una situación así, por lo que empezó a retroceder. De alguna manera tendría que avisarle a James que tenía que volver a casa de inmediato, pero ninguna de las caras que tenía delante le parecía amistosa. Siguió retrocediendo.

Y fue entonces cuando su espalda se encontró con algo sólido. Sólido, muy cálido y con una voz que conocía tan bien como la suya propia.



Darcy le pidió a su carruaje que lo dejara en la esquina y se quitó el sombrero ante otro caballero que pasaba por allí. La librería sería una agradable distracción para esta tarde y empezaba a impacientarse por el momento en que recorrería los pasillos. Pero cuando se dirigió a la puerta, resultó que una joven que se encontraba en la entrada de la tienda sufrió un desafortunado percance.

Darcy lo vio todo. La joven se quedó mirando el escaparate y no se fijó en dónde iban sus pies. Fue algo perfectamente comprensible, ya que la acera debió estar en buen estado, pero al parecer no era así. La pobre dama tropezó y se empapó las enaguas.

Darcy se acercó casi de inmediato, con la intención de ofrecerle ayuda, pero justo en ese momento, la joven levantó la vista y pudo contemplar su rostro.

¡Elizabeth!

¡Ella estaba aquí, en su mismo vecindario! Ella no lo vio al principio, preocupada como estaba por su bota congelada. El corazón de Darcy latía fuerte y rápido en su pecho. Si se hubiese tratado de una desconocida, bien podría haberla ayudado a subir a su carruaje y luego se despediría de ella. Pero se trataba de Elizabeth. Su corazón y su alma.

No se conformaría con sólo acompañarla a su carruaje.

La gente comenzaba a reunirse a su alrededor, Darcy pudo ver la conmoción y la vergüenza en su comportamiento. Elizabeth no quería hacer un escándalo, por lo que trataba de escabullirse con el menor alboroto posible. Y retrocedía directamente hacia él.

Darcy levantó las manos hasta que se encontraron los hombros de la joven, que se paralizó alarmada. —Señorita Bennet, ¿puedo ayudarla en algo?

Ella se dio la vuelta con los ojos muy abiertos por el asombro. —¡Señor Darcy! —dijo en voz alta.

Darcy miró directamente a los ojos de las elegantes damas reunidas a su alrededor que ocultaban sus críticas detrás de las palmas de sus manos. Lo que él hiciera a continuación resonaría en todos los salones de Mayfair al anochecer, pero ya no le importaba. Con gusto se arriesgaría a las habladurías por tener otra oportunidad con Elizabeth.

—¿Puedo acompañarla a su casa? —le preguntó humildemente.

Sus ojos bajaron hacia su falda empapada, el lodo salpicado que ahora congelaba su bota derecha. —Es usted muy amable, pero no quisiera molestarlo, señor.

—Sería un honor —le aseguró él ofreciéndole codo.

Aquellos maravillosos ojos que lo habían asechado durante tantos meses recorrieron su figura, desde su mano hasta su pecho y finalmente, su mirada se encontró con la suya. Lentamente, con una calidez creciente en su rostro, Elizabeth levantó la mano para apoyarla en su brazo. —Gracias, señor Darcy.

Los espectadores jadearon y otros susurraron, sorprendidos. Pero Darcy puso su mano sobre la de Elizabeth y se negó a mirar a nadie más. —Vamos, mi carruaje está justo aquí.

Su cochero se bajó de inmediato para ayudar a la joven, pero Darcy no lo permitió. Acomodó el escalón con sus propias manos y luego sostuvo suavemente a la dama mientras subía. Sus ojos no se apartaron de él. Una vez que se unió a ella y la puerta se cerró, contuvo la respiración, esperando que Elizabeth hablara primero. Ella siempre se expresaba mejor que él y los sentimientos que se agolpaban en el corazón de Darcy desafiaban cualquier intento de expresarlos.

—Le estoy muy agradecida, señor Darcy —comenzó a decir. —Ha sido muy amable al venir en mi ayuda... no—. Cerró los ojos y sus finos y blancos dientes se hundieron en su labio inferior. —No, eso no es lo que deseo decirle.

Él se inclinó en su asiento, tomando la mano de ella en señal de preocupación. —¿Señorita Elizabeth?

Ella negó con la cabeza. —Le agradezco por este gesto de amabilidad entre tantas otras, pero si se me ha dado una corta oportunidad de hablar, aunque puede que no vuelva a verlo, hay algo de más importancia que debo decirle.

—No lo comprendo —dijo él lentamente, con el corazón estrangulado por el pánico. —¿No volverá a verme? —¿Trataba de decirle que no podía soportar su presencia? ¿Que el pasado era demasiado doloroso como para recordarlo?

—Una vez le dije que usted era el último hombre en el mundo que podría... Bueno. Algunas cosas son mejor no decirlas. Usted estaría en su derecho de albergar algo de amargura por el trato que le di. Sin embargo, quiero que sepa que me equivoqué.

Sus dedos se apretaron alrededor de los de Elizabeth con esperanza. —¿De verdad?

—Pienso que usted es el mejor hombre que conozco —confesó ella con firmeza. —Y me arrepiento de corazón de mis anteriores opiniones. Por todo lo que representa para alguien que una vez se burló de usted, acepte mis disculpas por...

—¡Elizabeth!

Ella dejó de hablar y sus gloriosos ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. —Sé que debo escandalizarlo y avergonzarlo con semejante discurso, pero es la verdad, y

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

esperaba ardientemente tener una oportunidad para decírselo. No podría soportar que usted viviera en el mundo y pensara que lo despreciaba, pero es libre de pensar en mí como quiera. No pido nada más sino que lo crea.

—Pero hay algo que yo tengo que pedirle —dijo él, tomando su otra mano.
—Cásese conmigo. Se lo ruego, como nunca he rogado nada en mi vida. No puede entender cómo he sufrido por usted estos últimos meses.

Más lágrimas brillaron en sus ojos y se inclinó para tocar su frente con la de él.
—Sí, creo que lo entiendo perfectamente —susurró Elizabeth. —Lo amo, señor Darcy.

FIN



Sobre la autora

Nicole Clarkston es una amante de los libros y una madre felizmente casada con tres hijos. Originaria de Idaho, ahora reside en Oregón con su propio héroe romántico, varios caballos y un perro muy gordo. Le encanta crear historias alternativas y secuelas desde que era una niña, y nunca se encuentra sentada tranquilamente sin un libro o un proyecto de escritura.

Tres de sus novelas han sido traducidas al español, al igual que tres de sus novelas cortas que escribe como Alix James. Están disponibles en Amazon Kindle.



Darcy y el arlequín

Maria Grace

Darcy dejó de leer el periódico y en su lugar, tomó la diminuta copa de cristal de oporto que se había servido mientras se decía a sí mismo que no la iba a necesitar.

Pero era una mentira.

El oscuro líquido de color borgoña brillaba a la luz de las velas del salón y al beberlo, le quemó la parte posterior de la garganta e hizo que recordara que no todo era perfecto en el mundo. Las relajantes tonalidades verdes y azules del salón y los pulidos paneles de caoba intentaban recordarle que esta era su vida entera. Y de alguna forma era cierto. La señorita Bingley no debió haberse preocupado. Su pequeña cena de Navidad apenas captó la atención de las páginas de sociedad. En pocas palabras mencionaban la asistencia del señor Andrew y la señora Margaret, entre unas pocas líneas más.

¿Se sentiría satisfecha de que su cena fuera considerada digna de mención o se ofendería al no recibir más atención que unas pocas frases? Era difícil de predecir.

Tan difícil como la mayoría de sus reacciones.

Sin duda, pronto lo descubriría.

El reloj de mármol blanco y bronce de su madre sonó. El querubín recostado sobre él lo miraba de forma acusadora, como si Darcy tuviera la obligación de levantarse de su asiento tan rápido como la alerta comenzó a sonar. Padre odiaba ese reloj. Lo despreciaba. De vez en cuando, solía ordenar que lo sacaran del salón y lo trasladaran a cualquier habitación que estuviera en el lugar más alejado y olvidado de la casa. Pero siempre volvía a aparecer, sin advertencia alguna, sin ira y con la única expresión de la silenciosa ceja enarcada y la sonrisa irónica de Madre.

Hacía mucho tiempo que el reloj no se había movido.

Si hubiera acompañado a sus padres, ya se habrían marchado. Madre siempre se había empeñado en llegar temprano cuando su destino era Drury Lane. La aglomeración de gente solía ser menos.

Pero esa no era la razón por la que insistía en salir antes. Sabía que a Darcy le inquietaban mucho las multitudes y se esforzaba por ayudar a que disfrutara de nuevas experiencias y así, lo haría salir de la burbuja segura y tranquila en la que él prefería estar.

Incluso décadas después, eran muy pocas cosas las que habían cambiado. Pero los años de práctica no le facilitaban las cosas. Ahora podía mantener su expresión de cortesía fingida durante más tiempo, pero eso era todo.

Madre siempre se había sentido cómoda entre las multitudes de personas, como Bingley... o la señorita Elizabeth Bennet. Ella parecía saber qué decir y qué hacer para que la gente a su alrededor se sintiera a gusto. ¿Cómo lo hacía?

El reloj de querubines marcaba el paso de otro cuarto de hora. Dejarlo todo para más tarde no facilitaría las cosas. La pantomima navideña comenzaría a las seis y media y llegar más tarde solo serviría para complicar aún más el tránsito de las masas. Pidió que le trajeran su carruaje.

El trayecto hasta el teatro fue rápido, sucediendo en un abrir y cerrar de ojos, y

Darcy descendió entre la multitud que se agolpaba fuera del teatro. El sol de la tarde facilitaba la búsqueda de Hurst y las hermanas Bingley entre la multitud. Varias damas que lucían plumas de avestruz y perlas, se volvieron hacia él con miradas inquisitivas. Siguieron cada uno de sus movimientos mientras se abría paso entre la multitud, como si trataran de discernir a quién buscaba. Hizo una mueca de dolor y se pellizcó el puente de la nariz.

No. ¡Ella no!

La mujer bajita y corpulenta con el extravagante sombrero púrpura adornado con demasiadas plumas, era colaboradora en las páginas de sociedad. El sombrero era nuevo, pero la abundancia de plumas era la indudable marca de la arpía que solía aparecer en muchísimas de las pesadillas de Darcy. Sin duda, esta inocente salida a la pantomima sería el tema de su femenino bolígrafo, o incluso el de la velada entera.

La multitud comenzaba a aglomerarse, tal vez aún podía regresar a su carruaje...

No. Un penacho blanco que caminaba hacia él le llamó la atención, balanceándose en el mar de artistas bien vestidos. Debajo de este se encontraba la señorita Bingley y los Hurst venían por detrás. Era una pena que el propio Bingley no pudiera unirse a ellos esta noche. Socializar siempre era más fácil cuando él estaba presente.

—Buenas tardes, señor Darcy—. Su penacho y ella hicieron una pequeña reverencia. —Qué amable es usted al acompañarnos—. Una capa de terciopelo oscuro

cubría la mayor parte de su vestido de noche: de color pálido, con corte bajo y abundante en adornos.

—Agradezco que Bingley me haya invitado—. No le gustaba mentir, pero a veces era inevitable.

—¿Buscamos nuestro palco antes que lleguen más niños? —Hurst lanzó miradas furtivas a la multitud e hizo una mueca. —Es una desgracia que estas representaciones atraigan a tantos niños que deberían quedarse en casa.

Niños que a menudo se comportaban mejor que sus padres una vez que la representación comenzaba a levantar los ánimos. Los pequeños rara vez incitaban a un motín. Pero esa era una opinión que sería mejor guardarse para sí mismo. Hurst llegaba a ser insufrible cuando alguien lo contrariaba.

—Al menos no tendremos que verlos en nuestro palco—. La señorita Bingley golpeó su abanico de encaje en la palma de su mano.

—¿No le gustan los niños? —Darcy se esforzó por no fruncir el ceño, ya que la mismísima señorita Elizabeth Bennet le había advertido que eso le daba un aspecto intimidatorio.

—¿Qué me podría gustar de los niños? Son necesarios. Por ellos es que existen las niñeras, institutrices y los internados—. La señorita Bingley intercambió una mirada de complicidad con su hermana.

—Vamos, síganme —Hurst hizo un ademán, agachó la barbilla y se metió entre la multitud.

Darcy le indicó a las damas que siguieran a Hurst y se quedó atrás para cubrir la retaguardia.

No debía molestarle que a la señorita Bingley no le gustaran los niños. Una mujer de su rango no estaba obligada a ello. Y tenía razón. Las niñeras, institutrices y los tutores le quitaban la responsabilidad de tener que relacionarse con cualquier recién nacido.

Sin embargo, su madre no había sentido lo mismo por sus hijos. ¿Cuántas veces se había escapado a su habitación para tener la oportunidad de leerle a Darcy su libro favorito? La niñera solía decirle que no era necesario que la señora de la casa lo hiciera.

Pero Madre no aceptaba que le dijeran qué hacer. A veces, Padre se unía a ella. Se sentaba casi de cuclillas en una sillita de la habitación mientras ella leía.

Algunos de los criados creían que era algo muy peculiar, pero la señora Reynolds no permitía ese tipo de conversaciones debajo de las escaleras. Una vez la oyó regañar a una doncella que se atrevió a criticar a sus padres por prestar demasiada atención a lo que ocurría en el cuarto de los niños.

¿Qué clase de hombre hacía algo así?

La clase de hombre que Darcy quería ser.

Pero eso requeriría una esposa. Y lo que es más importante, debía ser una que quisiera hacer algo más que dar a luz a sus hijos.

La señorita Elizabeth era como un faro de luz para los niños. Cuando caminaba por las calles de Meryton, las niñeras le encargaban a sus pequeños. La señorita Elizabeth se arrodillaba para dirigirse a ellos cara a cara. Nunca se había acercado tanto como para escuchar lo que le decían o cómo les respondía. Pero las risas y miradas de deleite de las niñeras decían lo suficiente. No era la clase de mujer que se convertiría en una madre distante.

Caminaron lentamente a través de las tres grandes puertas que conducían desde el vestíbulo a la rotonda del teatro, fluyendo a contracorriente de por lo menos un millar de personas más con la misma intención. Dos mil personas dentro de un solo edificio, incluidas las del foso, las galerías inferiores y superiores. Darcy tocó su cuello ligeramente, le era difícil respirar. El techo despejado de cúpula y los altos pilares corintios le ayudaron a calmar su respiración. Hurst siguió caminando por la rotonda hasta llegar a los pasillos de los palcos, donde por fin encontraron su palco.

El nivel de ruido cayó en picada como la temperatura en la cresta de una tormenta de invierno. Darcy se quitó un peso de encima y logró aspirar una bocanada de aire. La multitud no tardaría en volverlo a afectar, pero disfrutaría del momento mientras durara.

Los tres niveles albergaban veinte palcos cada uno alrededor del foso y la galería circular rodeaba tres cuartos del escenario. La mayor parte del teatro estaba pintado con adornos verde elegante, con acentos dorados. Pero los relieves de los palcos tenían un tratamiento de color carmesí intenso (un tipo de color chillón en general) que recordaba la riqueza y el rango que se mantenía alejado de la chusma ordinaria más allá de aquellas medias paredes.

—¿Qué dice usted, señor Darcy? —La señorita Bingley se acomodó en la silla verde y dorada bien acolchada que estaba al lado de su hermana.

¿A qué se refería?

—Por el amor de Dios, señorita Bingley, no moleste tanto al hombre. No me cabe duda que a él no le importa el estado del sombrero de la hija de la señora Fulana—. Hurst se quitó el frac del abrigo y se sentó detrás de su esposa. Después señaló la silla que estaba a su lado.

Un destello de color apareció en el palco de al lado. A Darcy se le retorció el estómago. ¿Hurst también la reconocía? Haría bien no sentarse al lado de la señorita Bingley. Se acomodó en la silla forrada de terciopelo.

El teatro se llenó y pronto se abrió el telón. El público calló, dispuesto a dejarse transportar por la magia de los actores.

Se inclinó hacia delante, estudiando el escenario iluminado por magníficas lámparas sostenidas sobre pedestales triangulares que hacían que el frente y los extremos del escenario resplandecieran, en lugar de hacerlo desde arriba con los candelabros. Pero el olor a humo y sebo de las velas era más pronunciado.

Aun así valía la pena ver todo con más claridad. Madre lo habría aprobado. Tenía un ojo extraordinario para los detalles. Si hubiera estado aquí, le habría susurrado al oído alguno que otro detalle del lugar. Era un juego que ambos tenían: quién podía descubrir más detalles del escenario antes de que saliera el primer actor.

La señorita Bingley prefería fijarse en los detalles de los atuendos de las otras damas.

Los personajes enmascarados entraron en el escenario: Cenicienta y su padre. Las máscaras y los trajes eran excelentes y diferentes a cualquier cosa que hubiera visto antes. Era fascinante.

La señorita Bingley presionó su hombro contra el de su hermana.

—Mira —le susurró—, en los asientos de la galería inferior, la cuarta fila—. Hizo un gesto con la barbilla—. ¿La ves?

¿Siquiera le prestaban atención a la obra de teatro?

—Creo que sí. ¿La de vestido rosa y está sentada entre los niños?

—Sí, sí. ¿No creerás que...?

Darcy cambió de postura y se apoyó sobre su codo. ¿A quién estaban mirando? Se asomó, examinando a la multitud y siguiendo las indicaciones de las hermanas.

—Pues sí, creo que tienes razón. Oh, Caroline, ¿qué vamos a hacer?

¿Cómo podrían reconocer a alguien con solo ver su nuca y por qué sería tan importante? ¡Sólo eran puras tonterías!

Darcy se reclinó y volvió a prestar atención a la pantomima. El arlequín, con su máscara negra y su traje con patrones de franjas rojas y verdes brillantes, agitaba su distintivo bastón humorístico. La elegante reina Hada agitó sus brazos, pronunció unas palabras mágicas y transformó, no solo a Cenicienta y a su padre, sino también el escenario entero.

Las máscaras y los vestuarios se hicieron trizas, las piezas del decorado comenzaron a girar y torcer, hasta que todo se transformó. Y el mundo de la arlequinada² apareció.

² La Arlequinada o «Harlequinade» es una danza rápida y alegre de origen inglés donde el arlequín suele ser el personaje principal de la presentación artística. Como tal, este personaje tiene distintas personalidades pero todas se centran en la comedia humorística, su vestimenta es reconocida por llevar los distintivos colores rojo y verde en triángulos o rombos.

Darcy sintió que una sonrisa se formaba en su rostro. De niño, ésta era su parte favorita de todo el espectáculo. Había algo indudablemente atractivo en ese cambio tan fácil y despreocupado del espectáculo, aunque sólo fuera una ilusión escénica.

—¡Aquí estamos de nuevo! —gritó el payaso desde el escenario y saltó de una pieza del decorado a otra.

Los niños del público, especialmente los más pequeños, se pusieron de pie de un salto y comenzaron a gritar y a aplaudir. La joven sentada en la cuarta fila por debajo de ellos se volvió para hablar con las niñas a su lado.

Por todos los cielos.

Era Jane Bennet.

¿Qué estaba haciendo en Londres?

¿Cuándo había llegado y cuánto tiempo iba a estar aquí?

Y lo que era más importante, ¿su hermana había venido con ella?

Darcy se inclinó todo lo que pudo y miró entre la multitud en busca de alguna señal de la señorita Elizabeth.

No es que tuviera la intención de hablar con ella. Por supuesto que no, eso seguramente aparecería en las páginas de sociedad. No, cualquier encuentro público con ella sería imposible. Pero sería grato verla o solamente saber que estaba en la ciudad.

—Ella mencionó que tenía un tío en Cheapside—. ¿La señora Hurst se daba cuenta que sonaba como un gato con una bola de pelos atorada en la garganta? Tal vez sólo estaba contagiándose del espíritu de la alegre escena de persecución que se desarrollaba debajo de ellos. —No me cabe duda alguna, se está quedando con ellos. Sólo puedo suponer que sus intenciones se relacionan a seguir con el cortejo.

¿Cheapside? Eso no estaba muy lejos. Tal vez podría ingeniárselas para caminar por esa dirección... de vez en cuando. No importaba si estaba en la ciudad, de alguna u otra manera la señorita Elizabeth se las arreglaría para dar un paseo matutino. Era una criatura de costumbres.

Pero no saldría sola, la acompañaría una doncella o tal vez su hermana, o incluso los niños. Quizá saldría con la niñera o incluso podría adueñarse de sus deberes y entretendría a los niños ella sola. Tal vez caminaría con ellos hasta la Torre Verde. Los pequeños sin duda disfrutarían la oportunidad de estirar las piernas en una buena carrera.

Madre lo había llevado allí un par de veces cuando se quedaban en la ciudad. Qué estimulante había sido darse el gusto de correr tan lejos y tan rápido como quisiese. Estar encerrado en casa había sido una de las cosas que menos le habían gustado de sus visitas a la ciudad.

La Torre Verde era un lugar en el que uno podía encontrarse accidentalmente con cualquier conglomerado de personas. Incluso se podía mantener una breve conversación ocasional, una conversación totalmente intrascendente.

¿Qué se podría decir en un encuentro así?

Un murmullo de satisfacción recorrió la multitud. Pantalone puso la mano de Colombina en la del Arlequín. Los aplausos incrementaron, todo era ahora como debía ser.

Darcy se puso de pie junto a Hurst y aplaudió, sin dejar de buscar entre la multitud por alguna señal de la señorita Elizabeth.

Los siguientes actos continuaron y concluyeron con un entusiasta coro musical. El público se unió a ellos, animando a que se repitiera demasiadas veces. Por fin, los actores desaparecieron detrás del escenario.

De forma lenta, como la melaza fría en una cuchara, el público salió del teatro.

La señorita Bingley declaró que no le gustaba la aglomeración e insistió en que permanecieran en su palco hasta que se despejara gran parte del teatro. La señora Hurst estuvo de acuerdo, por lo que no había mucho qué hacer más que esperar a que se pasara el tiempo.

Sin embargo, tal vez lo mejor sería que lo vieran salir solo. Eso podría ayudar a aclarar los malentendidos que crearía la mujer de sombrero púrpura y plumas sobre la compañía con la que se había reunido hoy. Darcy se levantó.

—Por favor, señor Darcy, no nos deje todavía—. La señorita Bingley lo miró, batiendo sus pestañas.

Él conocía demasiado bien esa mirada. Bingley se había equivocado en definitiva sobre las intenciones de su hermana.

—Perdóneme, pero es necesario que me vaya—. Probablemente no debió haber venido en primer lugar.

—Espere, se lo ruego. Hay un asunto de gran importancia que debemos discutir.

Darcy retrocedió un poco. —Desconozco a lo que se refiere.

—¿No vio lo que nosotras vimos en la audiencia debajo de nosotras? Esa era Jane Bennet.

—Yo sólo vi a una joven que se parecía mucho a la señorita Bennet.

Las mejillas de la señorita Bingley se sonrojaron. —No se parecía a la señorita Bennet, ella era Jane Bennet. No me cabe la menor duda. ¿Acaso ya ha olvidado por qué fue nuestra insistencia en que Charles se quedara en Londres y evitara su casa de campo?

Si era sincero, por un momento así había sido.

—Me temo que esta es una situación muy, muy seria. Usted fue una pieza fundamental para convencer a Charles a que se quedara en la ciudad. Le pido su ayuda de nuevo. Debemos asegurarnos que no vuelva a reencontrarse con la señorita Bennet aquí en la ciudad. Estoy completamente segura de que él no aceptará otro cambio de lugar.

Darcy regresó a su asiento. —Entiendo su preocupación, pero no creo que sea probable que se encuentren por casualidad. Según tengo entendido, el tío y la tía de la señorita Bennet no suelen tener compañía, y él se dedica al comercio. ¿Cuántas oportunidades se tienen de codearse con comerciantes? No, lo considero bastante improbable. No tiene motivos para preocuparse.

—Usted subestima el apego de Charles hacia la señorita Bennet. Estoy muy segura que si se entera que ella está en la ciudad, hará todo lo posible por continuar su relación.

¿Bingley le tenía tanto afecto? No lo parecía. Pero si lo estaba, ¿eso cambiaría algo en la situación? —Él sabe muy bien el peligro que tales conexiones podrían representar para la posición de su familia. Y le aseguro que no desearía a la señora Bennet como suegra—. Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Darcy.

Ese sí que sería un destino horrible. Esa sola posibilidad debería bastar para hacer que cualquier mujer con el apellido Bennet fuera totalmente indeseable. Y aun así...

El apellido y las conexiones de los Darcy eran reconocidos, y eran capaces de soportar una o dos alianzas ridículas. Pero no sería lo mismo para la frágil descendencia de la familia Bingley, que hacía poco llegó a establecerse en la buena sociedad.

La señorita Bingley agitó su abanico de encaje. —Uno pensaría que Charles tendría el sentido común para darse cuenta, pero no estoy del todo segura. Debemos acordar mantener esta noticia entre nosotros. Charles no debe enterarse que ella se encuentra por aquí.

—Aborrezco mentir...

—Lo entiendo, señor Darcy y tengo su carácter en el mayor de los respetos. Sin embargo, considere lo que está en juego. Además, aquí no se está realizando ningún engaño. Simplemente estamos eligiendo no mencionar nada. No decir falsedades—. Una delgada sonrisa se dibujó en su rostro femenino y parpadeó un poco más rápido.

La línea entre ambos era muy, muy fina, quizá demasiado fina como para poder distinguirla realmente. La mentira, activa o pasiva, finalmente era una mentira y como tal, era una ofensa al carácter de Darcy.

Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Debía romper sus principios sólo por esta vez y no decir que había visto a la señorita Bennet?

No, claro que no.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Mientras él no pregunte específicamente si me he encontrado con la señorita Bennet en el teatro, me mantendré en silencio.

Era un compromiso incómodo, pero era tolerable.

Y necesario.

—Admiro sus principios, señor Darcy. No podría pedir más de usted. Es un buen amigo de mi hermano. Apreciamos la forma en que lo está guiando en la sociedad—. Volvió a batir sus pestañas.

—Si eso es todo, entonces, le ruego me disculpe. Buenas noches—. Darcy hizo una pequeña reverencia.

Su coqueteo se desvaneció por un segundo. —Buenas noches, señor.

Darcy se dio la vuelta y salió tan rápido como pudo, sin echar a correr. Cuanto antes se alejara de la presencia de la señorita Bingley y cuanto más tiempo permaneciera lejos de ella, sería mejor.

La larga escalera estaba casi vacía. Lo cual era una bendición, dado su estado de ánimo. Tener que abrirse paso entre una multitud lo habría dejado completamente loco.

Ya estando afuera, inundó sus pulmones del aire fresco y crujiente de la noche, este era el bálsamo perfecto que necesitaba ante las atenciones de la señorita Bingley. O lo sería si no fuera por la mujer de sombrero púrpura y plumas que se encontraba cerca de las puertas del teatro.

¡Debía encontrar el carruaje de inmediato!

La suerte estaba de su lado. Su cochero tenía el carruaje cerca de la farola de la calle, esperando exactamente donde debía estar. Darcy subió rápidamente. La mujer de sombrero púrpura y plumas había observado su apresurada salida del teatro y lo seguía a una discreta distancia. No dejaba de mirar por encima de su hombro, como si esperara encontrar a la señorita Bingley persiguiéndolo, o si lo convertía en algo más dramático, supondría que la habría dejado abandonada en alguna parte, llorando amargas lágrimas tras su rechazo.

¡Qué criatura tan vil!

Pero la posibilidad de ver o reunirse con la señorita Elizabeth apenas compensaba el riesgo de estar sometido a esa arpía. Tenía que regresar pronto a Pemberley, antes que la vigilancia de los chismes lo volvieran loco.

Pero si lo hacía, no podría ver a la señorita Elizabeth. Y eso jamás lo podría aceptar.

Aún tenía varios compromisos sociales que exigían su presencia. Irse antes de asistir a ellos causaría más problemas de los que resolvería. Seguramente podría averiguar si la señorita Elizabeth se encontraba en la ciudad durante ese tiempo.

Eso haría. Y luego se iría y acabaría de una vez por todas con las intrigas de la alta sociedad.

FIN



Sobre la autora

Descubrió su afición por Jane Austen a mediados de los 90 con la película *Sensatez y sentimiento* de Emma Thompson, después de haberse graduado de la preparatoria sin haber leído nunca a Austen. A partir de ese momento, no tardó en consumir todas las obras de Austen, en todas sus formas. Con la esperanza de descubrir más obras de Austen, se topó con los foros de fan fiction, lo que naturalmente la llevó a preguntarse *¿Qué pasaría si...?* Veintinueve libros después, sigue haciéndose esa pregunta.

Escribe fantasía, romance histórico y no ficción para justificar su adicción a la investigación.

Puede encontrarse más información sobre sus libros en su página web: [Books - Random Bits of Fascination](#)



Una boda por Navidad

Cristina Almario

El compromiso por parte del señor Bingley con Jane Bennet provocó un gran revuelo. La aparición de Lady Catherine arrasando con todo en Longbourn tuvo consecuencias en Elizabeth. Dejándola alicaída, Lizzie por primera vez no pudo soportar tal grado de alegría y felicidad que llenaba la casa. Pidió y le fue concedido su deseo de instalarse de forma inmediata durante unas semanas en Londres, en casa de sus tíos Gardiner.

Los baúles fueron llenados y al cabo de dos días se dirigió rumbo al norte. Para sus tíos fue una agradable sorpresa cuando apareció en su puerta. Les deleitaba la presencia de Jane y de Lizzie, eran como unas segundas hijas para ellos. Y ellas eran tan atentas y disfrutaban de la compañía de sus primos pequeños.

Los Gardiner vieron a Elizabeth algo desanimada, pero lo acusaron a la proximidad del enlace de Jane y sobre como perdería a su hermana, amiga y confidente. Lizzie en realidad se sentía feliz por su hermana, pero a costa de la suya. Su corazón pertenecía al señor Darcy, y suponía que él acudiría a Longbourn para agregarse a la felicidad de su amigo cuando se dio el compromiso, aunque él nunca apareció.

Por su lado, el señor Darcy permanecía en Londres. Tras la visita de su tía y distorsionando las palabras de Elizabeth, decidió instalarse en Pemberley hasta que cayeran las primeras nieves. Lo que Elizabeth no podía suponer era de la infelicidad que llenaba al señor Darcy. Fitzwilliam se alegraba por su amigo, pero sentía pena por él.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Georgiana estaba feliz de pasar más tiempo en compañía de su hermano y no sólo con la compañía de la señora Annesley, pero lo veía más serio de lo habitual, hasta con ella.

El frío llegó y llevó a los Darcy a pasar el resto del invierno en Londres, no sin antes de que llegara una misiva de su mejor amigo Charles Bingley, informándole de la fecha de sus nupcias. Pidiéndole que se uniera a su felicidad siendo su padrino, está se celebraría en Hertfordshire durante la época de Navidad. Una boda navideña. Charles no sabía lo poco que le apetecía a Darcy pasar la festividad fuera de su Pemberley amado.

Los meses en un Londres gris dejaron paso a un Londres gélido y con nieves ocasionales.



Estando en Londres, Georgiana insistió un día en dar un paseo por Hyde Park y Darcy muy a su pesar aceptó para acompañarla.

Elizabeth al no poder dar largos paseos por sus caminos preferidos de Hertfordshire, fue cambiando sus hábitos y decidió conocer cada rincón de cada parque de Londres durante su estancia con los Gardiner.

Fue en ese día que, para sorpresa no sólo del señor Darcy, cuando se toparon con la señora Gardiner y Elizabeth. Los dos jóvenes estaban azorados, parecían estar destinados a repetir la misma historia que en Pemberley. Al tener a Georgiana colgada del brazo, le obligó a reponerse antes su desconcierto.

—Señora Gardiner, señorita Bennet que inesperada sorpresa.

Elizabeth aún no se había recuperado del asombro de encontrarlo ahí. Su tía se dio cuenta y habló por ella.

—Sí, mi sobrina lleva días queriendo pasear por Hyde Park, es uno de los pocos parques que le quedan por conocer.

—¿Y es de su agrado?

—Sí, señor Darcy —consiguió responder a duras penas.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Creí que usted estaría con su familia, dado el compromiso del señor Bingley con su hermana la señorita Jane Bennet.

—Sí, estuve presente en el compromiso, pero quise venir a Londres.

—Eso veo. ¿Y está usted disfrutando de su estancia aquí?

—Sí, siempre disfruto estando con mis tíos —respondió Lizzie.

—Nos alegramos de oír eso—. No se quitaban la vista uno del otro.

—Señorita Darcy, es un auténtico placer verla otra vez —dijo Lizzie dirigiéndose a la jovencita.

—Gracias, señorita Bennet, me apenó... bueno nos apenó terriblemente perder su compañía tan pronto durante el verano.

—Estoy segura que a la señorita Bingley también le entristeció nuestra salida precipitada.

—Estaba terriblemente apenada —se rio Georgiana.

—¿Nos permitirían acompañarlas en su paseo por el parque? —preguntó Darcy.

—Será un placer —respondió la señora Gardiner, que se situó al lado de Georgiana, cediendo su sitio al señor Darcy, quien no dudó en ofrecerle su brazo a Lizzie. Ante esto, Lizzie se sonrojó.

—¿Y tiene pensado permanecer mucho tiempo en el gris Londres?

—¿Piensa deshacerse de mi compañía tan pronto? —intentó bromear Elizabeth.

—En absoluto—. Elizabeth se sonrojó de nuevo.

—Si soy honesta, aún no hemos establecido una fecha de vuelta a Longbourn exceptuando los días próximos al enlace de Jane y el señor Bingley.

—Por supuesto. Yo... no tenía contemplado llegar tan pronto a Netherfield, pero supongo que no. Si no es mucho pedir, sería un honor poder dejar libre un asiento en el carruaje para que usted viaje con nosotros.

Lizzie se sorprendió ante la oferta. —Sería un abuso de mi parte.

—En absoluto, se lo ofrezco libremente.

—Debo declinar su oferta, estoy a disposición de mis tíos.

—Lo comprendo. Nosotros nos vamos en unos pocos días, debo solucionar un asunto antes del enlace.

—Por supuesto.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Terminando su corto paseo, Darcy y Georgiana se despidieron de Lizzie y la señora Gardiner. En los días que restaron a su estancia en Londres, por más que Darcy volvió a pasear por Hyde Park, no volvió a coincidir con la señorita Elizabeth Bennet.



La ida a Hertfordshire fue ciertamente agradable, los caminos aun eran transitables, aunque ya estaban a mediados de diciembre, la nieve cubría generosamente el paisaje. El coronel Fitzwilliam se unió a los Darcy en el camino. Netherfield Park había sido decorada generosamente con todo de adornos navideños, el muérdago llenaba diversas habitaciones por petición expresa de Caroline. Al entrar por la puerta principal los invitados pudieron sentir el espíritu de festividad al estar la casa inundada con olores de galletas de jengibre recién hechas, la vistosidad de las plantas naturales que decoraban la escalera y otros lugares de la mansión como el acebo, el rusco y muérdago.

Tras la cena, Darcy se retiró junto a su amigo a la sala de billar donde tuvo que confesar a Bingley el secreto de su hermana, debía pedir a los Bennet al día siguiente que no invitaran a su hija pequeña y a su marido Wickham o él no tendría más remedio que irse de Netherfield.

Aquella primera noche en Netherfield era la indicada para el plan de Caroline. Ella aborreciera la idea de que su hermano estuviera comprometido con Jane Bennet, pero ella no se quedaría de brazos cruzados para tratar de alcanzar lo único que la haría feliz.

Cuando todos estuvieran en sus habitaciones, le harían llegar una nota a Darcy para obligarlo a acudir a la habitación de su hermana, que en realidad era la de Caroline. A la vez levantarían a Charles de su cómoda cama, gracias a la señora Hurst y lo dirigiría como a un corderito al matadero a encontrarse a Darcy en la habitación de su “hermana”.

Esa noche todo pareció ir correctamente, arropada en su cama, a oscuras con sólo la tenue luz de la luna asomándose por la ventana. Así pues, cuando Darcy se diera cuenta que ella no era Georgiana, ya estaría al lado de su cama. Entonces llegarían Charles, y ante la sorpresa de aquella escena, insistiría en una boda rápida para evitar

cualquier escándalo. El apellido Darcy ayudaría a conseguir una licencia especial. Seguramente ella tendría que contentarse con la pequeña iglesia del pueblo, pero al final, eso no tendría importancia.

Al cabo de unos minutos, unas pisadas fueran se pararon delante de su puerta. Caroline estaba expectante, dentro de poco su destino estaría sellado y sería la nueva señora de Pemberley.

Hubo un toque ligero en la puerta. Ella fingió tener una terrible tos, penas logrando hablar para dejar entrar a su futuro prometido. El pomo de la puerta se abrió y él entró.

Louisa había estado atenta en el pasillo a oscuras, y cuando oyó aproximarse a alguien a la puerta de su hermana, se apresuró a despertar a su hermano para que él acudiera a la habitación de Caroline. Charles con su buena fe no dudó ante el aviso de su hermana y se vistió rápidamente con una bata para acudir con una Caroline enferma.

Mientras tanto, en la otra habitación.

—¿Georgiana? ¿Georgie? —susurraba él.

Caroline apenas podía oír nada más que una voz en su interior diciendo: “Señora Darcy. Señora Darcy”.

En ese preciso instante la puerta se abrió de golpe. Sólo entonces Caroline se atrevió a salir de su escondite, y entonces pudo ver su error.

—¡Coronel! —gritaron casi al unisón todos los allí reunidos. Richard se sorprendió, apenas podía hablar.

—Yo... ¿Georgiana?

—¿Qué significa esto coronel? ¿Por qué está en la habitación de mi hermana Caroline? —exclamó Charles.

Los gritos despertaron a Darcy, y queriendo asegurarse de que no se trataba de Georgiana, rápidamente estuvo en la puerta de donde provenían los gritos, sólo para encontrarse con la sorpresa de ver a una Caroline en la cama, con el coronel a su lado.

—¿Richard?

—No es lo que parece, me entregaron una nota de parte de Georgiana, diciendo que no se encontraba bien, decía que esta era su habitación—. Entregó la nota a Darcy y éste necesitó de una vela para leerla detalladamente.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Tiene una similitud con la letra de Georgie, pero nunca me llama Fitzwilliam por escrito—. En ese momento la aludida se presentó y le quitó la nota de las manos.

—Esta no es mi letra. Yo no he escrito esto. Hermano, ¿qué significa todo esto?

—Creo que se equivocaron de destinatario. Supongo que la carta debía ser para mí, pero se la entregaron por error a Richard. Se equivocaron de Fitzwilliam.



A la mañana siguiente, toda la casa se levantó con mucha actividad. Sólo el ama de llaves y el mayordomo habían acudido la noche anterior a la habitación, llevándose una fuerte impresión, pero tras dar su palabras de que no divulgarían nada de lo sucedido, las damas volvieron a sus habitaciones.

Bingley no tenía la más mínima duda de que el coronel no tenía ninguna intención de casarse con Caroline, así que decidió enviar a Caroline a Scarborough con su tía. Después de la ofensa cometida contra su mejor amigo y que hubiera podido tener funestas consecuencias hacia el coronel, sentía que les debía una gran disculpa.

—Caballeros, después del terrible ultraje de mi hermana bajo mi techo, he decidido enviarla con nuestra tía a Scarborough hoy mismo, la señora Hurst decidió acompañarla, y no puedo decir mucho de mi cuñado, pero él también ha partido con ellas. No deseo su presencia en mi boda.

—Creo que ha sido lo mejor. Tenemos la suerte de que el personal no sabe nada de lo ocurrido —dijo Darcy, sabiendo que Bingley le pagó generosamente a su ama de llaves y al mayordomo. Charles había intentado hacer lo mejor por Caroline, pero bajo estas circunstancias, necesitaba tener una mano firme. Pronto sería su boda y él merecería estar alejado de sus hermanas.

Fue justo en esa mañana que Elizabeth llegó a Longbourn junto con los Gardiner. En un inicio su plan había sido llegar a la siguiente semana, pero la nieve había empezado a caer con fuerza en Londres.

La más feliz del regreso de Lizzie era Jane. Había echado terriblemente en falta a su hermana menor. La Navidad sin su sarcasmo ni su alegría contagiosa no era lo mismo.

Esa misma tarde acudieron Bingley y Darcy al hogar de los Bennet, tras asegurarse que Caroline, así como los Hurst hubieran empaquetado todas sus pertenencias y pusieran rumbo lejos de Netherfield. La señora Bennet los invitó a pasar a la sala y antes que pudieran hablar de temas triviales o preestablecidos, Darcy pidió hablar en privado con el señor Bennet.

En verdad él y Bingley no deseaban la presencia de los Wickham en la boda, pero ese no fue el único tema que tocó con el señor Bennet. No estuvieron mucho rato reunidos. Al cruzar el umbral de la puerta del señor Bennet, Darcy se dirigió a la sala. Allí se encontró a Bingley invitando a las damas a una pequeña caminata y se unió a él en su invitación. Sólo Jane y Elizabeth decidieron aceptar la oferta, y subieron a cambiarse de ropaje y a calzarse adecuadamente por el clima.

Durante los primeros metros de nieve, Darcy y Elizabeth caminaban en un incómodo silencio. Elizabeth estaba demasiado avergonzada de todo lo sucedido con su hermana pequeña, y por el modo en que juzgó todas las acciones de su acompañante. Aun en condiciones bastante difíciles dejaron pronto atrás a Bingley y Jane. A fuera se podía observar las casas cubiertas de nieve, al igual que los caminos y los árboles, ahora de color blanquecino. Una fuerte tormenta ya había dejado todo cubierto, transformándolo en un paisaje hermoso y tranquilo.

—Señor Darcy, le agradezco su presencia y su ayuda en la boda de mi hermana.

—Señorita Bennet —comenzó Darcy —, debo decir que me da más crédito del que merezco, pues es también la boda de mi amigo.

Elizabeth se sentía torpe para mantener una conversación casual. Lo cierto era que la nieve comenzaba a ser intransitable y no podían ir mucho más allá si no tomaban el camino principal. Así que se detuvieron y Darcy aprovechó el momento.

—Señorita Bennet, sé que en el pasado hemos tenido muchas desavenencias, pero no puedo más que tentar a mi suerte. Sé que hubo una vez en que le falté al respeto, y usted me hizo ver de mi gran error.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Señor Darcy... usted no es el único que se ha equivocado. Le debo una disculpa.

—No, usted no tiene por qué disculparse. Soy yo quien tiene que disculparse, y decirle que no ha pasado un sólo día en que no piense en usted. Me ha abierto los ojos a querer algo más en la vida, a ver que todo lo que tengo no es nada si no tengo con quien compartirlo.

Darcy colocó su rodilla en la fría nieve. Sólo tenía ojos para Elizabeth. A lo lejos Bingley y Jane eran consciente de la escena que tenían ante sí.

—Mi querida señorita Elizabeth Bennet, ¿me haría el gran honor de aceptarme y convertirse en mi esposa?

—Oh señor Darcy, sí. Y mil veces sí.

Darcy se levantó y agarró ambas manos enguantadas donde deposito sendos besos. Jane corrió a los brazos de su hermana, con lágrimas en los ojos.

—Pero debo pedirte un último favor a ambos. ¿Podríamos unirnos a tu hermana Jane y Charles, si ellos lo desean, y tener una boda conjunta navideña?

—Oh sí, sí, por supuesto que sí. Qué mejor que compartir este momento con mi querida Jane.

—Creo que sería lo adecuado —intervino Bingley, alegremente felicitando a Darcy. Rápidamente volvieron al hogar de los Bennet donde dieron las nuevas a la familia. La señora Bennet apenas podía creer en su suerte. Casaría a sus dos hijas con dos caballeros de grandes fortunas.

Los caballeros se dirigieron a Netherfield para informar a Georgiana y al coronel de los acontecimientos. Ella estaba pletórica de alegría cuando le informaron de los nuevos planes. Al día siguiente todo Meryton ya sabían de la suerte de la segunda de las Bennet, pero volvió a caer una fuerte nevada y los caballeros no pudieron volver acudir a Longbourn.

Una vez que el clima lo permitió, Darcy iba a enviar a su ayuda de cámara a Londres con la encomienda de conseguir la licencia especial para su boda, pero fue el propio coronel Fitzwilliam quien se ofreció a realizar esa encomienda, además de traer algo de la Casa Darcy.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Los días antes de Navidad los caballeros intentaban acudir junto con Georgiana a Longbourn, siempre que el tiempo se lo permitiera. La nieve comenzaba a tener una altura bastante amenazadora y difícil de transitar hasta con caballo.

Darcy tuvo que conformarse con las pequeñas tiendas de Meryton para comprar algunos regalos para la Noche de Reyes para su futura familia, así como algunas partituras para Georgiana. Se lamentó que no tuviera suficiente tiempo para ir hasta Pemberley por el anillo de su madre, Lady Anne, para su prometida, pero al menos agradeció la prontitud de su primo para obtener la licencia especial.

El día de Navidad lo celebraron con ponche y con una gran cena, reuniendo a los Bennet, los Gardiner, los Darcy, al coronel y a Bingley. Georgiana estaba tan emocionada de poder tener una hermana que tocó alegres melodías y se pasó horas al pianoforte. Pronto tuvieron que irse los Bennet pues al día siguiente era el día más esperado. La nieve no paraba de caer. No dio tregua y a primera hora de la mañana varios trabajadores, pala en mano comenzaron a despejar el camino para que pudieran llegar a la pequeña iglesia de Meryton.

En la iglesia, Darcy escuchó a su futura madre política, significaba que su Lizzie estaba a punto de entrar. Nada lo pudo preparar para su reacción al ver a Elizabeth ataviada en un vestido tan fino. Si antes creía que era hermosa, ahora vestida con tal exquisito atuendo, seguramente regalo de los Gardiner, Darcy no cabía en sí de gozo. De repente alguien le tocó el hombro.

—Primo, creo que vas a necesitar esto —susurró Fitzwilliam entregándole una pequeña caja. Al abrirla, Darcy vio que era el anillo de su madre.

—Pensé que estaba en Pemberley.

—Pues no, resulta que estaba en Londres.

Darcy le agradeció el gesto y volvió su atención al gran evento.

Igualmente Bingley se vio sorprendido al ver a su querida Jane, quien no dejaba de sonreír al lado de su hermana. La ceremonia de ambas parejas fue corta pero llena de emociones. Después las parejas con sus testigos y el párroco se dirigieron a la sacristía para firmar el registro.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Al finalizar, todos se dirigieron a Netherfield, donde se sirvió el desayuno de boda a la altura de un Rey, degustando exquisitos platos como pastel de hígado, pastel de caza, foi-gras y la nueva moda importada por el propio Jorge III, incluyendo las patatas.

Para beneficio de los nuevos esposos, el clima se tranquilizó, permitiendo que los Darcy pudieran iniciar su viaje de bodas. Elizabeth y Darcy se dirigieron a Londres, acompañados de Georgiana, mientras que Jane y Bingley permanecieron en Netherfield.

Una vez en Londres, Darcy se dirigió a su ama de llaves y a su cocinera, pidiendo que tuvieran lista una cena por su boda y las habitaciones para él y otra para la nueva señora Darcy. El ama de llaves le preguntó a Elizabeth si ella traía a su doncella para ayudarle con su ropa. Darcy le respondió que su esposa iba a requerir una doncella, pero que por esta noche, él se haría cargo.

—Entonces, ¿gusta usted que preparemos una o dos habitaciones?

—¿Elizabeth? —Darcy se mantenía firme, divertido en la situación en la que se encontraban.

—Bueno... yo creo... que sería más adecuado una sola —apenas balbuceó Lizzie. El ama de llaves y la cocinera se retiraron. Lizzie seguía roja.

—Eso ha sido interesante —dijo él una vez que estuvieron solos.

—¡Darcy! —exclamó ella. Darcy rio sonoramente, desde esa mañana el gran señor de Darcy estaba de un humor inmejorable.

—No me digas querida, ¿qué tan pronto te estoy alterando y no tengo compasión de tus pobres nervios? — dijo él imitando a la señora Bennet.

—¡Fitzwilliam Alexander Darcy! ¡Qué libertades te estás tomando! ¿Me habré equivocado al casarme contigo hoy?

El rostro de pura felicidad de Darcy no podía ser simulado. —En absoluto, soy inocente de todos los cargos su señoría. Solamente estaba exhibiendo unos hechos. Creo que mi futuro, nuestro futuro, estará lleno de muchas más alegrías.

—Eso espero mi señor Darcy, eso espero.

FIN



Sobre la autora

Cristina Almario es madre de dos niños que reside en España con su familia. Recientemente publicó su primer libro, *Más que orgullo*, una continuación de *Orgullo y prejuicio*.



Swinging Emma

Fernando García Pañeda

Recién levantada, se asoma al ventanal de su dormitorio y ve un manto blanco que cubre todo el jardín: ha estado nevando durante la noche. Enciende las luces del árbol y la fachada antes de salir, bien provista de botas, abrigo y bufanda, a embeberse en tan sugestivo espectáculo de la naturaleza. Deambula por entre arriates y arbustos nevados, deleitándose en cada paso, como si se hubiera introducido de forma mágica en una de esas postales antiguas que coleccionaba su madre.

Disfruta del silencio mágico de la escena cuando oye que la cancela se abre y le ve entrar, decidido y discreto. Creía que iba a tardar mucho tiempo en verle de nuevo, pero apenas ha transcurrido una semana desde la amarga separación. Puede ser una señal muy buena o muy mala, pero es mucho más madura de lo que indica su edad y sabe que, por regla general, suele ser lo segundo. De ahí que la sorpresa no sea mayor que la inquietud.

—Feliz Navidad, Emma —se adelanta él, aunque no antes de estar junto a ella, frente a frente.

—¡George! Feliz Navidad... ¡Qué sorpresa! No sabía que habías regresado.

—Acabo de llegar. Ni siquiera he pasado por casa para dejar las cosas.

—¡Santo cielo! Pero dicen que las carreteras están imposibles.

—Ninguna carretera es imposible para mi viejo Land Rover —contesta él con media sonrisa.

Ella permanece callada durante unos instantes, preguntándose qué significa ese regreso tan precipitado. Pero él tampoco reacciona.

—Entonces vendrás esta noche a la misa del gallo —se anima ella con lo primero que se le ocurre para romper esa tirantez.

—Sí, claro.

—Y a la comida de mañana...

—Por supuesto. Los Knightley llevamos cien años acudiendo a la comida de Navidad de los Woodhouse. No hay nevada ni tormenta que pueda impedirlo.

Algo no cuadra en el tono de él. Le falta naturalidad, le falta su viveza habitual. Y también se ve forzada la sonrisa al proponer: —¿Salimos a dar un paseo? Esto no se ve todas las décadas.

—Claro. Pero, ¿no tendrás frío? —se preocupa al verlo sólo con una camisa oxford y el Barbour.

—¿Frío? ¿Eso qué es? —responde él, aunque se abrocha el chaquetón encerado.

Salen y comienzan a pasear por la carretera y el parque aledaños. El aspecto de George, que sigue guardando silencio, es muy indeciso, casi contrariado. Y ella no puede soportar ese silencio, tan fuera de lo común cuando están juntos. Por eso, intentando sonreír de nuevo, lo rompe.

—¿Sabes? Te voy a contar algo que te va a dejar de piedra.

—¿Tú crees? —dice él con calma, mirándola de nuevo— Bueno, sorpréndeme.

—Hay boda a la vista.

De nuevo un breve silencio. Él adivina que Emma intenta crear suspense y no va a proseguir. Pero hoy no tiene humor para juegos.

—¿La de Frank y Jane?

—¡Madre mía! ¿Pero... cómo lo sabes?

—Esta misma mañana me ha llamado por teléfono Alice Pollock, y...

—¿Pollock? ¡Menuda cotilla! ¿Y qué relación tienes con ella? ¿Cómo...?

—Quería pedirme un pequeño favor de la discográfica para un sobrino, una tontería. Y antes de colgar no se ha resistido a darme la noticia.

—Ah... Bueno... Menuda sorpresa, ¿no? —dice de forma titubeante antes de añadir con el rostro encendido— No, en realidad no lo es. Sobre todo para ti. Me lo habías advertido en más de una ocasión y yo me enfadaba con tus sospechas. Hay que ser boba... —y prosigue bajando la voz— Ojalá te hubiera hecho caso. En esto como en tantas otras cosas.

George se acerca y la toma de los hombros con suavidad.

—No, Emma, todos nos equivocamos a veces. En este caso tuve esa intuición sobre él y acerté, pero he metido la pata un millón de veces.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Enternecida y melancólica, Emma se abisma en los ojos de él y musita: —Qué encanto, por Dios...

Y, ante su mirada expectante, prosigue: —¿Tú? ¿Meter la pata? Me moriré de vieja antes de verlo. O no, no me moriré de vieja, sino de pura tonta. Tan joven y tan tonta.

—Mi querida Emma, tan joven sí, pero no tienes ni un pelo de tonta. Tienes ahí dentro un enorme sentido común —dice él, conmovido. —Ya verás cómo el tiempo irá curando y borrando la herida.



Emma Woodhouse no sólo es inteligente y hermosa, sino que ha tenido la suerte de nacer y crecer en un hogar agradable, en el seno de una de las familias más acomodadas de Surrey (y quizá de todo el Reino Unido). Es más, parece la viva imagen de la buena suerte, puesto que han sido muy pocos los disgustos padecidos en los veintidós años de su existencia.

Yo he tenido una suerte muy parecida, al crecer también en un hogar feliz, de un nivel social similar al de los Woodhouse y en la misma ciudad de Esher. De hecho, las fincas de ambas familias son colindantes y las relaciones son excelentes, por no decir perfectas. Por ese motivo pude contemplar por primera vez su graciosa figurilla en su bautizo, el mismísimo Día de la Victoria, cuando yo contaba con casi once años. Y he tenido la estrella de seguir haciéndolo hasta hoy como confidente y amigo; una especie de hermano mayor.

Una única sombra se cernió sobre su vida: la prematura muerte de la señora Woodhouse. A los catorce años se vio huérfana de madre, lo que supuso un importante hándicap en su educación y forma de ser. Su única hermana —mayor y, curiosamente, esposa de mi hermano menor— tiene una carácter más independiente y desapegado, menos alocado y cariñoso; así es que Emma ha sido y es la niña de los ojos del señor Woodhouse, quien nunca se ha planteado desatender cuantas apetencias —justificadas o no— han salido al paso de ella. Pero también en esto tiene la fortuna de contar con un juicio cabal y un corazón perfecto que equilibran su conducta y condición.

No obstante, ese equilibrio no funcionó cuando, a punto de cumplir los diecisiete, abandonó Headington School, a pesar de ser una aventajada —e irregular— estudiante, para ingresar en la famosa escuela de modelos Lucie Clayton Charm Academy. Este giro, tan determinante en su vida, se debió a la inadecuada influencia de Harriet Smith, una amiga dos años mayor que ella y de una extracción social un tanto indeterminada. Emma la conoció durante una excursión a Londres en la primavera de 1962, al entrar en *Bazaar* de King's Road, donde aquélla trabajaba de aprendiz. Harriet quedó

deslumbrada por la elegancia natural y la alegría espontánea de Emma, y Emma admiraba la extraordinaria belleza de Harriet y el glamur de su empleo; así se originó una amistad extraña y asimétrica que no hacía prever beneficio alguno para ambas. Tal fue así que, mientras la señorita Smith fue dando tumbos de boutique en boutique sin mejora ni beneficio, Emma sacó el máximo provecho de la instrucción recibida en Lucie Clayton y en poco más de un año empezó a ser requerida por los mejores fotógrafos y las firmas de moda más prestigiosas.

En realidad, era algo que se adecuaba a su forma de percibir la belleza, el arte, la naturaleza. Se había adelantado en más de una década a la nueva moda de estos locos años 60: sus vestidos cortos (casi una prolongación de los infantiles), los colores, el atrevimiento y la imaginación aupada a hombros de la elegancia. Las cámaras de Sir Cecil Beaton, Richard Avedon, David Bailey... Las colecciones de Givenchy, Courrèges, Dior... Las portadas y artículos de Vogue, Elle, Harper's Bazaar... Las pasarelas de Londres, París, Nueva York... A lo largo de pocos años el mundo de la moda se ha visto entregado a la brillante, divertida, inteligente modelo. Emma representa la frescura, la vitalidad, la modernidad y el impulso vital generado en nuestra cultura desde principios de la década. Además, su forma de ser facilita trabajar con ella por difícil o incluso temerario que sea el reto y las cámaras adoran su garbo.

Lógicamente, una jovencita de dieciocho años, tan curiosa y vivaz, no podía asumir por sí sola semejante oleada de admiración y popularidad. Por eso el señor Woodhouse, al que le costaba mucho separarse de su Hartfield Manor y la sola idea de salir de la isla de Gran Bretaña lo enfermaba, me rogó desde el principio que la acompañase en sus viajes y velara por ella. Yo era la persona indicada: «No sólo porque eres muy sensato y como de la familia, sino porque Emma no tolera que nadie más le de consejos o esté pendiente de ella», alegó. Y no era incierto: si bien mis opiniones, advertencias y a veces reconvenciones pocas veces recibían una grata acogida por su parte, al final solía hacerme caso. Conseguí semejante privilegio a base de jugar con ella, escucharla desde su niñez y, sobre todo, comprenderla especialmente desde que perdió a su madre; quizá por eso dio en complacerse al jugar conmigo, escucharme y comprender mis ideas y razones. Ahora bien, escucharme y hacerme caso al mismo tiempo era algo distinto; mejor dicho, era casi excepcional.

Así que abandoné temporalmente mi cargo de productor ejecutivo en *Parlophone Records* para convertirme en el escudero de uno de los iconos más hermosos de la revolución pop e hice habitual mi residencia hasta entonces sólo esporádica en Londres, el epicentro del seísmo socio-cultural que sacudió al resto del mundo. Los creadores de nueva música, las transgresoras de la moda o los artífices de la transformación de las clases sociales campeaban por Chelsea y el Soho, por King's Road o Carnaby Street. Una realidad construida sobre cimientos frágiles de colores, música, optimismo, minifaldas, libertad e imaginación. Un caladero exuberante para los pescadores de talento a bajo coste. Un hervidero de emociones para principiantes como Emma.



—¿Herida? ¿Qué herida? —pregunta ella, confundida.

Él no quiere decirlo, no quiere expresarlo con palabras. Además, le parece del todo innecesario. Pero ella cae en la cuenta enseguida.

—Ah, entiendo. No, no hay herida alguna, George. En todo caso, vergüenza. Sí, vergüenza por la forma en que me he comportado. Vergüenza por mi ceguera, por decir y hacer cosas lamentables. Lo siento, lo siento tanto...

—¡Todo es por culpa de ese canalla! Te enfadas conmigo, lo sé, pero no puedo pensar de otra manera... y ahora no puedo callarme. Es un tipo que ensucia el apelativo de hombre, que nos deshonra a todos los demás. Un idiota exterminable, carne de cañón, un imbécil capaz de pisotear un corazón tan puro... Ojalá se pudra en el infierno por...

Emma le interrumpe, tapándose el rostro con una mano: —¡Oh, no, no! ¡No puede ser! Además he dado pie a chismes y rumores asquerosos, no? —se lamenta antes de proseguir, abriendo los ojos con alarma. —Escúchame, no estaba enamorada de Frank, si es a lo que te refieres. ¡No! Nada más lejos. Nunca podría llegar a enamorarme.

Él la escucha en silencio. Emma, comprendiendo su confusión, toma un momento para calmarse y seguir explicándose: —La verdad es que no tengo perdón de Dios. Reconozco que me dejé llevar por sus halagos, sus piropos, por sentirme la reina de un mundo ficticio... La reina de la vanidad, más bien, inflada de tantas frases ingeniosas, tantos cumplidos, tanta fiesta continua. ¡Sí, soy una tonta, tonta perdida! Es la historia de siempre, lo que les ocurre a muchas mujeres, pero yo siempre decía “bah, eso nunca me va a ocurrir a mí”. Tú siempre aseguras que soy muy inteligente, pero de eso nada. O peor aún si lo soy...

George sigue callado. Ella no reconoce en él esa expresión indefinida, ni sabe interpretarla. Por eso no resiste ese silencio.

—Jo, dime algo, por favor —le suplica. —No te quedes callado. Dime que soy una estúpida, una imbécil por haberme portado así, pero no te calles, por favor, no puedo soportarlo...

—Entonces... —le cuesta arrancar a él— ¿Tú y Frank no... no es...?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —le interrumpe ella— Te he contado toda la verdad, te lo digo en serio. No había más que un juego por su parte. Y por la mía... por la mía sólo una frivolidad, una coquetería... bochornosa.

A él le cuesta salir de sus propios pensamientos, o dejarlos escapar. Hasta que, en un tono más relajado, casi el suyo habitual, dice: —Insisto en que no tengo motivos para

cambiar la mala opinión que tengo sobre ese hombre, y ahora tampoco los tengo para desearle mal alguno. Pero hay que reconocer que es un tipo con suerte.

—¿Con suerte?

—Sí, es una de esas personas que se portan mal con todo el mundo, pero, nunca he sabido por qué, todo el mundo está encantado de perdonarle y hasta de ayudarle. No tiene un especial talento en lo que hace, pero lo suple con encanto personal. Y cuando no llega con su escasa creatividad, se ofrece como modelo. En fin...

—Sí, es cierto, se vale de esos recursos.

—Incluso ahora conquista el afecto de una mujer muy superior a él en todos los aspectos, por la que muchos se partirían la cara, y ella ni siquiera se alarma con la ligereza de su carácter... Con toda seguridad, Frank es un favorito de la buena suerte.

Ella se queda pensativa. Duda sobre lo que va a decir, pero al final lo hace:

—Cualquiera diría que le tienes envidia.

—Sí, claro que lo envidio —responde él con firmeza. —En una cosa te aseguro que le tengo mucha envidia.

Emma se arrepiente al instante de haberle provocado; se pregunta una vez más por qué no se muerde la lengua cuando debe. Ahora siente que ha caído en una trampa que quería evitar a toda costa. No ha sabido esquivar al fantasma que la acosa.



Sería enervante relatar la cantidad de situaciones embarazosas, anécdotas y momentos emotivos que he atravesado junto a Emma o en favor de ella durante años palpitantes y acelerados; desde acudir a una invitación de Buckingham Palace hasta participar en un mitin feminista o protagonizar un acto de protesta por la intervención de nuestro país en la guerra de Biafra. Eso sin contar con el famoso escándalo formado en Melbourne...

Emma había sido invitada por el Victoria Racing Club Melbourne a participar en dos eventos que organizaban en su festival de primavera del 65: como jurado de un certamen de moda y como figura estrella en su Día del Derby. El largo del vestido que eligió para la ocasión quedaba cuatro pulgadas por encima de la rodilla; además, no llevaba sombrero, ni guantes, ni medias, todo ello obligatorio para las mujeres según el protocolo habitual, y apenas lucía un reloj de hombre (mío, para más señas) por todo accesorio. He de decir que fue algo hecho sin malicia ni ganas de provocación. Se podría decir que el vestido —blanco, sencillo y precioso— era hasta recatado en comparación con lo que ha venido después; y si no llevaba sombrero y guantes era, simplemente,

porque no los teníamos en el equipaje, ya que nadie se había tomado la molestia de advertirla (de advertirnos) sobre el protocolo un tanto rígido que se aplicaba en el hipódromo. Portadas y artículos en periódicos y revistas de medio mundo reseñaron la incidencia y expusieron opiniones —algunas muy apasionadas— de toda índole, lo que disparó la fama de una ingenua y admirable Emma.

No era de extrañar que una legión de moscones se viera prendado de su imagen, sus maneras, su espíritu. Recibía docenas de cartas con los contenidos más variopintos, desde intensas muestras de admiración hasta declaraciones de amor francamente ridículas, pasando por obscenidades abominables. Menos mal que accedió a que yo gestionara ese maremágnum escrito, y tan sólo se salvaron del fuego y llegaron a sus ojos las menos vergonzantes.

No, claro que no era de extrañar, porque también algunos auténticos caballeros y gente de bien caían rendidos ante su gracia rutilante. Recuerdo que el propio Sir Cecil Beaton me dijo tras una de las sesiones de fotos que realizó con ella: «Joven, si hubiera encontrado a esta mujer con treinta años menos, como usted, habría dejado de ser yo mismo para ser y vivir con ella».

Lo único que se ha escapado de mi dominio durante estos últimos tiempos ha sido la aparición de Frank *Cheshire* Churchill. Cheshire (así apodado por su capacidad de aparecer y desaparecer de forma inopinada) es una de esas personas de las que todo el mundo habla pero muy pocas conocen, sobre todo en el estrecho mundo de la zona residencial de Esher. La familia Churchill había sido muy amiga de los Woodhouse, aunque perdieron buena parte del contacto al mudarse a una zona más céntrica de Londres.

El caso es que el sujeto tenía una cierta relación con Emma: eran de parecida edad, por lo que habían acudido juntos a la escuela unitaria de Claremont y habían coincidido en algunas celebraciones familiares o de amigos escolares comunes. Según me confesó ella, incluso hubo una manifiesta inclinación por parte de la familia Churchill a emparentar ambas familias. Pero el tema se fue diluyendo y él se perdió de vista... hasta que, como el famoso gato, reapareció.

Después de fracasar en varios proyectos profesionales, Cheshire acabó siendo uno de los diseñadores que trabajaban para *Quorum*, el establecimiento de Alice Pollock, haciendo también ocasionalmente (cuando le fallaba la inspiración o menguaba la cartera) de modelo para los diseños de otros colegas. Y, después de coincidir con Emma en una exposición de David Hockney a la que había acudido todo el Londres fashionable, quiso hacerse inseparable de ella con su coqueto beneplácito, lo que no resultaba extraño siendo muy bien parecido. Juntos formaban una pareja digna de llamar la atención de cámaras y focos, y los medios sensacionalistas no tardaron en declararlos “la pareja del año”, aunque no lo fueran realmente.

Yo no había tenido trato alguno con Cheshire, pero no había que ser muy perspicaz ni se tardaba mucho en conocer su carácter inconstante y advertir su

esnobismo y su pose permanente e impostada de artista bohemio; su persona reunía todos los defectos de la vieja Inglaterra pero ninguna de sus virtudes. Sin embargo, de continuo tuve que escuchar por boca de Emma los divertimentos y extravagancias que obraba aquél cada vez que estaban juntos. Por supuesto que no me privé en ningún momento de revelarle mi opinión sobre su amigo y censurar todo aquello que no hacía ningún bien a su reputación; y ella, también por supuesto, rechazaba todos mis argumentos, lo que dio lugar a más de un desencuentro. Aunque me constaba que no eran pareja, no quise preguntar (no me atreví) lo que sentía verdaderamente por él, y si en algún momento llegarían a serlo.

Por si ello no fuera poco, en aquellos momentos Emma quiso encargarse de auspiciar a su amiga Harriet, cuya trayectoria profesional se había truncado a fuerza de enristrar torpezas en las distintas oportunidades laborales que se le presentaban. Es por ello que había de cargar con la incompetencia de aquella despampanante mostrenca cada vez que ella se escapaba con la troupe de Eltons, Westons, Bates, Pollocks o Waymouths que rodeaban siempre a Cheshire.



El fantasma de Harriet la acosa —o eso cree ella— hasta caer en una trampa de la que quiere salir desesperadamente. Emma no quiere saber nada, prefiere no saber. Por eso intenta girar la conversación.

—Sólo espero que sean felices —dice sin mucha convicción. —Y espero que lo sea más Jane que Frank, por merecimiento.

Pero él la sorprende retomando el hilo: —No eres la Emma inquisitiva y curiosa que yo conozco.

Ella no entiende lo que quiere decir y le interroga con los ojos.

—No me preguntas qué es eso por lo que le envidio —aclara George.

—No... Es que yo...

—En otro tiempo me habrías torturado hasta que lo dijera —intenta bromear sin mucha convicción. —Pero ahora... Ahora soy yo quien quiere decirlo. Y probablemente me arrepienta nada más decirlo, pero necesito hacerlo.

—¡No, espera! No quiero que te arrepientas de nada... conmigo no —se apresura a decir ella. —Si te vas a arrepentir no lo digas, no lo digas, por favor. Ya que yo no puedo ser tu Emma de siempre, sé tú mi George discreto y sensato.

Siguen paseando. El silencio regresa.

Ella sospecha que le ha contrariado, que está dolido; y nota que, de vez en cuando, la mira de reojo, como si quisiera leer en su rostro algo que desconoce.

A él no le basta la alegría de saber que el corazón de Emma no está dolido ni comprometido con el infame de Churchill, porque percibe una nota discordante. ¿Quizá no le ha dicho toda la verdad? No, eso no es propio de Emma. De hecho, si han estado en desacuerdo —incluso reñido— en un buen número de ocasiones, se debe a la franqueza que se otorgan siempre el uno al otro. ¿Entonces qué está pasando?, se pregunta él.

Pero, como Emma no soporta la idea de hacerle daño, y mucho menos de hacérselo a propósito, tiene que afrontar la realidad por mucho que le cueste o le pueda disgustar. A lo mejor George quiere consultarle su opinión acerca de Harriet antes de decirle... En ese momento se traza un plan: sin tener que hablar mal de su amiga, puede recordarle lopreciado de su soltería, su independencia, hablar en general de la belleza siempre condenada a marchitarse o del intelecto que sólo la naturaleza otorga y no puede mejorar si no parte de un nivel adecuado. George siempre ha confiado en su juicio, aunque a veces discrepe de su conducta, y así ella podrá desequilibrar la balanza en el caso de verle indeciso. Un escalofrío la estremece de pies a cabeza...

—¿Quieres entrar? —pregunta él al regresar a la puerta de Hartfield y verla ceñirse la bufanda. —Está haciendo frío de verdad.

—No, todavía no —contesta ella, decidida ya a espantar esas ideas que la atormentan. —Me apetece seguir paseando un poco más. No se disfruta de este panorama todos los días, ¿verdad? La nieve, las casas iluminadas... es como estar en un cuento.

No, está claro que no es ella misma; no es su forma natural de hablar y comportarse. Parece una cursi redomada. Y seguro que él se ha dado cuenta. Claro, de ahí su actitud. Así que, al de unos pocos pasos, prosigue: —Jo, lo siento, George. Perdóname... Hace un momento te he interrumpido con una grosería que no viene a cuento. Si quieres contarme algo, o pedirme una opinión, o lo que sea, estoy aquí para escucharte. Sea lo que sea. Te escucharé como siempre y te diré lo que pienso de verdad, como siempre. Es lo que siempre hago y me gustaría seguir haciendo como amiga.

«Como amiga», se inquieta George aún más.

—Porque somos amigos, ¿no? —continúa Emma— Como hemos dicho alguna vez a los cotillas, no formamos una pareja indecorosa porque no somos hermanos, aunque a veces lo parezca —ríe sin alegría.

—¿Hermanos? No, desde luego que no...

—Entonces...

—Emma, lo que temo es... —le interrumpe él— Una palabra... ¡Pero qué demonios! Ya he ido demasiado lejos para tener que seguir ocultándolo.

Ella deja de mirarle a los ojos y desvía la mirada al frente. Teme echarse a llorar en cuanto lo escuche, demostrar maneras de una vulgar damisela. No puede consentirlo, ni por él ni por sí misma. Tiene que rehacerse.



Las relaciones se fueron deteriorando y el alejamiento parecía inevitable.

Yo soportaba cada vez menos la vacuidad peligrosa del círculo de amistades en el que se estaba introduciendo Emma. Aun siendo muy inteligente y también más cuidadosa de lo imaginable para su edad, los palurdos analfabetos que se pegaban a “la pareja del año” eran auténticos parásitos, adictos al alcohol, a las drogas psicodélicas y a los escándalos de toda índole. Y nadie es infalible; en algún momento podría bajar la guardia, encontrarse en medio de algún lío y echar por tierra su reputación. Alguna vez se lo advertí, pero parecía considerarme como una especie de tutor indeseado. Rebatía todos mis consejos y mis opiniones, como si yo fuera un ignorante y un viejo carcupa. Escaseaban las ocasiones en que se disculpaba o reconocía su impulsividad, y acrecían aquellas en que obraba en contra de mi parecer.

Fue hacia finales de noviembre cuando Cheshire tuvo la ocurrencia de organizar una fiesta en Esher con la ayuda de Jane Waymouth. Jane era la solterona más codiciada del reino por combinar la belleza corporal con la propiedad de cuantiosos bienes muebles e inmuebles. Pero, por otra combinación que considero más admirable, la del juicio con la sensibilidad, había espantado a mil pretendientes y cazafortunas durante muchos años, si bien mantenía un noviazgo formal con un sujeto un tanto peculiar, un profesor universitario y heredero de una de las compañías más valoradas en el Stock Exchange. Y no sólo era propietaria, entre otras, de la boutique *Granny takes a trip* en el World’s End de Chelsea, un lugar de reunión de todo el clan, sino también de uno de los enormes apartamentos de estilo antiguo de nuestra ciudad. Cheshire la convenció para celebrar dicha fiesta en el apartamento con la cantinela del regreso a sus orígenes y el pretexto de la Navidad, invitando a toda una legión de conocidos. Yo me contaba entre los agraciados, si bien quise rechazar la invitación, que me llegó a través de Emma (tenía carta blanca para invitar a quien quisiera), y finalmente sólo acudí por su insistencia.

Allí estaban todos los acólitos del anfitrión de facto, más algunos vecinos de Esher que ansiaban impregnarse del *swinging London glamour*. Y, aunque me había hecho el propósito de ir sin predisposición negativa, no me gustó el ambiente que se respiraba desde el primer momento. La sobreabundancia de alcohol y drogas de diversa índole y la excesiva relajación de costumbres casi se podía respirar. Ni siquiera había rastro de la decoración propia de diciembre, por lo que no era una celebración navideña, sino una auténtica fiesta pagana. Cheshire y Waymouth, como anfitriones, estaban que

se salían de infatuación, y parecían Salomón y la reina de Saba en su apogeo. Lo sentí mucho por ella.

A la hora de la cena, que estaba distribuida en varias mesas, nos sentaron a Emma y a mí junto a ellos, así como a Harriet y otras dos personas que desconocía. Por desgracia, Emma se contagió del falso buen humor sin sentido que invadía todo. Tanto que, sin motivo alguno, Cheshire, ella y uno de los desconocidos se dedicaron durante demasiado tiempo a bromear a costa de Harriet y las malas decisiones que tomaba en su curso profesional. Las bromas fueron creciendo en número y haciéndose más pesadas, hasta el punto de hacerla abandonar la mesa a pique de lágrimas. Yo me sentía tan indignado que también me ausenté poco después. Emma se dio cuenta de lo enfadado que estaba, por mi expresión, mi absoluto silencio y por no hacer ni amago de despedirme.

Pero reflexioné en el último momento: tenía que portarme de nuevo como un amigo y consejero leal, y confiar en que ella se diera cuenta de la razón que tenía... o arrepentirme el resto de mi vida. Así que, al levantarme de la mesa la llamé a un aparte con un gesto y le dije sin reservas lo que me parecía su conducta para con una amiga. «Creo que debo... sí, debo, mientras pueda, decirte esas verdades que nadie, ni siquiera tu familia, nadie más en el mundo te dirá». No era digno de ella. ¿Cómo había podido ser tan cruel, tan brutal con una amiga que no estaba a su misma altura, de quien debía compadecerse en todo caso y en modo alguno ridiculizar?

Sé que nunca, en ningún momento de su vida, se había sentido tan nerviosa, mortificada y abatida como después de aquel enésimo sermón, y es que al ver alejarse a Harriet en lágrimas se dio cuenta del craso error que había cometido. Ese profundo pesar la impulsó a mantenerse con la cara vuelta y en silencio, sin siquiera poder mirarme; estaba tan avergonzada de sí misma que ni siquiera pudo proferir una palabra, no supo ni pudo reaccionar de manera alguna. Pero yo interpreté esa actitud, esa espalda vuelta, como indiferencia o irritación por mi reproche.

Tomé mi abrigo y me marché de inmediato. Al verme salir, Harriet me rogó que la ayudara a buscar un taxi de regreso a su piso en Portobello. Pero era demasiado tarde y yo me encontraba cansado y decaído, así que la llevé a la casa de mis padres para que pasara la noche en una de las habitaciones para invitados; ya regresaría por la mañana. Y así se hizo. De hecho, la llevé en mi vehículo porque, después de pensarlo, me instalé de nuevo en mi apartamento de Hampstead decidido a permanecer evadido de todo aquello. Lo que no sospechaba era que el hecho de alojar a Harriet en casa de mis padres y acompañarla a Londres, un acto de mera amabilidad, ratificase de alguna manera el rumor que se había extendido acerca de una «más que posible» relación íntima entre Harriet y yo.

Durante los meses anteriores Emma se había desentendido de los asuntos de su amiga y me había encargado la ingrata labor de ser su representante laboral, cuando no su niñera. Y, al parecer, la amiga no sólo había cambiado algunos hábitos, su modo de

vestir y su lenguaje, de modo que fueran más acordes con los míos, sino que no se privaba de proclamar mis bondades a todo aquel que las quisiera oír. Yo era inconsciente de ese cambio, preocupado como estaba por la incierta deriva de Emma; pero no había pasado desapercibido para el resto de amistades y conocidos. El hecho de pasar aquella noche bajo el mismo techo y regresar juntos a Londres terminó de convencer no sólo a las mentes sucias, sino también a las más íntegras como la de Emma.



George se interrumpe, como si estuviera eligiendo las palabras, o quizá para darles énfasis. Incluso detiene sus pasos.

—Bien, entonces, al menos como amiga... Aunque como amiga sé que te puede parecer extraño o absurdo lo que... Emma, dime... Dime si yo podría tener una oportunidad, al menos una esperanza...

Emma está paralizada por lo que intuye en esas palabras, por la mirada y la actitud llena de agitación con que él la envuelve.

—Emma, mi querida Emma —prosigue él del mismo modo—, porque siempre serás la persona más querida para mí, ocurra lo que ocurra hoy después de esta conversación. Mi querida, mi amada Emma... —tiene que interrumpirse de nuevo, preso de la conmoción— Si es que no, dímelo cuanto antes, no temas. Estoy preparado para escucharlo.

Y, como si estuviera preparado un efecto de una película en technicolor, las luces de la fachada de Hartfield empiezan a rutilar y parpadear.

Ella es incapaz de decir o hacer nada. Apenas puede respirar, viendo ante sí a un George absolutamente desconocido; no es el hombre seguro y decidido en el que siempre se apoya, sino un jovencito inseguro y vulnerable que le ha entregado alma y corazón. Sentimientos y pensamientos se agolpan en su interior hasta bloquearla: ternura, desconcierto, felicidad, incredulidad...

—No dices nada... —dice él, desconcertado. —Bueno, no tienes por qué, ni tampoco ahora mismo, por supuesto.

Impresionada casi hasta el desvanecimiento, Emma se aferra a uno de sus brazos como si temiera caerse. Dominada por la emoción, suplica con los ojos que confirme sus palabras, que sea verdad, que sea real, que no esté inmersa en alguna especie de sueño o alucinación.

George, sin llegar a adivinar ese sentimiento, sigue diciendo con un tono afectuoso y más sereno: —Sabes que soy de pocas palabras. A veces cuanto más siento, menos hablo. Pero siempre he sido y soy sincero contigo para lo bueno y para lo malo. Cuando te he reprochado algo ha sido siempre por afecto y cuidado, y tú has aguantado mis reproches como nadie lo habría hecho... Sé que doy pena al intentar declararme con esta torpeza, con este espectáculo tan lamentable. No sé hablar ni comportarme como esos petimetres que tú sabes, y no por viejo, sino por el respeto infinito que siento por ti. Un respeto que se ha convertido en el amor más indomable y cierto... el único que he sentido de verdad. Sólo te pido que, cuando quieras, cuando puedas... Una sola palabra me bastará como respuesta, sea cual sea.

¡Así que estaba en un error espantoso! No era de Harriet, ni de ninguna otra cosa de lo que quería hablar; no era ése el motivo por el que ha regresado de forma tan imprevista y en medio de unas condiciones tan difíciles; no es esa la causa de su falta de ánimo y valor. Al enterarse de la espantada de Frank, sus sentimientos, mantenidos a raya con entereza y amargura, se habían desbordado y ya nada podría retenerlos siquiera por un día más. Venía preocupado por ella, temiendo la forma en que hubiera recibido la noticia, dispuesto a consolarla; y ahora lo que teme es que sea él mismo quien necesite ese consuelo.

Pero George no podría encontrar un corazón más enamorado que el de Emma, un corazón más dispuesto a aceptar el suyo. Así que ella no va a consentir que sufra no por un día, sino por un minuto más: suelta el brazo al que se había aferrado, estrecha el rostro entre sus manos, deposita un beso tímido, largo, arrollador, en unos labios sorprendidos y anhelantes, y le abraza como a su propia vida; una respuesta infinitamente mayor a la que él se atreviera a soñar. Pero también quiere darle las palabras que él ha rogado.

¿Qué es lo que va a decir? Exactamente lo que debe decir, por supuesto. Como hace siempre una dama.



Fue la nobleza y sencillez que desprendían sus ojos la primera de las anclas con que aferró mi corazón. Ya siendo una niña atraía mi mirada sin resistencia posible. Contemplar sus gestos y acciones, escuchar sus palabras, verla jugar... el bálsamo de sencillez, belleza y alegría que procuraba su mera presencia se convirtió para mí en una adicción.

Con el paso de los años, una tras otra se fueron engarzando el resto de anclas en el fondo de mi ser, hasta engancharme por entero. El ingenio, el sentido del humor, la sensibilidad, el derroche de afecto para con sus seres queridos, el carácter travieso de su

extraordinaria inteligencia, todo parecía concebido para que mis sentidos y mis emociones fondearan al abrigo de su ser.

Durante el tiempo que pasé acompañándola a todas partes, acechando y espantando al montón de moscones que revoloteaban a su alrededor, se acentuó de una forma inexpresable el afecto que me inspiraba, el amor que arrancaba de mi interior a manos llenas. La certidumbre de que tanta adoración por parte de todo el mundo le era indiferente no hacía sino acrecentar el deseo de permanecer a perpetuidad en aquella situación que me permitía ocupar un lugar preferente en su vida, sin que nada pudiera separarme de su lado.

Así es que se me hizo insoportable ver cómo el más encantador de todos los seres humanos, mi Emma imperfectamente perfecta, atendía las atenciones, las pretensiones de un sujeto que en modo alguno la merecía. Y no sin cierta cobardía me escapé para evitar ser testigo de esa tragedia. Incluso llegué a solicitar mi readmisión en *Parlophone*; aguantar de nuevo las genialidades y chiquillerías de esos *Gerry and The Peacemakers*, de los *Hollies* o de unos crecidos *The Beatles* me entretendría lo suficiente para aprender a ser indiferente, para olvidar. Y permanecí allí tercamente, durante días que se me hicieron años, dispuesto incluso a pasar allí la Navidad, aunque fuera escuchando desde mi cama los villancicos de mis vecinos. Iba a ser la primera Navidad que no pasábamos juntos ni en familia.

Hasta que una llamada de teléfono me arrancó de aquel retiro voluntario, que más bien era postración. Alice Pollock quería pedirme unos discos para su sobrino favorito, fanático del *merseybeat*, y me llamó cuando aún estaba durmiendo. De paso, me contó el último y jugoso cotilleo: Cheshire Churchill y Jane Waymouth habían mantenido una relación en secreto y, poco después de la fiesta en Esher (que, sin que nadie lo supiera, era una fiesta de despedida), se habían fugado, al parecer para establecerse en los Estados Unidos.

Entonces, junto a la enorme alegría —libre de todo escrúpulo— que me produjo enterarme de esa historia, surgió también la preocupación por el estado de ánimo de Emma; una inquietud tan intensa que no me permitía pasar un solo día lejos de ella. Hervía de felicidad por saber a Cheshire fuera de su vida, pero también de rabia por el desprecio, el insulto que había dirigido esa escoria humana al amor único de mi vida.

A pesar de la nevada tan inusual que estaba cayendo y de lo impracticable de la mayor parte de las carreteras de Surrey y condados vecinos —nada insalvable para el Land Rover que me había dado mi abuelo en legado—, regresé a Esher tan rápido como pude. Muerto de frío y ansiedad, fui directamente a Hartfield Manor y, como en tantas ocasiones, entré sin llamar ni pedir permiso, pero con una gran diferencia: no lo hice con la despreocupación de un amigo de la familia, sino con el corazón desbocado.

Nada más entrar, al verla cabizbaja y más bella que nunca, deambulando como una hada por su jardín, apenas acerté a proferir tres palabras muy sencillas, anticuadas y manidas, pero colmadas de intención.

—Feliz Navidad, Emma.

FIN



Sobre el autor

Fernando nació en Bilbao (1964) y vivió sus primeros años en una ciudad industrial, destinado a ser uno de los seres mimetizados con el gris de las fachadas de edificios y los nubarrones en el cielo, pero tuvo la suerte de encontrar un portal interdimensional: los libros.

La crítica lo ha señalado como un escritor que maneja con destreza distintos géneros con un estilo propio, elegante y sencillo, que denomina realismo romántico.

Tiene varias novelas publicadas, entre ellas *Agonía y esperanza*, un intertexto o retelling de *Persuasión* actualizado al siglo XXI en Venecia. Visita su página web: <https://fernandogarciapaneda.com/>

Instagram: @fernando_g_paneda



Navidad en la rectoría de Hunsford

Amanda Kai

El aire frío de diciembre golpeaba la capa de Charlotte Collins mientras caminaba por la aldea de Hunsford. Un grupo de niños que jugaban en la plaza felices. Un espíritu de regocijo y felicidad llenaba el aire mientras la gente se ocupaba de sus asuntos.

Se decoraba un gran árbol de Navidad en el centro de la aldea, recordándole a todo el mundo que la navidad estaba a sólo unas semanas.

Mientras hacía sus mandados, Charlotte pensó en lo que podría hacer para que esta Navidad fuera muy especial. Esta sería su primera navidad junto a William desde que se casaron. William no tenía familia cercana, y la familia de Charlotte vivía aún más lejos. La familia de Charlotte no le daba mucha importancia a las tradiciones, aunque lamentaría perderse la gran cena de Navidad que sus padres solían dar en Lucas Lodge.

Probablemente William espera que nos unamos a Lady Catherine y Anne para la cena de Navidad, pensó con el ceño fruncido. Si fuera por ella, este año estarían sólo ellos dos, pasando la festividad en la rectoría de Hunsford.

O mejor dicho, los tres.

Charlotte sintió un ligero revoloteo en su vientre. Se acarició el vientre con suavidad y una pequeña sonrisa en los labios. Hacía sólo unos meses que supo que estaba esperando.

Otra bendición de nuestro matrimonio.

También habían rechazado una invitación de los recién casados, el señor y la señora Darcy, para pasar las fiestas en Pemberley. Si Lucas Lodge estaba demasiado lejos para que Charlotte viajara en su estado actual, Pemberley, que estaba a más del doble de distancia, bien podría haber sido África. Tal vez el año que próximo, los Collins y su nuevo hijo podrían hacer el viaje. Por ahora, Charlotte decidió que se contentaría

con hacer de ésta una Navidad memorable para ella y William aquí en su pequeño pueblo.

Deambulando por la tienda de Thompson, Charlotte vio un tonel de estambre a la venta y eso la inspiró. Quizá fuera un buen momento para intentar tejer algo para el bebé. Nunca antes había tejido, pero no había mejor momento para aprender un nuevo pasatiempo cuando se acercaban los largos días de invierno.

Mientras buscaba estambre en colores pastel, se le ocurrió otra idea. Podría tejer una bufanda para William como regalo de Navidad.

No puede ser demasiado difícil, ¿verdad?

Un precioso estambre rojo pareció sobresalir entre el caleidoscopio de colores. Sería perfecto para alegrar el triste conjunto negro que solía llevar su marido.

Las agujas de tejer y un conveniente librito titulado *Cómo hacer punto* se encontraban expuestos convenientemente junto al estambre, así que Charlotte añadió ambos a sus compras.

Empezó a trabajar en cuanto llegó a casa. El punto básico fue más fácil de dominar de lo que esperaba y aunque se le enredó el estambre un par de veces, pronto empezó a tejer sin complicaciones. Charlotte estaba tan absorta que se sobresaltó al oír el sonido de la puerta. Rápido escondió la bufanda.

—¡Ah, Charlotte! —exclamó William al entrar en el salón. —Me alegra ver que has vuelto. Tenía la esperanza de que me acompañaras a tomar el té con Lady Catherine, pero cuando llegó la hora de partir, no apareciste.

—Sí, me temo que mis recados se alargaron más de lo esperado —explicó Charlotte.

—Debiste venir a Rosings tan pronto como regresaste, querida —dijo William. —¿En qué has estado trabajando?

—Oh —rio Charlotte. —Sólo estoy tejiendo algo. Para el bebé.

No es del todo una mentira, se dijo. Al fin y al cabo, también pensaba hacer cosas para el bebé.

El interés de William por sus tejidos fue superficial. No tardó en volver a hablar sobre su reciente visita a la Señora y de todo lo que habían hablado durante el té. Fue por esto que Charlotte se enteró de que Lady Catherine y su hija, la señorita Anne de Bourgh, no estarían durante Navidad de este año. Lady Catherine tenía previsto salir antes para la temporada social de Londres para que Anne tuviera ventaja a la hora de establecer valiosas relaciones. Dada la entrada tardía de la señorita de Bourgh en sociedad, parecía un plan acertado por parte de Lady Catherine.

Tanto mejor para nosotros, pensó Charlotte. Con la ausencia de su benefactora, no se esperaba que ellos pasaran la cena de Navidad en Rosings. Las relaciones entre la casa parroquial y Rosings habían mejorado desde su desencuentro del verano pasado, cuando Charlotte tuvo la determinación de rescatar a un grupo de mujeres marginadas, lo que causó una gran agitación en el pueblo. Sin embargo, a pesar de la normalidad que había vuelto a sus vidas, la relación de William con su patrona ya no era rastrera y sumisa como antes. Gracias al cielo. William se había convertido en un hombre, sin embargo, su respeto por Lady Catherine seguía latente. También la señorita de Bourgh había aprendido a enfrentarse a su madre. Según William, fue ella quien insistió en tener una temporada social en Londres, en contra de todas las protestas de su madre de que su salud era demasiado frágil. Aunque la mente de Lady Catherine se empeñaba en encontrar un marido para Anne, ésta planeaba aprovechar su estancia en Londres para encontrar inversores para Magdalena House, el hogar que ella y Charlotte habían establecido para ayudar a las mujeres caídas en desgracia para que empezaran de nuevo. Para alegría de Charlotte, Anne estaba creciendo.

—¿Qué te gustaría para como presente, querida? —La pregunta de William tomó a Charlotte desprevenida.

—¡Oh! Creo que no tengo nada particular en mente. Cualquier cosa servirá, en realidad—. Charlotte no solía pensar en sus propios deseos y aunque sabía que a William le encantaba mimarla, le resultaba difícil pedir las cosas que codiciaba en secreto. Sin embargo, en su mente apareció la imagen de un precioso chal de seda bordado.

Lo había visto el otro día cuando visitó a su amiga Vanessa, una mujer que solía ser una prostituta y que ahora era una modista exitosa. Cuando Vanessa salió del cuarto trasero de la tienda, vio a Charlotte admirando el delicado chal de seda azul del escaparate.

—Le quedaría muy bien a tu complexión —le dijo a Charlotte.

—¡Es exquisito! Pero poco práctico. Aquí en Hunsford no necesito prendas de seda—. Negó con la cabeza con una sonrisa.

Vanessa tomó el chal del maniquí y lo colocó ceremoniosamente sobre los hombros de Charlotte. —Vamos. ¡Te lo mereces! Además —le dijo, dándole un guiño —, puedo ofrecerte un generoso descuento.

—Te aseguro que pensaré —prometió Charlotte. —De momento, sólo me llevaré los dos vestidos que pedí, junto con la ropa interior nueva.

Vanessa asintió. Últimamente Charlotte había mantenido a Vanessa ocupada, con su repentina necesidad de un vestuario que sirviera para su cintura encinta. No había contado con que necesitaría ropa nueva tan pronto descubrió que estaba embarazada, pero eso le daba una excusa razonable para actualizar su atuendo. Sin embargo, el chal era demasiado extravagante y podía dejarlo para después, cuando ya no gastaran tanto dinero, pensó.



William silbó mientras bajaba a duras penas por Hunsford Lane. Tenía que hacer varias visitas a sus feligreses en el pueblo.

El clima era el que se esperaba para una semana antes de Navidad: una ligera capa de nieve y carámbanos que hacían que el pueblo pareciera un país de las maravillas.

Con prontitud William terminó sus primeras visitas y luego giró por el callejón que llevaba al centro del pueblo. Al pasar por las tiendas, recordó que aún no había elegido un regalo para Charlotte. Pensó en un perfume o en un jabón perfumado, pero al pasar junto al vendedor ambulante no encontró nada que mereciera la pena comprar. Las sugerencias de la señora Perry sobre unos pañuelos o un par de guantes nuevos parecían demasiado triviales para una mujer tan maravillosa como su ángel. *Charlotte necesitaba un regalo tan encantador y divino como ella*, sostuvo William. Antes de marcharse, Lady Catherine le había insistido que él necesitaba conseguir un regalo adecuado para la esposa de un ministro.

—Nada demasiado extravagante —le había dicho —, la esposa de un ministro no necesita diamantes ni otras joyas. Pero tampoco puede ser una simple baratija. Debe ser algo práctico, pero elegante, que sea propiamente digno de la esposa del segundo ciudadano más prominente de la ciudad —resopló Lady Catherine, presumiendo ser ella la primera—. William aún podía oír el eco de su voz en su mente como si hubiera hablado sólo unos momentos antes.

Al pasar por Creaciones a la Medida de Vanessa, el chal azul vivo que se exhibía llamó su atención. William rara vez podía recordar todos los hermosos vestidos de Charlotte, pero había uno en particular con flores azules, que saltaba en su mente como el color perfecto para combinar con ese chal.

Abrió la puerta con timidez. No solía entrar solo a una tienda de modistas; de hecho, ésta era la segunda vez, la primera fue cuando Charlotte y él le habían ofrecido a Vanessa un préstamo para ayudar a que su negocio tuviera éxito.

Vanessa estuvo encantada de ayudar a William y ella (sus ojos se iluminaron) estaba segura de que a Charlotte le encantaría ese chal como regalo de Navidad. Pero cuando él le mencionó el vestido que tenía en mente para combinarlo, Vanessa lo interrumpió.

—Señor Collins, tal vez quiera considerar que el vestido podría no quedarle muy bien a su esposa en este momento —dijo con delicadeza.

—¡Tonterías, mi mujer tiene la figura de una diosa! ¿Por qué diablos habría de...? Oh, sí, ya veo—. Sus mejillas enrojecieron hasta alcanzar el tono de una manzana. Tenía bastante presente que sus deliciosas curvas habían aumentado de volumen y le deleitaba saber que era el resultado del bebé que llevaba dentro. Pero no se le había ocurrido que la ropa femenina requería alguna alteración. Tras reprenderse mentalmente, le pidió a Vanessa su opinión.

—Conozco el vestido del que habla, señor. He visto a Charlotte usarlo muchas veces. Pero me temo que en este momento no hay suficiente material para adaptarlo a ella. Sin embargo, puedo mostrarle algo más adecuado.

Pronto ella le dibujó un diseño.

—Este es el patrón que he utilizado para todos los nuevos vestidos de Charlotte —le dijo. —Pero si hago las mangas de este largo —le mostró —y añado un diseño de panel en el centro y luego dejo caer el escote así —su lápiz se movió con velocidad —entonces el estilo sería totalmente adecuado para una velada en, digamos, Rosings Park—. Sus ojos lo miraron de forma penetrante. Estaba claro que el comentario lo había convencido.

—¿Y qué tela podría sugerir para esta creación? ¿Y podrá terminarla a tiempo para Navidad?

Vanessa le aseguró que sí y se apresuró a traer un rollo de muselina ligero y vaporoso, con hilos de oro que daban un brillo metálico que resplandecía a la luz de la lámpara. Mientras William acariciaba el delicado material, Vanessa añadió el chal azul a su boceto. William admiró el concepto terminado. *Sí, sí. ¡Charlotte parecerá una diosa con el conjunto azul y dorado! Y Lady Catherine sin duda aprobará la nueva vestimenta por ser práctica y apropiada.*

Hizo un depósito por el vestido y el chal. ¡No podía esperar a ver la cara de Charlotte cuando viera el nuevo traje!



La bufanda de color rojo cardenal está quedando muy bien, pensó Charlotte. Llevaba tres semanas trabajando duro en ella, siempre que tenía tiempo aparte de cuidar de su casa y visitar a las familias necesitadas de la parroquia. Fue más difícil de lo que hubiese imaginado mantener el secreto ante William. Por un lado, ahora que el clima era frío, él ya no pasaba incontables horas en su jardín. Y con Lady Catherine y Anne de Bourgh fuera del pueblo, sus salidas eran menos frecuentes. Había recurrido a tejer de vez en cuando después de que William se durmiera por la noche y a llevar su cesta de tejido cuando hacía las visitas.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Eres bastante diligente en tu trabajo —fue el comentario del señor Collins cuando la vio salir de casa a diario con su cesta.

—Me sorprende que lo hayas notado.

—Supongo que es algo bueno —añadió. —Nuestro pequeño tendrá un montón de mantas y cosas para cuando él, o ella, llegue.

—Eh, sí —Charlotte asintió y salió a toda prisa por la puerta. William no dijo nada más sobre el tema, dejando a Charlotte con la sensación de que podría estar más tranquila.

Cuando William se fue a hacer su ronda semanal con los feligreses, Charlotte aprovechó para trabajar en su bufanda sin interrupciones. Había estado trabajando sin descanso cuando llamaron a la puerta principal, casi con demasiada suavidad para que se oyera. Charlotte miró para ver si su ama de llaves, la señora Perry, lo había oído. Como no lo parecía y Charlotte no sintió la necesidad de llamarla, ella abrió la puerta.

En el umbral había una niña y en sus brazos llevaba a un pequeño gatito.

—¡Hola, Cora! —Charlotte reconoció a la niña como una de sus alumnas de la escuela dominical. —¿Qué tenemos aquí?

La niña sollozó. —Lo encontré debajo de los escalones detrás de nuestra casa. Estaba solo y tenía frío y hambre. Pero mamá dice que no puedo quedarme con él. Dice que ya hay demasiadas bocas que alimentar y que será muy travieso. ¡Pero no causará ningún problema, de verdad! Puedo darle de comer las sobras de mi plato, compartiré mi leche con él y lo mantendré fuera, junto al cobertizo, donde no estorbará a mamá. ¡Oh, por favor, señora Collins, tiene que ayudarme! Lo hará, ¿verdad?

Charlotte se encogió. —Oh querida, creo que es mejor que entremos—. Llevó a la niña y al gato a la cocina y le dio un plato con restos de crema. El animal la engulló como si nunca hubiera comido en toda su vida.

—Ahora bien —dijo Charlotte a Cora una vez que estuvieron sentadas a la mesa con un plato de pan de jengibre a la mano. —¿Qué hacemos con este gato tuyo?

Cora le dio un gran mordisco a su pan de jengibre antes de contestar. —No lo sé, señora Collins, pero mamá dice que debo deshacerme de él y que no debo alimentarlo o se volverá dependiente. Dice que si intento mantenerlo en el cobertizo o darle sobras, ella le pedirá a papá que lo lleve al bosque y lo deje allí. ¡Pero el pobre bebé se congelará! No puedo abandonarlo a una muerte invernal. Por favor, diga que me ayudará, señora Collins.

—No estoy segura de lo que podría hacer —respondió Charlotte con vacilación. Las súplicas de Cora eran desgarradoras, pero Charlotte no quería inmiscuirse en las decisiones de crianza de la señora Cooper y meter a la niña en problemas.

Una idea surgió en la mente de la niña. —¡Ustedes podrían mantenerlo aquí! Oh, no causará problemas, lo prometo. Sólo hasta que vuelva la primavera... o al menos, hasta que pueda convencer a mi mamá de que cambie de opinión—. Cora vio la preocupación en el rostro de Charlotte. —Si lo desea, incluso puede mantenerlo en su establo. Seguro que se convertirá en un gran ratonero.

Tal vez. Pero Charlotte pensó que por ahora, era más probable que se metiera bajo los cascos del caballo y fuera aplastado.

Miró de la expresión lastimera de la dulce niña hasta los grandes ojos redondos del mullido gatito que tenía a su lado. —De acuerdo —concedió. —Lo mantendré aquí. Pero sólo temporalmente. Debes hacer tu parte para encontrarle otro hogar en el pueblo.

—¡Oh, señora Collins, gracias! —exclamó Cora, lanzando sus brazos alrededor del cuello de Charlotte. La niña se marchó alegremente con un pañuelo lleno de pan de jengibre, mientras que Charlotte se preguntaba en qué se había metido.



—¿Qué es eso, un gatito? —preguntó William cuando volvió a casa y Charlotte le habló de su nuevo huésped. —Pues sí, supongo que puede quedarse —accedió él. —No soy muy aficionado a los gatos, pero no veo ninguna razón para que no lo cuides de momento, si te apetece.

—Gracias —dijo Charlotte. —No supe qué más podía hacer, la pequeña Cora Cooper estaba tan alterada por ello.

—En efecto. Tu amabilidad te honra, mi amor. Ahora, si me disculpas, tengo que terminar de preparar mi sermón para Navidad—. William se escabulló hacia su estudio, agradecido por haber evitado cualquier pregunta de Charlotte sobre los misteriosos paquetes que llevaba bajo el brazo. Con la Navidad a sólo dos días de distancia, se había puesto nervioso por la posibilidad de que Vanessa no pudiera terminar el vestido para Charlotte a tiempo. Sin embargo, cuando pasó por allí de camino a casa tras su ronda semanal por la parroquia, Vanessa se lo tenía preparado como había prometido, junto con el chal. Guardó ambas cajas en un pequeño rincón de su estantería. De todos modos, Charlotte rara vez entraba en esta habitación. Nunca las vería. William sintió un ligero escalofrío cuando se sentó en su escritorio para empezar a redactar. Debía recordar abrigarse más cuando saliera. Corrió las cortinas y se abotonó la chaqueta sobre el chaleco, subiéndose el cuello de la camisa para entrar en calor.



Confiado en que William estaría ocupado hasta la cena, Charlotte se atrevió a sacar de nuevo su cesta de tejido. Se sentó en su sillón favorito junto al fuego del salón, donde el pequeño gatito blanco y negro se había acurrucado para dormir. Sin embargo, pronto se despertó de su siesta y empezó a jugar con el ovillo a los pies de Charlotte.

—No, gato —lo regañó. Lo alejó, tomó el ovillo y lo colocó en su taburete. Esto no disuadió a la pequeña bola de pelo. El gatito se subió al taburete y siguió jugando con el nuevo juguete que había encontrado. Lo estrujó entre sus dientes por toda la habitación y luego corrió tras él. Charlotte suspiró y dejó su tejido. Cruzó la habitación y recogió el estambre. Luego, tuvo que sacar el largo hilo de las patas del gatito y rebobinarlo. Una Charlotte más sabia habría dejado su tejido para otra hora, pero estaba tan decidida a terminar su proyecto antes de Navidad, que dejó la bufanda desatendida en su silla y fue a ver si la señora Perry tenía algo que pudiera convertir en un juguete para gatos para mantener a su nuevo huésped ocupado.

La señora Perry encontró algunas cintas deshilachadas en la bolsa de trapos y las transformó en un tipo de bola anudada con borlas. Esperando que el gato estuviera contento, Charlotte volvió al salón para darle el premio... y fue recompensada con una fea escena.

El estambre estaba desparramado por todas partes. Todos los colores pastel para el bebé se habían desenrollado y entrecruzado de esquina a esquina. Y a través de todo ello se tejía un hilo del tono rojo más brillante. La bufanda, o lo que quedaba de ella, yacía al final de la enmarañada red, con las agujas de tejer arrancadas de ella. Adiós a tres semanas de tejido. ¡Y la Navidad a la vuelta de la esquina!

Charlotte se esforzó por no llorar mientras empezaba a desenredar el lío. Desde detrás del sofá, el gatito asomó la cabeza. Parecía saber que había hecho algo malo. Mantuvo la cabeza agachada y las orejas hacia atrás. Por mucho que lo intentara, Charlotte no pudo regañar al adorable gatito.

—Sólo querías jugar, ¿no? —le preguntó.

La puerta del estudio de William se abrió de repente. Atravesó el salón y se dirigió a las escaleras, sin siquiera mirar el desorden.

Charlotte frunció el ceño. —¿Estás bien, William?

—Creo que no me encuentro bien —contestó él mientras subía a su dormitorio. Charlotte subió las escaleras tras él y lo alcanzó en el rellano.

—Déjame ver—. Le palpó la frente. —¡Estás ardiendo! Debes irte a la cama de inmediato. Le diré a la señora Perry que suba un poco de té y caldo. ¿Debo llamar al doctor?

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

William la despidió con un gesto. —No hay necesidad, querida, te lo aseguro. Todo lo que necesito es acostarme un poco y me pondré bien.

Charlotte lo ayudó a recostarse y luego bajó a hablar con los sirvientes sobre sus cuidados.



Cuando Charlotte volvió para ver cómo estaba, William estaba tosiendo.

—¿Cómo estás, querido? —preguntó Charlotte.

—No muy bien —respondió con voz ronca. —Ayer visité a la familia Hopkins. Los tres pequeños se contagiaron de algo. Me temo que he contraído lo que sea que tienen.

—¡Oh, Dios! —exclamó Charlotte. —No debiste visitarlos cuando había personas enfermas en la casa.

—Como siempre, tienes razón, Charlotte —le sonrió débilmente. —Pero su madre me pidió que rezara por los pequeños. Su hermana me había escrito que hay gripe en Maidstone. Diez bebés y ancianos ya han fallecido y muchos más probablemente sufren el mismo destino. Le dije que estamos tan lejos de Maidstone que no puede ser lo mismo, pero ella lo sigue temiendo.

Un escalofrío recorrió los huesos de Charlotte al oír hablar de la gripe. No puede ser, ¡no aquí en Hunsford!

—¿Podrías traerme rápido la palangana, Charlotte? Me temo que estoy a punto de perder mi almuerzo —pidió William.

Ella se apresuró a traerla justo a tiempo. Charlotte acarició la espalda de su marido mientras él vomitaba y la preocupación en ella crecía.

—Tengo que mandar llamar por doctor Ames —le dijo ella.

El médico llegó en menos de una hora. Le hizo un examen completo a William.

—Me temo que puede ser lo que usted sospecha, señora Collins —le susurró el doctor Ames a Charlotte.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Gripe?

Él asintió. —Tal vez. Es demasiado pronto para estar seguros, pero tiene todos los síntomas. Debemos vigilarlo de cerca en las próximas veinticuatro horas, para estar seguros. Mientras tanto, debo visitar a la familia Hopkins, para asegurarme de que

también reciban atención y para averiguar con quién más han estado en contacto esta semana. Si se trata de la gripe, podríamos estar ante una epidemia.



Charlotte se negó a apartarse de William, a pesar de los temores de la señora Perry de que no debía estar en la habitación de los enfermos en su estado. Toda su atención se centró en William, olvidándose de su bufanda estropeada. El médico vino una vez más a verlo. Su informe sobre los Hopkins no era favorable. Los cinco estaban enfermos y la familia vecina, cuyos hijos jugaban a menudo con ellos, también empezaba a sentirse mal.

La fiebre de William había aumentado considerable. Tenía fuertes escalofríos y le costaba retener los líquidos. El médico había advertido a Charlotte que si se deshidrataba demasiado podría tener consecuencias fatales. Le dijo que siguiera instando al paciente a tomar lo poco de agua o caldo que pudiera tragar, así que ella siguió su consejo con toda diligencia.

—¿Charlotte? ¿Eres tú? —preguntó William, despertando de su sueño irregular.

Corrió a su lado y le tomó la mano. —Estoy aquí, William. ¿Qué necesitas?

—Debo, debo terminar —murmuró él.

—¿Terminar qué, mi amor?

—El sermón. Necesito terminar de escribirlo. Se acerca la Navidad—. Su voz era cada vez más débil.

Charlotte negó con la cabeza. —No tienes que preocuparte por eso, querido. Vamos, ¿no quieres intentar beber otro sorbo de agua, ahora que estás despierto? — William aceptó el agua que le ofreció, pero no pudo volver a beber lo suficiente antes de querer volver a vomitar.

Charlotte suspiró. Le limpió la boca y le entregó la palangana a la señora Perry para que la limpiara de nuevo. —Inténtalo de nuevo, sólo un sorbo—. William obedeció, y esta vez, controló las arcadas. Volvió a recostarse contra la almohada, pero no pudo dormirse. Daba vueltas en la cama, inquieto y sin descanso. Murmuraba cosas de vez en cuando, pero su delirio no tenía sentido. Los vómitos continuaron, al igual que la fiebre. Charlotte le limpiaba la frente con un trapo húmedo y rezaba en silencio para que el Señor lo librara de esta enfermedad.

Cuando los rayos de la mañana se asomaron por el horizonte, William cayó por fin en un sueño reparador. Charlotte cerró los ojos con la única intención de descansar,

pero el cansancio se apoderó de ella. Se despertó cuando la luz del sol entró en la habitación con la señora Perry, que le informó que el doctor Ames había llegado. El doctor entró con un semblante esperanzador.

Al examinar al señor Collins le dijo: —Su fiebre ha bajado. Está durmiendo de sin estragos.

—¿Significa que se recuperará? —preguntó Charlotte.

—Creo que sí. Vi a la familia Hopkins esta mañana y todos ellos se están recuperando, así como sus vecinos. Parece que me equivoqué al decir que era gripe. Es sólo una “enfermedad invernal de vómitos” muy común, generalmente siguen su curso en un día más o menos, con síntomas no muy diferentes a los de la gripe.

Charlotte suspiró aliviada y levantó los ojos hacia el cielo en señal de una silenciosa gratitud al Señor.

William se despertó por fin a última hora de la tarde, feliz de volver a sentirse bien. Tenía suficiente apetito como para tomarse dos tazones de caldo, un poco de pan y un tazón lleno de compota de manzana recién hecha.

—Y ahora —dijo él —, si me haces el favor de traer mis notas del sermón de mi estudio, Charlotte, debo terminar lo que estaba escribiendo.

Charlotte trató de no reírse. —Seguramente, el médico no te permitirá predicar mañana por la mañana, no en tu estado.

—¡Pero Charlotte, es Navidad! Uno no puede cancelar la Navidad, lo sabes.

—Nadie espera que prediques después de recién haberte recuperado de una enfermedad.

Pero por más que lo intentó, no pudo persuadir a William de lo contrario y cuando el médico regresó por última vez esa noche para ver cómo estaba, dio su aprobación para que William predicara en la mañana de Navidad. Así que Charlotte se vio obligada a ceder.



William se puso a trabajar dando los últimos toques a su sermón, con instrucciones estrictas de volver a la cama en cuanto terminara. Mientras tanto, Charlotte bajó a buscar una taza de té.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Por cierto —comentó la señora Perry mientras le entregaba el té a Charlotte —, alguien vino.

—¿Quién era? —preguntó Charlotte. —¿Y por qué no me lo dijo antes?

—Bueno, no quería molestarla mientras usted estuviera con el rector —explicó. — Era la señora Cooper... ya sabe, la madre de la pequeña Cora.

—¿Oh?

La señora Perry asintió. —Sí. Parece que cambió de opinión después de ver lo mucho que Cora quería a ese gatito y decidió dárselo como regalo de Navidad. Y vino a buscarlo en la mañana.

Charlotte sonrió. —Entonces, ¿el gatito ya no está?

La señora Perry asintió. Ambas mujeres no pudieron evitar sentirse aliviadas. Además de las travesuras con el estambre, Charlotte había oído decir que el gato se había metido en la crema de la despensa y casi había arruinado un pollo entero.

Esperaba que Cora pudiera enseñarle al gatito a comportarse mejor, para que no volviera a estar a merced de la señora Cooper.

Charlotte llevó su té al salón. Se dio cuenta que alguien, probablemente la señora Perry, se había tomado la molestia de desenredar el enmarañado estambre y enrollarlo de forma ordenada. La bufanda sin acabar estaba encima del cesto de los tejidos. No había tenido tiempo de terminarla... ¡y mañana era Navidad! Charlotte la examinó. El daño era menor de lo que había pensado en un principio; aún quedaban treinta centímetros de puntadas ya terminadas.

Sabía que era una tontería intentar rehacer lo que había tardado tres semanas en completar, pero tenía que intentarlo.

Se acomodó en su asiento junto al fuego y rápidamente se puso a tejer a lo largo de las hileras. Contenta de que su avance iba bien, trabajó metódicamente, perdiendo la noción del tiempo. Sólo se detuvo por un momento para avivar el fuego y estirar su dolorido cuello. Trabajó y trabajó, sus ojos se volvían cada vez más sombríos e incluso empezó a sentir un dolor de cabeza. Pero no podía parar, no hasta que la bufanda estuviera terminada. Trabajaría toda la noche si fuera necesario. Tejer, tejer, tejer. Tejer, tejer, tejer...



—Charlotte, mi amor. Despierta —susurró William. —Feliz Navidad, cariño.

Charlotte abrió los ojos lentamente. Sentía la espalda como si le hubiera pasado un carreta por encima y tenía los pies entumecidos. Se dio cuenta que se había quedado dormida en su asiento. El fuego se había apagado hacía tiempo. Bajó la mirada y vio que aún tenía la bufanda... o más bien, la mitad de ella, tendida en su regazo, con las agujas de tejido aún sujetas.

—¡Oh, no! —exclamó. —¡Me he quedado dormida y no terminé tu regalo!

William estaba algo desconcertado. —¿Mi... mi regalo? Pero pensé que esto era para el bebé.

Charlotte sonrió. —También estoy trabajando en cosas para nuestro bebé. Pero esta bufanda carmesí era para ti, querido. He estado ocupada en ella en secreto estas últimas semanas. La habría terminado, pero hubo un... incidente con el gatito.

Ahora fue William quien sonrió. —Ya veo. No importa que no lo hayas terminado. De verdad me emociona saber que te has esforzado tanto en hacer algo para mí—. Tomó la bufanda inacabada y se la echó al cuello mientras sostenía el extremo con las agujas para modelarla para ella. —¿Ves? Me verá muy elegante con esto, ¿no lo crees?

—¡Sí! ¡Sí, lo creo! —rio Charlotte.

William le devolvió la bufanda a sus manos. —Espera un momento, también tengo algo para ti.

Se dirigió rápidamente a su estudio y tomó lo que le había comprado a Vanessa.

Charlotte dejó escapar un suspiro al ver la caja grande atada con un hermoso lazo verde y la más pequeña al lado a juego.

—Menos mal que Vanessa ya las ha envuelto maravillosamente, porque seguramente yo no habría sido capaz de hacerles justicia—. William sonrió.

Charlotte deshizo con ternura el lazo de la caja más pequeña.

—¡Oh, cielos! —exclamó. —¡Es el chal al que le había echado el ojo! ¿Cómo sabías que lo quería?

—Oh, creo que un pajarito me dio una pista —le guiñó un ojo. —Debo añadir que también me ayudó a elegir tu segundo regalo.

Charlotte abrió con entusiasmo la gran caja. Se quedó boquiabierta cuando sacó el exuberante vestido de seda.

William sonrió con orgullo. —Pensé que tal vez podrías ponértelo en la iglesia esta mañana y en la cena de Navidad.

—¡Oh, William! Es precioso—. Lo abrazó lo recompensó con un tierno beso. — Pero —dijo —, ahora me siento peor porque mi regalo para ti no está listo.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Querida —dijo William —, no hay mayor regalo de Navidad que pueda recibir que tenerte conmigo, como mi esposa. Desde el principio me has amado, para bien o para mal, a través de todos mis errores e incluso de la enfermedad. Te elegí porque pensé que reunías las cualidades que se deben tener para ser la esposa de un rector. Pero poco sabía yo que en realidad, fue Dios quien te eligió para ser mi esposa, porque eres la única que podría amarme tan profundo y hacerme tan absolutamente feliz.

A Charlotte se le llenaron los ojos de lágrimas mientras dejaba que William la abrazara y la besara lentamente, bebiendo toda la dulzura que su amor podía ofrecer. Puede que el suyo hubiese empezado como un matrimonio de conveniencia, pero se había convertido en un matrimonio del más profundo amor y admiración.

Sintiéndose aplastado por el abrazo de sus padres, el producto de su amor decidió anunciar su presencia con una firme patada, haciendo que Charlotte jadeara.

—¡Oh! —Se acarició el vientre con cariño. —Se está moviendo. ¿Te gustaría sentirlo?

William colocó las manos sobre su vientre y se vio recompensado con la emoción de sentir a su hijo retorcerse por primera vez. Una expresión de asombro se extendió por su rostro.

Charlotte y William se acurrucaron juntos en el sofá y siguieron disfrutando de los pequeños movimientos de su hijo.

Pronto, William predicaría el sermón de Navidad para el pueblo de Hunsford y Charlotte se sentaría orgullosa en la primera fila para escuchar, con su vestido y chal nuevos. Más tarde, disfrutarían de un suntuoso banquete con jamón, budín de ciruelas y pay de cerezas.

Pero por ahora, les bastaba con descansar en silencio y disfrutar del milagroso regalo de Navidad que tenían en su amor mutuo.

FIN



Sobre la autora

La afición de Amanda Kai por contar historias, combinada con su amor por los dramas de época y la literatura clásica, inspira sus romances históricos y otros géneros románticos. Es autora de varias historias inspiradas en *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen. También escribió *Love at the Library*, un romance contemporáneo sobre una fanática de Jane Austen que se enamora de un bibliotecario. Cuando no está buceando en el reino de su imaginación, Amanda vive su propio “felices para siempre” en Leander, Texas, con su marido y sus tres hijos.

Si te ha gustado esta historia, puedes leer todo sobre el primer año de matrimonio de Charlotte y William, cómo conocieron a Vanessa y las luchas a las que se enfrentaron para ayudarla a ella y a otras mujeres a encontrar la redención en [*Marriage and Ministry: a Pride and Prejudice Novel.*](#)

Al suscribirte a mi newsletter/boletín, tienes acceso gratis a mi novela corta [*Elizabeth's Secret Admirer!*](#)



Un deseo para Jane

Summer Hanford

1



Elizabeth Bennet ajustó su chal en un intento un tanto vano de mitigar el frío que se filtraba por la pequeña ventana del dormitorio que compartía con su hermana Jane. La escarcha cubría los bordes de cada uno de los cristales de la ventana, apiñando las esquinas para formar un mosaico de óvalos que miraban al mundo dormido. Elizabeth contempló el cielo nocturno salpicado de estrellas, con la mente demasiado agitada por los acontecimientos de la noche como para poder dormir.

Detrás de ella, Jane dormía con una sonrisa curvando sus labios. Sin duda soñaba con el baile con el señor Bingley, probablemente era el único recuerdo que tenía del baile al que habían asistido en Netherfield aquella noche. Lamentablemente, Elizabeth podía recordar mucho más y se preocupaba por el futuro feliz junto al señor Bingley que su hermana merecía.

En primer lugar, el comportamiento de su madre, había alardeado en voz alta sobre el inminente compromiso de Jane con el señor Bingley como si fuera algo seguro, lo cual no era así. Luego estaba el horrible canto de su hermana menor, Mary y el aún más vergonzoso rechazo público de su padre a la actuación de Mary. Por no hablar de sus hermanas menores, Kitty y Lydia, quienes habían actuado de forma tonta y obsesiva con los oficiales toda la noche y de su torpe primo, el señor Collins.

De hecho, aparte de Jane, ni un solo miembro de la familia de Elizabeth había logrado comportarse bien. Peor aún, Elizabeth podría añadir su propio nombre a la lista

de los que habían perjudicado potencialmente las posibilidades de Jane. A pesar de hacerlo con sus mejores intenciones, o tal vez a causa de ella, Elizabeth había molestado al mejor amigo del señor Bingley, el señor Darcy.

Pero no tuvo otra opción. Si el señor Darcy insistía en ser tan soberbio, tan prepotente y decidido a no ver que no debía inmiscuirse en la vida de los demás, como lo había hecho con el pobre señor Wickham, un caballero que Elizabeth encontraba agradable en todos los sentidos, entonces ella debía corregirlo. Puede que al señor Darcy le gustara pensar que podía salirse con la suya tratando mal a la gente, como hizo cuando le negó al señor Wickham la vida que le tocaba, pero Elizabeth no estaba de acuerdo.

Los señores Darcy del mundo lo arruinaban todo. Ciertamente él había arruinado el baile para Elizabeth. Observando a su familia con desdén. Manteniendo alejado al señor Wickham a pesar de la determinación de ese buen caballero y bailando con Elizabeth.

Al menos el señor Darcy había demostrado ser un buen bailarín. Ella podía darle ese mínimo elogio.

Bueno, eso y que era atractivo. Ni siquiera ella podía negar eso.

Un destello en el cielo nocturno llamó su atención. Una estrella fugaz. Atravesó los cielos, brillante, deslumbrante y llena de esperanza.

Con una leve sonrisa por lo absurdo del acto, Elizabeth murmuró: —Oh, estrella fugaz, deseo la felicidad de Jane y si eso requiere al señor Bingley, entonces deseo que Jane se case con él.

La estrella se hizo más brillante y luego desapareció de la vista por debajo del horizonte. Sonriendo por su tontería, Elizabeth se alejó de la ventana. Volvió a meterse en la cama que compartía con Jane, cuidando de no molestar a su hermana y se quedó dormida casi al instante, reconfortada de alguna manera por lo que sólo podía llamarse un acto infantil, pedirle un deseo a una estrella.

2



Caroline Bingley trató de no mirar por decimotercera vez al reloj de la repisa del salón de desayuno en Netherfield, pero no pudo resistirse. Su hermano Charles había dicho que quería irse a Londres temprano y ella había agradecido la oportunidad de adelantar el desayuno. No le gustaba levantarse antes del mediodía, sobre todo al día siguiente de organizar un baile y su hermana Louisa y su marido aún dormían, pero hoy era necesario madrugar. Caroline quería que su hermano se fuera de Hertfordshire lo antes posible, antes que cometiera el horrible error de pedirle matrimonio a Jane Bennet.

No es que la señorita Bennet tuviera nada de malo. Era una chica perfectamente encantadora que sería una agradable cuñada. Desafortunadamente, toda su familia era horrible. Peor aún, no aportaba ninguna de las ventajas que Caroline requería para ayudarla a casarse. Ninguna riqueza. Ninguna relación social que valiera la pena. Sólo conexiones sociales que Caroline se vería obligada a no reconocer.

Las once y media. ¿Por qué iba a pedir Charles un desayuno temprano si no tenía la intención de bajar hasta las diez mientras podía seguir sentado a la mesa para charlar con el señor Darcy a las once y media? Ni siquiera la presencia del apuesto, acaudalado y bien relacionado señor Darcy, que siempre se levantaba temprano, pudo mitigar la ira de Caroline. Charles debía irse de Hertfordshire inmediatamente.

Luego, Louisa y ella debían asegurarse de que todos lo siguieran. Pronto, esta maldita casa de campo volvería a estar vacía. Si Caroline se salía con la suya, nunca volverían. Ya estaba trabajando en una carta cuidadosamente redactada para la señorita Bennet. Una que aplastaría sus esperanzas lo suficientemente fuerte como para evitar que ella y su familia intentaran cualquier contacto, ya que el resto ciertamente tenía los malos modales para intentarlo.

—Charles —dijo Caroline en el momento en que se produjo una pausa en la conversación de los caballeros sobre el mercado del algodón. —¿Quieres que mande a buscar tu carruaje?

Su hermano se giró para mirar el reloj. —¿Ya es hora? —Se volvió hacia el señor Darcy. —Perdóname, Darcy, pero en verdad debo irme. Necesito llegar a Londres con tiempo suficiente para concluir mis asuntos para mañana, de modo que pueda regresar con inmediatez—. Una mirada soñadora se apoderó de las facciones de Charles.

Caroline intercambió una larga mirada de sufrimiento con el señor Darcy. Ambos sabían en qué estaba pensando Charles y el señor Darcy no lo aprobaba más que ella.

Llamó al carruaje de su hermano, el cual tardó un tiempo insoportable y luego ella y el señor Darcy lo despidieron. Aunque normalmente le hubiera gustado monopolizar al caballero, Caroline deseaba trabajar en su carta. Cuanto antes rompiera el corazón de la señorita Bennet, antes podrían seguir adelante. Se dirigió a su habitación por su material de escritura y el borrador que ya había compuesto.

Abrió el cajón de su escritorio.

Algo pequeño y marrón saltó del interior.

Caroline gritó.

Salió otro ratón y otro más.

Caroline saltó sobre la cama. Una criada entró corriendo, el señor Darcy, luego Louisa y los ratones desaparecieron por un pequeño agujero en la moldura junto al armario, dejando a una Caroline gritando de pie en su cama.

El señor Darcy abrió el cajón de un tirón. Todo lo que quedaba dentro era un papel completamente arruinado, ilegible y destrozado.

3



Tras la emoción del baile y su incapacidad inicial para dormir, Elizabeth se quedó en la cama mucho más tarde de lo habitual. Cuando por fin bajó, notó que era la última en desayunar. Sólo su madre y Lydia, que solían ser las últimas en dormir, permanecían en la mesa.

Elizabeth se sentó para unirse a ellas, pero antes que siquiera pudiera preguntar si el té seguía caliente, su primo entró, el señor Collins. Ignorándola a ella y a Lydia, se dirigió a su madre y se inclinó. La señora Bennet lo miró con leve confusión por la formalidad.

—Señora, ¿puedo esperar su atención con su bella hija Elizabeth, cuando solicite el honor de una audiencia privada con ella en el transcurso de esta mañana? —preguntó el señor Collins cuando se enderezó.

Lydia se cubrió la cara con su servilleta con sus ojos inundados de una risa contenida.

La señora Bennet le dirigió a Elizabeth una mirada triunfante.

Elizabeth negó con la cabeza, un rubor le subió por el cuello y acechó su cara. Jamás aceptaría una propuesta de su odioso, condescendiente, servil y torpe primo.

La señora Bennet abrió la boca para hablar.

De repente sonó un golpe en la puerta principal.

Todos se giraron para mirar en esa dirección. Una criada pasó a toda prisa por el salón. En el vestíbulo, la puerta principal se abrió de golpe.

—Soy el señor Bingley, vengo a ver al señor Bennet —dijo la familiar voz del señor Bingley.

La señora Bennet se puso en pie de un salto, olvidando por completo al señor Collins en su alegría por ver al señor Bingley, un pretendiente mucho más prestigioso para una de sus hijas, en su puerta. Se apresuró a pasar junto al señor Collins para entrar en el salón.

Collins se dirigió a Elizabeth. —Prima Elizabeth, yo...

—Disculpe, señor Collins —lo interrumpió Elizabeth y siguió a su madre hasta el vestíbulo. En el salón, la silla de Lydia se arrastró.

—Señora Bennet, señorita Elizabeth —las saludó el señor Bingley con calidez, aunque su expresión parecía ligeramente aturdida. —¿Está el señor Bennet en casa? Tengo algo de gran importancia que discutir con él.

—Él está aquí. Claro que sí —expresó la señora Bennet. Se volvió hacia la criada que había abierto la puerta. —Toma el abrigo y el sombrero del señor Bingley. Trae una taza de té fresca. Iré a buscar al señor Bennet—. Se fue corriendo.

La criada se giró hacia el señor Bingley y luego frunció un poco el ceño.

Elizabeth siguió su mirada y le preguntó: —Señor Bingley, ¿qué ha sido de su sombrero?

4



Darcy regresó al comedor después del caos sucedido en la habitación de la señorita Bingley, dejando la limpieza en manos de la criada. Tomó el periódico para leerlo con su café, complacido de tener el salón para él solo. Aunque los buenos modales se lo prohibían, no pudo evitar una ligera sonrisa al recordar a la señorita Bingley de pie sobre su cama y gritando, ante la mera visión de un ratón. Nunca la había visto permitir semejante aspecto desventajoso. Si ella no insistiera en utilizar un papel de algodón tan fino, los ratones no habrían deseado hacer un nido en él.

Poco después de que Darcy se sirviera su siguiente taza, la puerta principal se abrió sin que llamaran. Levantó la vista con el ceño fruncido. ¿Acaso había regresado Bingley? ¿Quién más iba a entrar así?

Reprimiendo un suspiro, Darcy dejó su periódico. Era mejor que investigara. Al parecer no tendría algo de paz esta mañana.

Se dirigió al vestíbulo y se sorprendió al ver al conductor del carruaje de Bingley.

—Señor Darcy —dijo el hombre corriendo hacia él, con la gorra en la mano. —No quiero molestarlo, señor, pero hubo un accidente.

La tensión se apoderó de Darcy. —¿Un accidente? ¿Y el señor Bingley?

—Parecía estar bien, señor, pero se alejó.

—¿Qué quiere decir? —La voz de la señorita Bingley gritó desde lo alto de la escalera, con un tono alto y quebradizo. —¿Qué clase de accidente? ¿A dónde se fue?

El cochero se giró para mirarla, apretando con fuerza el ala de su sombrero. —Un ciervo, era el mayor ciervo que he visto nunca, saltó a la calzada justo delante de los caballos. Se encabritaron y trataron de huir. Hice lo que pude, señorita, señor, pero se

rompió una rueda del carruaje, luego se quebró un eje y cuando miré hacia atrás, vi al señor Bingley sentado en un arbusto a un lado del camino.

La señorita Bingley jadeó.

—Conseguí estabilizar a los caballos y retrocedí, y el señor Bingley parecía estar bien. Se puso a buscar su sombrero. Luego, de repente, dijo que vio a un zorro blanco en un camino. Yo le dije que no veía un zorro, ni mucho menos un camino, pero el señor Bingley me preguntó si Longbourn no estaba por allí. Le respondí que sí. Me dijo que me regresara aquí y se fue. Así que aseguré a los caballos y aquí estoy, pero necesitaré ayuda para traerlos y al carruaje de vuelta.

La señorita Bingley le lanzó una mirada alarmada a Darcy, quien de alguna manera compartió el sentimiento. —Señor Darcy, debe ir tras él. Fue lanzado del carruaje. Si su sombrero ha desaparecido, puede haberse golpeado la cabeza. Puede que no esté pensando con claridad. Debe detenerlo.

—¿Detenerlo, señorita? —preguntó el cochero.

La señorita Bingley se giró hacia él. —Pida que ensillen el caballo del señor Darcy.

—Luego vea que alguien vaya con usted para ayudar con el carruaje y los caballos —agregó Darcy cuando pareció que la señorita Bingley no lo haría.

El cochero asintió y se apresuró a marcharse.

—Voy a buscar mi abrigo —continuó Darcy. Tenía que evitar que Bingley desperdiciara su futuro en una mujer que, aunque fuera bonita y amable, se casaría con él más por su riqueza que por amor.

5



Darcy cabalgó por el camino hasta el atractivo, aunque un poco pequeño, Lonbourn. Incluso desde la distancia pudo ver las siluetas de un hombre y una mujer de pie en el salón delantero y los distinguió como Bingley y la señorita Bennet. Aunque Darcy no pudo ver mucho más del salón, sospechó que estaban solos.

Aceleró el trote de su caballo. Un movimiento le llegó desde la derecha y se detuvo en medio del camino. Era un tejón enorme. Miró directamente a Darcy con los ojos brillando como estrellas y le gruñó.

Su caballo se encabritó. Darcy luchó por tomar el control. El caballo giró con las pezuñas delanteras golpeando el aire.

Finalmente, tras varios momentos precarios, Darcy devolvió la calma a su caballo.

El tejón había desaparecido. Darcy sacudió la cabeza, desconcertado e impulsó a su caballo hacia adelante.

Llegó a la entrada de la casa y desmontó. Sus largas piernas lo llevaron hasta la puerta con la mirada más puesta en las siluetas del salón que en su destino. Justo antes de llegar a los escalones, la silueta de Bingley se arrodilló y tomó la mano de la silueta de la señorita Bennet.

Darcy reprimió una maldición. Había llegado demasiado tarde. Mientras tocaba a la puerta, pudo oír las exclamaciones de alegría de la señorita Bennet. La puerta se abrió para encontrarse con Elizabeth, quien tenía una expresión de felicidad.

—Señor Darcy.

—Señorita Elizabeth.

La mirada de ella se dirigió hacia el salón delantero. —¿Sabía usted que el señor Bingley estaba aquí? Nos habló de lo sucedido con su carruaje.

Darcy asintió. —He venido para asegurarme que él se encuentra bien.

—¿De verdad? —Sus cejas se alzaron. —Qué buen amigo es usted. ¿Gusta pasar?

¿Por qué parecía tan desconfiada? ¿Acaso se había dado cuenta que esperaba detener a Bingley? Después su rostro femenino se volvió completamente neutral.

—Gracias —dijo Darcy y entró para unirse a la celebración.

6



Caroline miró al pequeño y sombrío salón mientras esperaba a las mujeres Bennet. Puede que Charles les hubiera pedido que se quedaran en Netherfield para organizar su desayuno de bodas poco después de Navidad, pero eso no significaba que tuviera que disfrutar de la tarea o hacerla agradable para los Bennet. Su primer objetivo era verlos partir pronto hoy, esperaba lograrlo al no tener un fuego en el frío y polvoriento salón trasero que había seleccionado.

Además, planeaba que el desayuno de la boda fuera pequeño, ofreciendo el uso del espacio que ahora no se utilizaba. Caroline no quería que Charles despilfarrara dinero en un evento que ni siquiera debería celebrarse, ni que se viera obligado a reunirse con más gente pueblerina del distrito de lo necesario.

—... salón que Caroline y yo pensamos que sería perfecto —dijo la voz de Louisa que llegaba del pasillo.

Caroline se colocó ante la chimenea apagada y puso una expresión neutra. No sería bueno burlarse abiertamente de la familia de la prometida de Charles.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Parece que está muy lejos del vestíbulo —resopló la señora Bennet, claramente sin aliento.

—Pero tan cerca de la cocina —replicó Louisa.

Louisa condujo a la redondeada matriarca de los Bennet, a una muy hermosa señorita Bennet y a algunas agravantes y tontas Bennet más jóvenes al salón. Al parecer, habían dejado a la hermana aburrida y simple en casa. Caroline las saludó con toda la indiferencia que pudo reunir mientras empezaban a recorrer la estancia.

—Pero pensé que el señor Bingley quería celebrar el desayuno en Netherfield para que el grupo fuera más numeroso —exclamó la señora Bennet.

—Estoy segura que este será un espacio encantador —dijo la señorita Bennet con la amabilidad que la convertiría en una futura cuñada maleable.

Lydia, la hija menor y la más ridícula de los Bennet, se frotó los brazos con un dramático castañeteo de dientes. —Hace mucho frío aquí.

Caroline hizo un gesto envolvente, abarcando la habitación. —Por supuesto, haré que lo limpien. Sentí que este espacio sería más fácil para todos.

La señorita Elizabeth, la pequeña y molesta muchacha que de alguna manera había captado el interés del señor Darcy, estudió a Caroline con una expresión insultantemente divertida, como si supiera las razones exactas por las que se encontraban en un salón pequeño y frío.

—Un fuego lo animaría más —murmuró la señorita Kitty, la otra tonta, mientras también se frotaba los brazos.

Caroline repiqueteó sus nudillos en la chimenea. —Ciertamente, en el día de... —se interrumpió con un grito cuando algo gris y esponjoso salió disparado de la chimenea y pasó entre sus pies. Ella saltó sobre un taburete, gritando, mientras salía otro y otro más.

Louisa también gritó estando de pie en un sofá. Las ardillas, que Caroline comprendió que eran, corrieron por la habitación. Dos se movieron por un sofá, con sus pequeñas garras desgarrando la tela. Otras se ocuparon de las cortinas. Caroline chilló, demasiado asustada para saber qué más hacer, la voz de Louisa era una contraparte más alta de la suya.

—Santo cielo —gritó la señora Bennet. —Kitty, Lydia, bloqueen la puerta. No podemos tenerlas por toda la casa. Elizabeth, abre la ventana. Jane, trae almohadas. Dame algunas también.

Las dos niñas más jóvenes se ocuparon la puerta del salón, sujetando sus faldas tan ampliamente como pudieron. La señorita Elizabeth forcejeó un momento con el pestillo en desuso y luego empujó la ventana para abrirla. Con las almohadas del sofá en la mano, la señora y la señorita Bennet hicieron salir a las ardillas. Tan pronto como la última pasó, la señorita Elizabeth cerró la ventana.

—Bravo —dijo una voz masculina.

Caroline, que ahora jadeaba, volteó a ver al señor Hurst con el señor Darcy a su lado, mirando por encima de las cabezas de la señorita Kitty y la señorita Lydia. Las más jóvenes de los Bennet se colocaron a ambos lados y se giraron para mirar a los caballeros, que estaban vestidos para salir a cabalgar.

—¡Steven! —gritó Louisa, aún de pie sobre el sofá. —Fue espantoso.

—Ya lo veo, querida —respondió el señor Hurst. —Menos mal que no todas perdieron la cabeza o toda la casa habría sido asolada por las ardillas—. Hizo un gesto señalando las cortinas y los muebles destrozados. Varias plumas flotaban perezosamente por la habitación y pequeñas huellas de carbón parecían cubrir casi todas las superficies.

El señor Darcy se acercó y por un momento Caroline pensó que iba a ofrecerle una mano para bajar del taburete. En lugar de ello, se inclinó para asomarse a la chimenea. —Deben tener un nido ahí arriba—. Se enderezó y miró la habitación. —Habrá que hacer algunos trabajos de tapicería y traer cortinas nuevas.

Con una expresión tan neutra como la que Caroline había puesto antes, la señorita Elizabeth se encontró con la mirada de Caroline y dijo: —Qué pena. Tendremos que elegir otro salón para el desayuno de bodas, apuesto a que este era el más pequeño y acogedor.

Con los dientes apretados y avergonzada por que el señor Darcy la viera gritar encima de un taburete, Caroline asintió. La rabia la invadió y sintió el destello de un nuevo plan. Uno que pondría fin a esta tontería de la boda de la señorita Bennet para siempre.

¿No se encontraba ese terrible señor Wickham en algún lugar de Hertfordshire?

7



Vestido para cabalgar, Darcy recorrió los pasillos de Netherfield de la forma más silenciosa que pudo. No fue exactamente a hurtadillas, porque eso estaba por debajo de su dignidad, pero definitivamente con el objetivo de no llamar la atención. Desde el incidente de las ardillas, la señorita Bingley se había empeñado especialmente en perseguirlo. Obviamente, ella reconocía que había estado en gran desventaja, especialmente en comparación con las mujeres Bennet, que permanecieron sorprendentemente tranquilas. Incluso su matriarca. Su comportamiento rápido y sensato hizo que aumentara la opinión de Darcy sobre la familia y disminuyeran sus objeciones a que Bingley se casara con la señorita Bennet.

No es que antes del incidente tuviera dudas sobre el ingenio y la sensibilidad de Elizabeth. Una mirada a esos ojos seductores e inteligentes, o a esos encantadores labios carnosos con su curvatura irónica y su calidad, hacía evidente su ingenio.

—Señor Darcy, ahí está usted —dijo la señorita Bingley, emergiendo de una esquina.

Darcy contuvo una mueca. Había dejado que los pensamientos sobre Elizabeth Bennet lo distrajeran de su objetivo de escaparse para dar un paseo sin tener que soportar a la señorita Bingley.

—¿Se unirá a nosotros en el salón? —Batió sus pestañas. —Necesitamos una cuarta persona para las cartas.

—Voy a dar un paseo.

—Permítame ir a cambiarme. Lo acompañaré

—Será un paseo corto. Volveré antes que usted tenga tiempo de cambiarse.

—Entonces, puedo encontrarme con usted en el establo y podremos dar un segundo paseo, juntos.

No tenía escapatoria. Se negaba a ser abiertamente grosero con la hermana de Bingley. —Por supuesto.

Su expresión se llenó de triunfo. —Lo veré en el establo.

Darcy salió de la casa. Aunque el aire de finales de noviembre le resultaba frío y una ligera capa de nieve cubría el suelo, encontró algo de paz al cabalgar en soledad bajo el cielo grisáceo. Al divisar las huellas de un zorro, recordó la criatura blanca que Bingley divisó y decidió seguirlas. Lo llevaron en dirección a Longbourn, pero después de lo que consideró tiempo suficiente para que una mujer tan vanidosa como la señorita Bingley se cambiara, dio media vuelta de mala gana.

Entonces alcanzó a ver a George Wickham al borde de un pinar, haciéndole señas para que se acercara.

8



Mientras paseaba entre los árboles, con una canasta en la mano, Elizabeth se concentró en lo feliz que se sentía por Jane. Y realmente lo estaba. Su hermana se merecía un hombre tan amable y dedicado como el señor Bingley. Serían increíblemente felices juntos.

Y a Elizabeth sólo le quedaría su padre como compañía razonable y solamente cuando le apeteciera ser razonable.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

Dejó escapar un suspiro, apartando las gruesas ramas de los árboles de hoja perenne y miró a su alrededor. Se había acercado demasiado a Netherfield. En su mayor parte esto era un pinar. Cuando se fue, se prometió volver con al menos tres bolas de muérdago para ayudar con la decoración navideña. El señor Bingley regresaría pronto de Londres y todo el contingente de Netherfield iba a cenar con ellos en Navidad.

Lamentablemente, eso significaba que las hermanas Bingley y el odioso señor Darcy también cenarían con ellos. La señorita Bingley y la señora Hurst eran simplemente arrogantes y mezquinas. El señor Darcy era tan vil como para negarle esa vida al señor Wickham de una manera que rayaba en lo criminal.

Incluso si lucía muy apuesto en ropa de montar y era un buen bailarín.

Al menos tendrían una Navidad más placentera por la ausencia de su odioso primo, que de alguna manera había convencido a la querida amiga de Elizabeth para que fuera su esposa en lugar de ella. Y también por sus parientes, los Gardiner. Elizabeth quería mucho a sus tíos y a todos sus primos. Sería una buena Navidad.

Sobre todo si ella volvía con las prometidas bolas de muérdago.

Se giró para regresar. Un conejo saltó al camino y contempló sus huellas en la ligera nieve. La miró, moviendo las orejas. Elizabeth se quedó quieta. No quería asustarlo.

—Supongo que me habrás llamado por alguna razón—. La voz era la del señor Darcy, pero estaba llena de frialdad y un desprecio aún mayores que los habituales.

Elizabeth giró la cabeza lentamente, observando los pinos que la rodeaban, tratando de adivinar la dirección exacta en la que se encontraba el señor Darcy. Desde luego, no quería meterse en su conversación.

—Bueno, no es por el placer de tu compañía —respondió la voz del señor Wickham, que también sonaba diferente. Había desaparecido todo rastro de su habitual amabilidad. Los ojos del conejo se abrieron de par en par y se alejó dando saltitos.

—¿Por qué me has llamado?

—Tengo información que considero es de gran importancia para ti.

—¿Y?

—¿Cuánto pagarías por ella?

Elizabeth ahogó un grito. ¿El señor Wickham estaba dispuesto a vender un cotilleo?

—Ya he pagado suficiente por ti y por tus equivocaciones.

—Ese pago como clérigo valía más que los tres mil que me diste. Lo sabías cuando te lo pedí. Debiste darme más.

Elizabeth parpadeó rápidamente. El señor Wickham no le había comentado que el señor Darcy le había pagado por la vivienda, por petición propia.

—También pagué más de mil libras para hacer frente a las deudas que dejaste por todo Derbyshire, agitando el nombre de mi padre —comentó con frialdad el señor Darcy.

—Y me darás más si quieres saber para lo que me paga la señorita Bingley, para impedir la boda de su hermano.

Elizabeth tuvo que taparse la boca con una mano para no gritar de asombro. ¿Incluso la señorita Bingley caería tan bajo? ¿Y por qué el señor Wickham estaba comportándose tan horrible?

—Será mejor que no sea nada parecido a Ramsgate.

—Nunca me perdonarás por lo de Ramsgate —dijo el señor Wickham amargamente.

—¿Por intentar fugarte con mi hermana de quince años para conseguir su dote? Es probable que no.

—No fue sólo por el dinero de Georgiana—. El tono de Wickham contenía veneno ahora. —Fue para hacerte daño.

—¿Qué quieres, George? —El señor Darcy sonaba cansado, como si hubiesen tenido la misma conversación antes.

—Quiero compensar lo de Ramsgate, de alguna manera —el señor Wickham también había suavizado su tono. —Amo a Georgiana, lo sabes. Bueno... no, no de la manera en que la convencí de ello, pero es cierto.

—Dime lo que has venido a decirme.

—La señorita Bingley se me acercó hace una semana. Ofreció pagarme mil libras si comprometo a la señorita Bennet antes de su boda, impidiéndole casarse o quinientas si comprometo a la señorita Elizabeth y hasta doscientas cincuenta si hago lo mismo con una de las hermanas menores. Además, me dará quinientas más si eso logra detener la boda.

El bosque se llenó de silencio, como si incluso los animales no pudieran creer lo que habían oído. El corazón de Elizabeth latía con fuerza. Se llevó una mano al pecho, medio preocupada de que los caballeros del otro lado de los árboles escucharan sus latidos.

—¿Hay más? —La voz del señor Darcy se oyó con estrépito.

—Sí. Dijo que ella estará en Longbourn para la cena de Navidad. Tiene la intención de dejarme entrar por la ventana de la biblioteca para que pueda completar el trabajo. Dijo que todos estarán allí para ver cualquier escena que yo realice.

—No te acercaras ni un kilómetro a Longbourn en Navidad —declaró el señor Darcy.

—Si sólo encontraras la manera de prestarme unos cientos de libras, no tendría que hacerlo.

—Veré la manera de darte mil, pero esta es la última vez y sólo te lo concedo con la condición de que dejes Meryton.

—Pero mi comisión.

—Dos mil y tu promesa de honor de que ni yo ni Georgiana volveremos a verte y lo digo en serio, George.

—Tráeme los dos mil y tenemos un trato.

—Los tendrás antes de Navidad.

Para fortuna de Elizabeth, las pisadas se alejaron. Un momento después, las monturas chirriaron y el golpe de los cascos sobre la tierra nevada se alejó a toda velocidad. Elizabeth permaneció en su sitio durante mucho tiempo, aturdida.

9



Elizabeth se debatía bajo el peso de sus emociones, incapaz de permanecer quieta mientras esperaban la llegada del contingente de Netherfield. En los días siguientes, comprendió rápidamente que podía considerar que la conversación que había escuchado no estaba más que llena de sinceridad. Y para confirmarlo, el día anterior el señor Wickham había renunciado a su cargo y abandonado Meryton.

Tanto antes como después de su partida, la mente de Elizabeth no había dejado de analizar cada interacción y cada palabra que había intercambiado con él o con el señor Darcy. Y todo lo que había escuchado sobre cualquiera de los dos hombres. Solamente pudo llegar a una conclusión. Había sido una completa y absoluta tonta.

Peor aún, cuanto más contemplaba al señor Darcy bajo esta nueva luz, más lo estimaba. Era íntegro, honorable y aparentemente dispuesto a desprenderse de su dinero para mantenerla a ella y a sus hermanas a salvo, aunque Elizabeth estaba segura de que había intentado impedir que el señor Bingley le propusiera matrimonio a Jane. ¿O tal vez sólo había tratado retrasar el acto? Todo había ocurrido con bastante rapidez.

A pesar de todo, él se había mostrado bastante amable desde entonces y Elizabeth había decidido que debía disculparse con él. La mayoría de sus transgresiones habían sido de percepción, pero definitivamente se había equivocado al importunarlo sobre Wickham durante el baile. Al menos por eso podía ofrecerle una disculpa.

Pero cuando el contingente de Netherfield llegó para la cena de Navidad, el señor Darcy no estaba con ellos. El señor Bingley dijo que enviaba sus disculpas por tener que hacer un recado y que llegaría pronto. Por su parte la señorita Bingley miraba por la sala en lugar de sentarse, moviendo ligeramente los labios mientras parecía contarlos a todos.

Finalmente, ella se giró hacia donde Jane estaba sentada con su hermano y dijo en voz algo alta: —Señorita Bennet, ¿podría usted mostrarme la biblioteca?

Jane comenzó a levantarse, con una expresión de reticencia.

—Yo se la mostrare —se ofreció Elizabeth. ¿Acaso la señorita Bingley no se había dado cuenta que el señor Wickham se había marchado? ¿Su partida fue una treta? ¿Dónde estaba el señor Darcy? Si ocurría algo, Elizabeth lo necesitaría para confirmar su versión de los hechos.

La señorita Bingley le dirigió una mirada molesta a Elizabeth. —De verdad, si la querida Jane simplemente...

—Parece muy feliz donde está —interrumpió Elizabeth alegremente antes de que Jane pudiera aceptar. —Se la mostraré.

La señorita Bingley entrecerró los ojos. —Muy bien.

Elizabeth condujo el camino hacia la biblioteca de su padre. Cuando pasaron por debajo de la bola de muérdago que había frente a la puerta, los labios de la señorita Bingley se curvaron de forma burlona. Elizabeth ignoró su expresión y guió el camino hacia la pequeña habitación. La señorita Bingley se movió al centro, mirando a su alrededor.

Después de un momento, dijo: —Es terriblemente sofocante, ¿no le parece? —Sin esperar respuesta, e ignorando el fuego bajo que ofrecía poca luz y aún menos calor a la habitación, cruzó para abrir una ventana. El aire frío entró a toda velocidad. La señorita Bingley se dio la vuelta para decir: —Sabe, he olvidado lo que estoy buscando. Iré a preguntarle a Louisa.

—¿La acompaño? —se ofreció Elizabeth.

—No. Usted permanezca aquí. Regresaré en un momento.

Después de que la señorita Bingley se alejara a toda prisa, Elizabeth miró de la ventana hacia la puerta. Obviamente la señorita Bingley creía que su plan seguiría adelante. ¿Había contratado a algún otro malhechor? ¿Tendrían Elizabeth y sus hermanas que estar en constante guardia hasta la boda?

No. Elizabeth le pondría fin a esto.

Salió al vestíbulo, dejando la puerta de la biblioteca abierta. Vería quién entraba por la ventana, si es que había alguien y luego volvería con los demás antes que el susodicho pudiera alcanzarla.

Una figura alta cruzó la ventana, pero no había suficiente luz para ver quién estaba allí. Elizabeth contuvo la respiración, dispuesta a correr en cuanto viera una cara. La forma se inclinó más hacia ella.

El señor Darcy asomó la cabeza.

—Señor Darcy —exclamó ella demasiado sorprendida como para guardar silencio.

—Señorita Elizabeth—. El señor Darcy inclinó el cuello para ver todos los rincones de la habitación. —Debe preguntarse por qué estoy en la ventana de su biblioteca.

—Supongo que para asegurarse que el complot de la señorita Bingley no se lleve a cabo.

Su atención se centró en ella.

Elizabeth sonrió, no pudo evitarlo al ver que él se mostraba tan sorprendido y a la vez, se comportaba de manera tan elegante. —Pase, señor Darcy—. Hizo un gesto hacia su derecha. —El vestíbulo está por allá. Podemos abrir y cerrar la puerta principal para disimular cuando entremos. ¿O tiene su caballo con usted?

Él negó con la cabeza. —Tuvo el comportamiento más extraño que he visto. No se apartó del camino. Lo dejé en la entrada con su mozo de cuadra y le dije que quería estirar las piernas antes de entrar.

—¿Y pudo hacerlo?

El señor Darcy entró por la ventana, sus largas piernas facilitaron el acto y luego la cerró. Elizabeth estudió su rostro mientras caminaba por la habitación hacia ella. ¿Cómo pudo creer que sus rasgos eran fríos? Ahora mostraban una variedad de emociones, sobre todo un extraño calor cuando su mirada se fijó en ella.

Él se detuvo en la puerta de la biblioteca. —¿Cómo lo supo?

—Los escuché a usted y al señor Wickham—. Ella hizo un gesto hacia arriba. —Estaba recogiendo muérdago.

Nuevas emociones se agolparon en sus ojos, la preocupación en primer lugar. —Sobre mi hermana.

—No se lo diré a nadie.

—Gracias—. La miró fijamente. —Entonces lo encontré.

Su corazón latía al triple. Tenerlo tan cerca era casi vertiginoso. —¿Encontrar qué? —le preguntó ella en un susurro.

—El muérdago.

—Sí, lo encontré —respondió ella y cedió al impulso de besarlo.



Caroline aguardó. No hubo gritos ni alaridos y la señorita Elizabeth no regresó. ¿Dónde estaba Wickham? Se suponía que cuando llegara, orquestaría una escena que haría correr a todos.

Afuera, una lechuza ululó. Nadie más pareció oírlo, enfrascados como estaban en su conversación. Volvió a ulular. ¿Acaso Elizabeth la escucharía a través de la ventana abierta? ¿El sonido la haría pensar en cerrarla? Y lo que era peor, si Wickham estaba comprometiendo a la joven, ¿podría el sonido romper cualquier hechizo que hubiese lanzado sobre ella?

La lechuza volvió a ulular. Incapaz de soportar el suspenso de no saber si su plan estaba funcionando, Caroline se escabulló del salón y se arrastró por el vestíbulo. En el extremo del pasillo que conducía a la minúscula biblioteca, asomó la cabeza por la esquina e inmediatamente la retiró, llena de júbilo.

En el vestíbulo iluminado por la escasa luz que entraba por la puerta abierta de la biblioteca, Elizabeth Bennet estaba besando a un hombre con gabardina.

Wickham lo había conseguido. De verdad lo había hecho. No sólo estaba comprometiendo a esa presumida de Elizabeth, sino que, por lo que había visto Caroline, lo estaba disfrutando.

Caroline no esperaría por un grito o un alarido. Quería que todo el mundo fuese testigo de lo indecente que era Elizabeth. Volvió al salón y dijo en voz baja y ferviente: —Vengan rápido. Volví a la biblioteca y en el vestíbulo, un hombre estaba besando a la señorita Elizabeth.

Los rostros se quedaron sin palabras por la sorpresa. La conversación se detuvo. La señora Bennet se puso en pie. Los otros la siguieron. Todos se apresuraron a pasar junto a Caroline y cruzaron el luminoso vestíbulo de entrada y se dirigieron hacia el pasillo más oscuro. Caroline los siguió lentamente, saboreando el momento.

—¡Señor Darcy! —exclamó la voz conmovida de la señora Bennet.

—¡Lizzy! —gritó la señorita Lydia. —Estás besando al señor Darcy.

—¿Qué? —chilló Caroline. Poniéndose de puntitas, miró por encima de los demás.

El señor Darcy, que llevaba un abrigo con el cuello levantado para protegerse del frío, estaba de pie junto a la señorita Elizabeth, con sus manos estrechadas firmemente. Y de forma serena él dijo: —Señor Bennet, me gustaría hablar con usted sobre su hija.

—¡El señor Darcy va a casarse con Elizabeth! —gritó la señora Bennet. —Nuestra Elizabeth. El señor Darcy se casará con Elizabeth y Jane con el señor Bingley. Esta es la mejor de las Navidades.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—No puedo estar más de acuerdo —dijo Charles tomando la mano de Jane Bennet. —Una muy feliz Navidad para todos.

Este suceso fue recibido con aclamaciones, gestos de felicidad , y el señor Darcy y la señorita Elizabeth se sonrieron el uno al otro como si estuvieran verdaderamente enamorados. Caroline apretó su mano en un puño y trató de sonreír, esperando que nadie la mirara.

¿Qué había pasado con su plan perfecto?

Afuera, un búho ululó.

FIN



Sobre la autora

Desde muy joven supo que quería ser escritora, y en la actualidad Summer escribe novelas románticas de la Regencia (con un toque de aventura... o a veces mucha aventura), relatos de *Orgullo y prejuicio* (con un toque de humor... y a veces un poco de aventura) y novelas de fantasía (acción, aventura, romance y peligro!).

Actualmente, Summer se encuentra trabajando en su nueva serie de fantasía, *Rise of the Summer God* (primer libro, *Daughters of Awen*), en su serie de romances históricos llenos de acción, *Children of the Wald* (primer libro, *Kestrel*) y escribe extravagantes variaciones de *Orgullo y prejuicio* con Renata McMann. Summer vive en Nueva York con su marido y sus gatos, que son muy mimados. La última incorporación a su hogar es un perro enérgico mezcla de setter y pastor, aún no es apreciada por los gatos, pero es muy querida por los humanos. Para saber más sobre Summer, visita www.summerhanford.com



El deseo de Navidad

L.L. Diamond

El salón de Netherfield rebosaba de alegría. ¿Cómo no iba a ser si teníamos la suerte de participar en la primera celebración de Nochebuena de Jane y su señor Bingley? La pareja de recién casados estaba sentada uno al lado del otro en un sofá y se susurraban en un perfecto ejemplo de felicidad conyugal. Jane lucía una pequeña sonrisa y parecía dichosa, mientras que la mirada de Charles permanecía fija en su novia y no en sus parientes, como debía ser, en mi opinión. Al fin y al cabo, los dos se habían casado apenas un mes antes.

—¡Le dije a todo el mundo que así sería! Jane estaba destinada a ser la señora de Netherfield. Sabía que llamaría la atención del señor Bingley, ¿no es así, señor Bennet? Puse los ojos en blanco. Por supuesto, mamá había olvidado cómo lamentó la partida de Charles del vecindario después del baile de Netherfield.

—Ese espantoso señor Bingley utilizó con maldad a su pobre Jane —había gritado. Por supuesto, nada de eso importaba ahora. Él había regresado y todo volvía a estar bien en el mundo.

Papá le dio un sorbo a su copa de brandy y meneó la cabeza. —En efecto, querida —dijo en respuesta a la ridícula declaración de mamá. Hacía tiempo que él se había rendido cuando se trataba de mamá. Después de todo, ella no esperaba que él le respondiera. De todos modos, era a menudo no le dejaba suficiente tiempo para hablar.

—Jane, ¿podríamos la señorita Darcy y yo tocar el pianoforte? —Los ojos brillantes y el semblante ansioso de Mary fueron todo lo que Jane necesitó para aceptar. Se agradecía que Mary interrumpiera la incesante charla de mamá con el pianoforte y le impidió continuar con sus alardes. Y los dedos de Mary se movían por las teclas de una manera mucho mejor que hacía apenas seis meses. Gracias al cielo por el maestro que Charles había contratado. Con sólo unas pocas lecciones ya habían conseguido una notable mejora en su forma de tocar. Todos los habitantes de Longbourn estaban en deuda con Charles por el atento regalo de cumpleaños, mientras que Mary se notaba encantada de tener esa oportunidad.

Cuando terminó la primera melodía, Mary hizo un ademán a su hermana menor.

—Kitty, ¿nos acompañas con la siguiente? —Elizabeth sonrió cuando Kitty se acercó a Mary y hablaron en voz baja sobre las partituras.

—Oh, espero que cante *La primera Navidad* —dijo Jane. —Las escuché ensayar hace dos días y fue encantador—. Toda la familia seguía asombrada al descubrir que Kitty poseía una voz clara y fuerte que pasaría incluso por los salones de la alta sociedad. Estando bajo la influencia de Lydia, Kitty nunca había intentado cantar en el pasado. Lydia nunca se preocupó de hacerlo y Kitty siguió su ejemplo.

Contemplé a mi familia, con el corazón repleto. Me alegré de que se encontraran bien y felices, pero yo cargaba con un peso que no había compartido con un alma viviente. ¿Quién iba a saber que la carga que albergaba aparecería bajo la apariencia de un invitado navideño? Nunca había soñado con que el señor Darcy volvería. Mi mirada viajó hasta donde el caballero se encontraba sentado cerca del fuego y mi pecho se estrujó. Ni Jane ni Charles me habían mencionado que el señor Darcy viajaría a Netherfield para pasar las fiestas.

¿Por qué había venido? ¿Acaso ocurrió algo que no le permitía celebrar la Navidad en su propia casa? Respiré profundamente en un intento de liberar la tensión. Su presencia tenía un efecto terrible en mi ecuanimidad y a pesar de la compañía de su hermana, que me resultaba agradable, no podía soportar su presencia masculina.

—¿Lizzy?

Me sorprendí y me giré hacia Jane. —¿Has dicho algo?

—¿Estás bien? —preguntó. —Pareces distraída. Debo haber dicho tu nombre tres o cuatro veces antes de que te dieras cuenta.

Sacudí la cabeza. —Perdóname. Me tomaste desprevenida—. La querida y dulce Jane asintió, pero me observó un momento antes de volver su atención a Charles.

Sin su mirada sobre mí, mi mente se volvió a enfocar en esa preocupación. No sabría decir por qué insistía en torturarme a mí misma. Cuanto más lo observaba, más se me partía el corazón y más sangraba. Se volteó en mi dirección y mis ojos volvieron a dirigirse a Jane y Charles. Mi pecho se contrajo aún más. No podía respirar.

El señor Darcy no había venido cuando Charles regresó por Jane. No había acudido a su boda. Una enfermedad era la supuesta culpable. ¿Acaso le creí su excusa? No. En el fondo, estoy segura que deseaba evitarme. No había venido. ¡Cómo me gustaría que esas palabras dejaran de resonar en mi mente!

Aquella terrible mañana, cuando me enteré de la fuga de Lydia, fue la última vez que vi al señor Darcy. Había sido atento y amable conmigo, asegurándose que estuviera bien y mandó llamar a mis tíos, pero luego se marchó. Se alejó de mi lado como si tuviera una enfermedad.

¡Cuán debe despreciarme, ahora soy cuñada de Wickham! ¡Todos sus principios deben rebelarse contra tal relación! Una conexión entre nosotros seguramente era algo imposible en su mente.

El corazón me golpeaba contra las costillas y me dolía el pecho. ¿Cómo podría soportar los próximos quince días en compañía del señor Darcy? ¿Acaso su intención era torturarme con su presencia? Si no hubiera sido tan orgullosa y vanidosa, habría aceptado su propuesta en Hunsford. Podríamos habernos casado...

—¡Lizzy! —exclamó Charles. —¿Tocarás para nosotros, o al menos, cantarás? Aún no te hemos escuchado esta noche.

Georgiana Darcy saltó del banco junto a Mary. —Oh, sí, disfruté mucho escuchándote tocar en Pemberley. ¿Podrías, por favor?

¿Era el señor Darcy quien me miraba? No tenía forma de espiar en su dirección, pero el costado de mi cara me hacía cosquillas, similar a cuando él residió por primera vez en Netherfield. Comencé a temblar. ¿Por qué le estaba dando tanto poder sobre mí? Era él quien había decidido no volver con Charles.

Pero ¿por qué iba a hacerlo? No había manera que supiera que lo amaba... y no es que esos tiernos sentimientos fueran bienvenidos. Mi corazón apreciaba al señor Darcy y siempre lo haría. Había intentado persuadir a esa frágil parte de mí para que sintiera lo contrario, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. No importaba con quién se casara o si seguía amándome, yo le pertenecía en cuerpo y alma. ¡De verdad que yo era un ser despreciable!

—¿Lizzy? —¡Querida Jane! Nunca había compartido sobre mi dolor con mi hermana. Ella lo habría entendido, pero no podía causarle angustia cuando por fin era feliz. —Yo también disfrutaría escuchándote cantar.

Junté mis manos. ¿Cómo iba a tocar si no dejaban de temblar incesantemente? —Cantaré si no te importa acompañarme, Georgiana.

La expresión de Georgiana se iluminó. La querida joven se había emocionado mucho de estar en mi compañía una vez más y aunque me complacía verla, me resultaba muy difícil relacionarme con su hermano. Había evitado su compañía ya que no podía fingir que me era alguien indiferente. Tal engaño estaba más allá de mis capacidades.

Mis piernas se tambalearon mientras me ponía de pie y caminaba hacia el pianoforte. Como deseaba mirar a un lado, para ver si me observaba con la misma expresión que mostró cuando estábamos en Pemberley.

Hojeé las partituras y encontré una pieza que mi tía había comprado hace unos años como regalo de Navidad. Quizás si canto en francés mis errores no serían tan notorios.

Sonriendo, Georgiana ocupó su lugar en el instrumento y tocó una breve introducción. Inhalé profundamente, me tragué los nervios que me habían subido a la garganta y cerré los ojos.

Un flambeau, Jeanette, Isabella --

Un flambeau, courons au berceau!

C'est Jésus, bonnes gens du hameau.

Le Christ est né; Marie appelle

Ah! Ah! Que la Mère est belle,

Ah! Ah! Que l'Enfant est beau!

Mientras cantaba, mis ojos se abrieron de golpe. El señor Darcy me miraba fijamente. Sus ojos azul cielo se clavaron en los míos y yo jadeé, inhalando de tal manera que me ahogué. Se me nubló la vista y una lágrima rodó por mi mejilla mientras intentaba aclararme la garganta, pero un cosquilleo seguía atormentándome. Justo cuando la tos empezaba a disminuir, ésta comenzaba de nuevo.

Sentía que mi cara se ponía roja. —¡Perdóñenme! —exclamé atragantándome. Con la mano en la boca, salí corriendo y me apresuré hacia la biblioteca. Al llegar dejé caer una mano sobre el escritorio y la otra sobre mi estómago.

Al cabo de unos instantes, vi frente a mí una copa llena de brandy.

—Un sorbo podría ayudarle a despejar lo que la aflige.

Esa voz. Levanté la cabeza. El señor Darcy estaba a mi lado, frunciendo el ceño. Sus ojos... ¿había preocupación en ellos?

—No se sienta obligada, pero estos licores me han resultado beneficiosos en el pasado.

—Sólo me atraganté.

—Su canto era encantador hasta que la tos la obligó a detenerse. Siento mucho que mi presencia la haya molestado tanto.

Acuné la copa entre mis palmas y tomé un trago que se sintió caliente en mi garganta. —No esperaba que usted viniera a Netherfield para pasar la Navidad, sobre todo después de haber declinado la invitación a la boda.

—Envié una carta con mis disculpas. Me encontraba indispuerto.

Sentí un latido en mi interior. Tal vez el causante era el brandy, pero no importaba. —Usted no deseaba tener que verme.

—¿Perdón? —Su tono de voz descendió.

Tomé otro gran trago de la copa. —¿Realmente necesita que repita lo que he dicho?

—Sí, de hecho—. Su tono era duro y severo.

No podía hacerlo. Sólo conseguiría iniciar una discusión y una desagradable. Me bebí el último trago de brandy y coloqué el recipiente vacío sobre el escritorio.

—No puedo...

De repente me di la vuelta y empecé a caminar hacia la puerta, pero la habitación se tambaleó antes de que pudiera llegar a ella. Una mano me tomó por el codo y me hizo girar.

—Quizás debería pedirle un café antes de que usted se reúna con su familia.

¡Era tan atractivo! Recorrí con la mirada cada detalle de su estimado semblante. Pronto se iría, y yo no quería olvidar ni la más mínima peca en los solitarios años venideros. Una parte de mí estaba enfadada con él, pero ¿cómo podía seguir estándolo cuando Lydia era quien había arruinado todas mis esperanzas y sueños?

Noté un mechón de cabello que se enroscaba sobre su frente, pero me distrajo un adorno justo encima.

—Muérdago —dijo el señor Darcy siguiendo mi línea de visión hacia el techo.

Me balanceé y alcancé a poner una mano en su hombro. Nuestras miradas se encontraron y sin pensarlo, me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos.

Él se sorprendió, pero no se apartó. Su cuerpo estaba rígido y una mano permanecía en mi codo mientras la otra permanecía suspendida cerca de mi costado. ¿Cómo pude besarlo? Él no deseaba esto. ¡Qué horror! Moriría aquí mismo, en este lugar.

Pero ¿cómo podría alejarme sin pasar más vergüenza? Tal hazaña requeriría toda la valentía que poseía. Si tan sólo él desapareciera, ¡quería desplomarme y llorar!

Si me soltaba, tendría que correr hacia mi habitación. Fingiría un resfriado hasta que el señor Darcy regresara a Londres o a Pemberley. No seguiría suspirando por él. Estaba haciendo el ridículo.

Hice lo posible por retirarme, pero cuando lo hice, él gimió como si le doliera y me sostuvo en sus brazos, reclamando mis labios.

Si la cabeza me daba vueltas antes, ¡no era nada comparado con esto! Mis rodillas chocaron, las puntas de mis pies se curvaron y me apoyé en su sólido pecho mientras los dedos de mi mano libre se clavaban sobre el hombro de su chaqueta.

Sus labios se movieron contra los míos y su mano rozó mi costado para presionar la parte baja de mi espalda, profundizando el beso.

Él apenas se apartó. —¿Elizabeth? —Su voz fue un susurro áspero. —¿Esto significa que no me culpa por la fuga de su hermana?

Apoyé mi frente contra la suya. —¿Por qué habría de culparlo por las acciones temerarias de Lydia?

—Porque oculté la verdadera naturaleza de Wickham a los de Meryton. Yo, que sabía lo que era, lo oculté para protegernos a mi hermana y a mí.

Sus ojos se mostraron amplios y sinceros. ¡Pobre hombre!

Mis dedos se enroscaron en su cabello. —¿Cómo podría considerarlo responsable cuando yo hice lo mismo? Usted me informó del pasado de Wickham y yo no se lo dije a nadie más que a Jane. Ninguno de los dos consideró necesario informar al vecindario cuando el regimiento iba a partir de Meryton.

Su cabeza cayó sobre mi hombro. —No se imagina lo mucho que yo deseaba regresar en compañía de Bingley, pero me convencí de que usted me culpaba de la situación de su hermana. Me era imposible presentarme ante usted.

Acuné su rostro entre las palmas de mis manos y lo levanté. —Y yo creía que usted no podía soportar ser hermano de Wickham. Estaba segura de que no había asistido a la boda de Jane y Charles para evitarme.

Él suspiró. —Confieso que lo hice, pero fue porque estar en su presencia me habría partido el corazón. Estuve a punto de no venir por Navidad, pero Georgiana no me permitió que enviara mis disculpas. Usted no sabe qué tortura han sido los dos últimos días.

Mis ojos se nublaron y una cálida y húmeda lágrima cayó sobre mi mejilla. —Pero yo sí, pues he soportado la misma aflicción.

Él se inclinó y depositó un tierno beso en mi nariz y por fin, en mis labios. —¿Podría usted concederme mi deseo de Navidad? —susurró entre besos.

Sonreí pícaramente. —Eso depende de su deseo, señor. No soy conocida por conceder cualquier petición ni favores, para el caso, a los caballeros que conozco.

Una risa retumbante sacudió su pecho. —¿Me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Con un sollozo, enterré mi cara en su hombro mientras él me estrechaba en un cálido pero suave abrazo. Cuando pude controlar mis lágrimas, me puse de nuevo de puntitas.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

—Ese es un deseo que me complacería concederle, ya que coincide perfectamente con el mío.

Sus ojos mostraron alegría y la sonrisa más hermosa adornó su rostro mientras me levantaba y me hacía girar. Cuando me regresó al suelo, me llevé una mano a la cabeza.

—No debí haber bebido todo ese brandy.

Nos sorprendió el ruido de unos pies resbaladizos corriendo por el pasillo, pero cuando ambos nos dimos la vuelta, no había nadie. Un fuerte chillido resonó en el salón junto con el grito de mi madre: —¡Diez mil libras al año! Me voy a volver loca.

Me cubrí la cara y la dejé caer contra su pecho.

—Quizá debemos volver con tu familia. Tengo la sospecha de que tu padre deseará hablar conmigo.

Suspiré. —¿Eso crees? Una fuga suena ideal en este momento.

—No me tientes —gruñó él.

FIN



Sobre la autora

L.L. Diamond es más conocida como Leslie por sus amigos y como mamá por sus tres hijos. Nacida en Luisiana, pasó la mayor parte de su vida viviendo a una hora de Nueva Orleans antes de seguir a su marido por todos lados al ser esposa de un militar. Luisiana, Mississippi, California, Texas, Nuevo México, Nebraska, Inglaterra, Missouri y ahora Maryland han sido sus hogares.

Además de ser mamá y escritora, Leslie se considera una estudiante perpetua. Es licenciada en biología y arte, pero devora cualquier tema de interés simplemente por el

CELEBRACIONES DE NAVIDAD

conocimiento. Sus actividades más recientes incluyen la certificación de entrenadora de natación, así como de instructora de fitness y entrenadora personal. Como artista, se concentra en el diseño gráfico, pero la acuarela es su medio preferido y una de sus acuarelas aparece en la portada de su segundo libro: *A Matter of Chance*. También es miembro de la Sociedad Jane Austen de Norteamérica y de la Asociación de Novelistas Románticos. Leslie también toca la flauta y el piano, pero al igual que Elizabeth Bennet, siempre necesita practicar.

Para el siguiente año dos de sus novelas serán traducidas al español.

Para saber más visita su página lldiamondwrites.com. Síguela en [Facebook](#) y en Twitter [@lldiamond2](#)

CELEBRACIONES DE NAVIDAD



Esperamos que hayan disfrutado de nuestra antología al igual que nosotros disfrutamos de escribirla.

Les deseamos que tengan unas felices fiestas al lado de sus seres queridos.

Los esperamos el siguiente año con más autores y más historias de
Jane Austen Fan Fiction.

Los autores y su traductora.